UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

DESDE MI BELVEDERE

LS
V3256d

Colección de Escritores Americanos
dirigida por Ventura García Calderón
III

Desde mi belvedere

(Edición definitiva)

POR

ENRIQUE JOSE VARONA

Con una semblanza preliminar por Francisco García Calderón y una carta autobiográfica

357821
11. 38.
28.

CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166.—BARCELONA

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

Enrique José Varona

Nos sorprende en una democracia frenética la acción de este patricio que opone la sensatez del Norte a la intensa aventura de la libertad.

Su cultura sajona, tolerante y prudente, corrige en Cuba los errores de los partidos y el romanticismo desmesurado de la joven república. Porque se inclina ante su dulce magisterio, le ofrecen sus compatriotas, apasionados de toda nobleza espiritual, funciones públicas que él acepta resignado. Maestro sin adusta cátedra, director de hombres sin ambición violenta, sugiere y enseña libremente, venerado pero no siempre seguido en las brillantes agitaciones de su isla encantada y próspera.

Acumula preeminencias como los grandes educadores de nuestra América inquieta: filósofo y periodista, profesor y hombre de Estado, crítico y creador de valores, no se encastilla en un solo dominio del pensamiento o de la acción. De su laboratorio de ideas desciende al foro tumultuoso e invoca a Artemisa Agrotera, entre los libros dilectos de su biblioteca, porque se ha fatigado en los comicios. No le

es extraño ningún aspecto del drama humano ni le son indiferentes las sonrisas y las «lágrimas de las cosas». Pasea por los más sutiles órdenes su penetrante curiosidad. Sabe que la vida del hombre *is a tedious one* y, para curar su tristeza, contempla sin acritud la operosa mentira del universo.

Es filósofo de generosa doctrina, un positivismo sin limitaciones dogmáticas en que se conciliaran las influencias de Spencer, de Fouillée y de Guyau. Le interesan la psicología y la moral más que la metafísica, según la tradición de los pensadores ingleses. En sus artículos, el filósofo secunda al artista, el observador que acucia leyes y fórmulas al armonioso espectador. Aparece pronto, en medio a sus libres reflexiones, la idea pura a que ha consagrado horas de austeridad. «No hay quimera igual, dirá, a la de creer que nuestros juicios puedan nacer puros de toda mezcla de afecto. Ese es su pecado original y para éste no hay aguas purificadoras». Si el otoño le angustia con la gris caducidad de las hojas, piensa que «nada persiste, ni aun la idea» y que «cuando la naturaleza agita ante nosotros su manto multicolor» olvidamos nuestra miseria y «quedamos ciegos para la formidable agitación del torbellino que nos arrastra en sus espiras infinitas». En el torrente de las apariencias medita como Heráclito: «de las entrañas mismas de la humanidad sube un clamor eterno: *cuncta fluunt*, todo pasa, todo huye». Cuando el obelisco habla en una ciudad tentacular, Nueva-York, dice su mole rígida al frenesí de los hombres ambulantes: «los he visto cambiar de traje, de moradas, de gestos, de lenguaje, de ideas. No los he visto cambiar de apetitos ni de pasiones». Un desconsolado pesimismo se levanta de acerbas páginas en que el estilo conserva, sin embargo, su gracia ondulante y su belleza. Amablemente vuelve el observador a su farmacia recóndita y nos

da luego azucaradas pastillas en que va envuelta una fe menor y una limitada esperanza. Pero no hemos olvidado su lección. «La humanidad es la perenne crucificada», repetimos, y buscamos en los cielos lejanos la sonrisa de un dios. También nos agita un «insaciable anhelo de perpetuidad», una «quimera jamás satisfecha de vida sin muerte».

Ensayista como Rodó, González Prada y Cané, Varona lleva a sus menudas disertaciones, frente a la vida, una leve ironía y un desencanto sonriente. De allí la perpetua claridad de su prosa donde en vano buscamos la criolla retórica o las trepidaciones de la pasión infatigable. Un don constante de serenidad nos subyuga. Cuando evoca estatuas y esfinges, en sus cartas a ilustres sombras, en sus diálogos de suave vagar intelectual, pensamos en un Renán que abandonara repentinamente la «almohada de la duda» porque su isla puede morir. Varona ha definido su actitud intelectual: es «un átomo tocado de la manía razonante». Duda, explica, analiza con implacable lucidez. En breves páginas condensa prolongadas meditaciones. Poetas y filósofos le acompañan en su amable excursión a través de las almas y los libros. Desde su «belvedere» observa la vida circundante, claudicaciones y esperanzas, crepúsculos del ideal, inesperadas reacciones del instinto domado. No lleva a su mirador la indiferencia de las estrellas remotas, de Sirio indiferente, a nuestra turbación. Le inquieta su predilecta democracia, Cuba, que ensaya gallardamente la libertad. Deplora sus extravíos con patriótica tristeza: «nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, escribe, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrán mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si es éste el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y

su vida». Varona sueña en su amada república ideal y sólo encuentra la sombría prolongación del régimen odioso: «Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial». Denuncia el despilfarro, el parasitismo de los funcionarios, el desdén de la justicia, la dorada mentira de las elecciones, el peligroso culto de la irresponsabilidad. Con discreta ironía había explicado ya a Plutarco, «fabricante de grandes hombres», que en esta Thule de América la historia «no es historia sino epopeya», los hechos «no son hechos sino hazañas». Del exceso de tanto bien, pensaba, nace tanto mal. «Tantos superhombres juntos se sienten estrechos, se estorban unos a otros y en cierto modo se anulan unos a otros. Tantas cimas iguales hacen el efecto de una línea continua». Varona político no sonríe ya ante su pueblo desorbitado. En revistas y discursos, amonesta virilmente y dice su íntima inquietud. Artemisa Agrotera, la «diosa del huso de oro» a quien van sus votos dolientes, enseñará, al fin, a su «pueblo sencillo» que la libertad es «un medio útil, necesario, indispensable, pero sólo un medio para que reine y a todos proteja la ley equitativa». Si Martí creaba con suntuosas metáforas y una formidable energía, la libertad, Varona la conserva disertando ingeniosamente bajo altivas palmeras, en la violencia del sol. Y del océano turgente se levantan nuevos mitos consoladores.

Como Hostos, como Rodó, Varona asocia la acción y la crítica, y abandona su ardua soledad si Calibán amenaza, con su brutal imperio, a pueblos infantes. No lamentemos, en tan altos espíritus, este viaje necesario de un país de bellas quimeras a la insegura realidad. En un continente que se organiza no cabe el orgullo de actitudes exclusivas. Rodó escucha la sutil melodía de Ariel y propone leyes para la vida obrera; Varona, filósofo y ensayista, es vice-presidente de una apasionada democracia. Ganan estas personalidades en

interés humano lo que pierden en erudición paciente y en sabia limitación. Y cuando el nuevo mundo desorientado busca razones para esperar, vamos hacia estas figuras epónimas que, como los héroes de antiguos pueblos legendarios, nos enseñan a vivir y a pensar, estudian el curso de los astros y la avidez de los surcos, fundan ciudades, civilizaciones y religiones.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, 1917.

Una carta autobiográfica

Sr. don Ventura García Calderón

París

Muy distinguido señor mío:

Su amabilidad, sin quererlo usted, me ha puesto en grande aprieto. Porque desea usted que le envíe unas notas autobiográficas, y he solido mostrarme bastante escéptico con los escritos de esa clase. Pero ¿qué he de hacerle? apuraré el pequeño sorbo, de que no había creído beber.

Nací en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, poco antes de mediar el año de 1849. Mi padre, aunque de las más antiguas cepas del país, era un hombre completamente moderno; por su espíritu, por su variada lectura, y por la experiencia que le habían dado sus largos viajes por América y Europa. Puso tanto cuidado en prepararme para el cultivo mental, que al mismo tiempo que traducía para mí, del inglés, una gramática latina, según el método de Öllendorf, me hacía aprender la lengua de nuestros vecinos del Norte. Lo perdí demasiado pronto, pero han perdurado en mí las huellas, si no de su carácter, de su inteligencia escrutadora. Seguí la segunda enseñanza casi hasta el bachi-

llerato, pero me casé, e interrumpí por entonces mis estudios sistemáticos. Como tenía modo de vivir con independencia, me entregué a mi afición, a la poesía y a la bella literatura. Leí enormemente; sin orden ni concierto, como era natural. Me envolvió, como a todos los míos, la vorágine de la guerra de los diez años, en que casi desapareció mi fortuna personal.

Tuve entonces que dedicarme al periodismo y a la enseñanza. Rehice y continué mis estudios, canalicé mis lecturas y empecé a navegar por el mar de los sistemas. Había aprendido otras lenguas modernas, que me prestaron no pequeño auxilio, poniéndome en contacto con muy diversas maneras de pensar. De todo ello saqué un bien que juzgo inapreciable: saber que así como hay y ha habido distintos modos de vivir entre los hombres, hay y ha habido distintos modos de entender y apreciar la vida. Ya ni las religiones ni las escuelas filosóficas pudieron encerrarme en un círculo, mágico, sí, pero estrecho al cabo. No, no he sido el hombre ligio de ninguna. He cultivado diversas ciencias, especialmente la psicología; y he conservado y conservo, como don precioso de mi risueña edad infantil, el amor más profundo al arte inagotable, al arte, o lo que se nos presenta como tal en la naturaleza; y al arte en todas las invenciones humanas.

Por deber, y no por afición a las contiendas políticas, he servido a mi patria en las tremendas luchas por la independencia y en los años laboriosos de su organización como pueblo moderno. Hoy contemplo con profunda tristeza la caída de sus instituciones, reducidas a mero simulacro; pero pongo la vista en lo pasado, y me consuelo pensando que, aunque la agonía de éste es muy lenta, aunque parece revivir a intervalos, no resucita, en realidad; y al cabo los hombres y los pueblos van hacia adelante y se encuentran un

día en campo nuevo y ante no previstas e ilimitadas perspectivas.

No sé si esto es una nota autobiográfica, pero quizás diga a usted más sobre mí que la relación escueta de los altibajos de mi vida y de mi pensamiento.

Soy de usted, con la más sincera estimación, S. S.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 2 de Julio, 1917.

Para disculparme

A manera de prefacio

> J'ai deviné que les êtres n'étaient que des images changeantes dans l'universelle illusion, et j'ai été dès lors enclin à la tristesse, à la douceur et à la pitié.
>
> ANATOLE FRANCE

Tengo un amigo y deudo, persona discreta, culta y afable, cualidades que naturalmente se hermanan, a quien no ha de gustar el título de mi libro.

Mi amigo es purista; y belvedere trae un husmillo demasiado exótico. Pero no me costará tanto esfuerzo conseguir que se disimule el vocablo, en gracia de la inocente malicia que me lo ha sugerido y hecho preferir, como lograr que me perdone el *mi* pecaminoso que le antepongo.

Mi amigo es, al menos en esta materia, de la escuela del severo M. Brunetière. Para ese adusto moralista el pecado más nefando es la egolatría. Y

a sus ojos son ególatras cuantos prodigan el yo y los posesivos a láteres suyos; signo inequívoco, a lo que parece, de sensual delectación en el excesivo amor de sí mismo.

Pero me figuro que el mal, si mal hay, no está en el pronombre, sino en el hombre. De mí sé decir que lejos de usar ese posesivo por orgullo, lo uso por humildad. Quiero significar con él que cuanto va en estas páginas es lo que he alcanzado a ojear, desde el pequeño mirador en que me ha colocado la suerte, pasado por el imperfecto tamiz de mis nervios, y vaciado luego en los diminutos moldes de mi fantasía. Fragmentos, trizas del vasto mundo, deformadas por una sensibilidad ora aguda, ora embotada, siempre instable, como que voltea a todos los soplos de la emoción.

Sutilizando un poco, se puede advertir que lo que así doy, sin adobo ni condimento de falsa modestia, es lo mismo que dan todos cuantos hablan o escriben. No basta ocultar en lo más recóndito el yo, sujeto a error y deslumbramiento. La luz de lo que llamamos lo objetivo se quiebra y desvía ineludiblemente al penetrar en cada cerebro; y lo mismo el que habla en primera persona, que quien jamás presume hablar de sí mismo, todos hacen sufrir una doble o triple refracción a las impresiones que reciben de lo externo, antes de devolverlas en signos, que son, quiéranlo o no, el reflejo de su sola y propia personalidad fugitiva, en aquel exclusivo momento de su existencia transitoria.

M. Brunetière abomina las confesiones. Me atrevo a insinuar que todo libro es una confesión, o no es absolutamente nada. *Flatus vocis.* Y aun ese poco de viento es la confesión explícita de la vacuidad del espíritu que sonoramente lo lanza al mundo.

Ahora, si se me pregunta por qué me confieso; me sería mucho más difícil contestar de un modo satisfactorio. No tengo en verdad ningún motivo valedero. Este libro podría perfectamente no ser impreso. Los pequeños artículos que lo forman podrían correr la suerte de otros innumerables, salidos de la misma pluma. Pero me son más caros; porque han logrado fijar, en forma menos imprecisa, algún aspecto delicuescente de la vida que me circunda y me arrastra; algún matiz momentáneo de mi espíritu, en el instante fugaz en que, desde la cresta de la ola movediza de la conciencia, pudo contemplar, a la iluminación de un relámpago, algo del mar inmenso, donde poco después había de confundirse, antes de zozobrar para siempre.

Porque en ellos me parece que he logrado decir mejor que otras veces lo que he sentido hondamente cada vez, por eso los publico de nuevo. No sabría disculpar con razones de mayor peso el haber procurado un día más de vida a estas hojas efímeras.

20 de Julio, 1905.

Semana de Pasión

«Life time's fool.

No hay contraste más profundo y doloroso que el que nos ofrece la naturaleza, en la sucesión constante de sus períodos de sopor invernal y rejuvenecimiento, y la vida humana con su decadencia progresiva e incontrastable, hasta la extinción definitiva. En la una, la muerte es un eslabón de la cadena de las vidas. En la otra, todo surge para extinguirse, todo florece para marchitarse, todo arde para apagarse, todo nace para morir. En vano queremos asirnos al goce fugitivo, a la ilusión alada, a la idea que se desvanece, al efecto que se transforma, a la pasión que galvaniza un instante y aniquila por años. En vano queremos detener el tiempo, fijar la emoción que nos embriaga; en vano pe-

dimos un instante de reposo, la tregua de algunos días para sentirnos felices y seguros de nuestra felicidad. El tiempo vuelve indiferente hacia nosotros su rostro multiforme, donde cada hora imprime un nuevo gesto; y se aleja condenándonos al vaivén constante, a la instabilidad perpetua, al cambio, que es lo único eterno.

En su insaciable anhelo de perpetuidad, en su quimera jamás satisfecha de vida sin muerte, el hombre apela a la imaginación, para dorar sus engaños con el resplandor de la poesía o el misticismo; y crea los símbolos que son la vestidura humilde o espléndida de los sistemas de ideas y sentimientos que llamamos religiones. Por eso, aunque varios en la forma, sus mitos son semejantes en el fondo; y los vemos transformarse, pasar de pueblo a pueblo, de siglo a siglo, con la misma oculta significación, con igual sentido profundo.

Hoy las matronas y vírgenes cristianas lloran la muerte y celebrarán mañana la resurrección del Hombre-Dios. Como hace siglos las doncellas sirias sollozaban sobre el cadáver de Adonis, que habían de festejar, con himnos de júbilo, restituído a la vida, a la juventud, a la belleza. ¿Qué importa a las imaginaciones místicas que sean estas escenas consagradas, transformaciones antropomórficas de algún viejo mito solar? Lo que las cautiva, lo que las atrae es que prometen—también al hombre—nueva vida, vida eterna, gozo infinito después de las angustias de la pasión.

¡Ah! para ellas dura una semana. Y, sin embargo, nuestra pasión es eterna. La humanidad es la perenne crucificada. Y cada uno de nosotros, si en alas del entusiasmo, de la fe, del amor, llega alguna vez a una cumbre resplandeciente, a un Tabor luminoso, donde ha podido descubrir perspectivas de belleza infinita y escuchar concentos de inefable armonía, ha sido para rodar después despeñado a un abismo insondable de miseria, donde en la obscuridad de una noche pavorosa, sólo le queda la conciencia suficiente para contar los instantes de su lenta disolución, que lo empuja a la nada.

Marzo, 89.

"No smoking"

Un discreto y ameno escritor, el señor Hernández Miyares, que se encuentra de paseo en la ciudad imperial, nos ha transmitido sus impresiones neoyorkinas. Leyéndolas, por cierto con mucho agrado, di con un párrafo en que el criollismo del señor Hernández se mostraba mortificado, porque sus ojos tropiezan por todas partes con esta recomendación fatídica: *No smoking.*

Las misteriosas letras de fuego, que vió dibujarse sobre el muro sombrío, no espantaron tanto al recalcitrante Baltasar, como al escritor cubano este impertinente *No fuméis*, que apaga el cigarro en su boca de fumador empedernido. ¿No fumar? Pero eso es un horrible castigo para los cubanos. Es como obligarlos a no andar sino de frac. Esto dice el señor Hernández. Y comprendía la abominación del anexionismo.

Sin duda nuestro viajero recordaba, y la boca se le hacía agua, la sabrosa llaneza con que acá se

fuma en todas partes, en la cocina y en el comedor, en el salón y en la alcoba, antes y después del baño, antes y después de las comidas, en los ómnibus y en los carros, en los parques y teatros, dando el brazo a una señora y a la cabecera de un enfermo. Esta atmósfera humosa, saturada de nicotina, debe ser tan natural al pulmón de un cubano, como su ambiente acuoso a las branquias de un pez. No está probado que la salamandra viviera en el fuego; pero está visto que nosotros podemos vivir y recrearnos en el humo. Lord Brassey nos hizo—¡ay sin sospecharlo!—el más delicado elogio, cuando escribió esta frase, que quizás se le antojaba epigramática: *Smoking is the universal ocupation in this land of indolence.*

Es indudable que este hábito de fumar en todos lados y sobre todo el mundo es eminentemente democrático, y aun tiene algo de ascético. Establece la igualdad de todos los ciudadanos ante la mortificación. Es enemigo jurado de todo privilegio. Mi vecino me ahuma y yo lo ahumo. Si yo huelo a tabaco, ¿por qué no ha de oler también el que se sienta a mi lado? El fumar forma parte de nuestros derechos inalienables. Quizás forme el todo. Porque si es verdad que un simple ejecutor de apremios, por decreto de un empleadillo, puede allanar mi domicilio; y un soldado armado de pies a cabeza me puede llevar al vivac porque le di un encontrón; y el fisco puede poner en entredicho todos mis derechos civiles, si no le he pagado la cédula; y el

gobierno, cuando le viene a cuento, me viola la correspondencia; y el Estado dispone de mi hacienda sin mi intervención y riéndose de mis protestas; y la venalidad y el privilegio hacen irrisión de cualquier demanda de justicia que interpongo; al menos puedo fumar, sin que ningún ujier hosco me grite: «Guarde reverencia.»

Comprendo que nuestro viajero se haya indignado contra ese imperioso consejo, que recuerda tan inoportunamente que no vive uno solo en el mundo, y que no se puede aficionar a saciedad el aire que otro respira. Y me explico que, si alguna vez sorprendió en el claustro de su conciencia tal cual veleidad de anexionismo, haya abjurado de ella con horror en el *smoking room*, entre las aromáticas espiras de humo de su rico habano. Quizás le parecería que un misterioso dedo iba trazando con ellas geroglíficos de extraña significación, caracteres hieráticos que desarrollaban un dogma singular, refractario a nuestros usos, a nuestras ideas, a nuestra sangre, a nuestro criollismo bonachón y egoísta, que gusta de salirse con la suya, aunque se apeste al prójimo.

No smoking. Es decir, recuerda que todos te respetan y que debes respetar a todos. Recuerda que tu vecino del momento tiene los mismos derechos a tu consideración, que tu vecino permanente. Recuerda que tus gustos no deben convertirse en el disgusto del que te acompaña. Recuerda que la máxima primera del código de la buena sociedad es:

no molestes. Y recuerda que el hombre bien educado debe considerarse siempre en buena sociedad.

No smoking. Es decir, para el buen concierto de los individuos en comunidad no hay nada insignificante. La lesión del derecho más pequeño resulta enorme. No prives a nadie de su aire puro. Respeta su olfato. No le irrites los ojos. Te indignas porque un desconocido te ha pisado un pie. Pues piensa que con idéntica razón se indigna él porque le arrojas a la cara una bocanada de humo. A ti te parece aromático, a él puede parecerle nauseabundo. Te molestas si te salpican de lodo. Otro puede molestarse porque le impregnas la ropa de olor a tabaco. Te exasperas porque esa buena señora sube al ómnibus con su falderillo. Pues a la buena señora tu cigarro le produce mareo. Lo conveniente para todos es, ni perro, ni cigarro, ni lodo, ni humo. Piensa siempre que la presencia de otro limita tus antojos, en la misma proporción que tu compañía limita los suyos. No se ha inventado, ni se inventará otra fórmula para andar en paz y sosiego por el mundo.

Dichoso Robinson, estaría pensando el señor Hernández Miyares, dichoso Robinson, que es el único sajón que ha podido fumar a sus anchas, y eso mientras estuvo solo en su isla. Porque de seguro, desde que fué Friday a aumentar la población, él mismo tomaría un tizón del hogar, y escribiría con gruesos caracteres de tizne por las paredes de su cabaña: *No smoking.*

Julio, 1894.

Otra, otra infortunada

«I see, a man's life is a tedious o e.»

La sensación más horrible de aislamiento, la angustia más asfixiante de soledad, no son las que se experimentan en lo intrincado de una selva o en las entrañas de un túnel, sino las que caen con peso enorme sobre nuestro espíritu en medio de la multitud afanosa de una de las Babilonias modernas.

El rumor sordo de tantas voces extrañas, la interminable sucesión de tantos rostros desconocidos e indiferentes, al andar rápido de tantas figuras que van a perderse, a diluirse en la masa informe que avanza, se codea, se estruja y pasa como río de muchas aguas, que se desliza o se precipita hacia el mar inmenso, nos dejan la impresión de algo im-

personal formado por millares de personas, del anonadamiento de la voluntad individual, de la pasión personal, en ese torbellino, cuyas moléculas son seres sensibles y apasionados. ¡Qué pequeño se ve uno a sí mismo, simple unidad entre centenares de millares! ¡qué pobre e insignificante la emoción que nos sacude, el anhelo que nos impulsa, ante esa indiferencia suprema que nos envuelve en su atmósfera glacial! La indiferencia de los que no nos conocen, ni nos han de conocer jamás. La de tantos corazones que jamás vibrarán con el nuestro. La de tantas almas que jamás adquirirán por qué se dibuja una sonrisa en nuestros labios o empaña una lágrima nuestros ojos. El hombre que pasa. Es algo infinitamente más triste que la ola, que la nube, que el pájaro, que todo lo que se va sin dejar huella, en el perenne fluir de la naturaleza.

Cuántos dramas punzantes, cuántos lúgubres desgarramientos del alma, de esos que refieren sin emoción las *noticias generales* de los periódicos, se explican por ese vertiginoso sentimiento de abandono de que puede sentirse poseído un ser aislado, entre el tumulto de tantos millones de vidas extrañas, sin ningún suave contacto con la suya. Así discurría yo, leyendo algunas líneas de un papel americano, al mismo tiempo que llegaban a mi oído los últimos rumores de la gran metrópoli neoyorkina, cuya respiración se iba apagando, al entregarse al breve reposo de las altas horas de la noche.

Estas líneas referían con laconismo frío la patética

historia de una joven extranjera, que había sido conducida aquel día al hospital de Bellevue, envenenada por su propia mano. Era muy joven, era muy bella, artista y enamorada, no de un hombre, sino del ideal. Había nacido muy lejos, en la pequeña ciudad rusa de Voone, de raza hebraica; pero su educación había sido completamente occidental, como que la había recibido en Dusseldorf, en Alemania. Vaivenes de fortuna la arrojaron con su madre, viuda, a las playas americanas. Allí había paladeado todas las amarguras de la pobreza en tierra extraña y del aislamiento entre el hormigueo ansioso de la multitud innumerable. Su espíritu, que no encontraba otros afines donde espaciarse, se replegaba en sí mismo; y sólo se comunicaba con el mundo, que se le representaba duro y hostil, por la lectura asídua de los grandes poetas. Los amigos de la niña extranjera, que recorría indiferente las magníficas avenidas de la ciudad imperial, eran Shakespeare, Shelley, Byron, Goethe, Schiller, Heine.

De su poco roce con la realidad y de su perfecta compenetración con la más elevada poesía resultó el refinarse su sensibilidad hasta adquirir caracteres morbosos. Por largo tiempo rehusó prestar oído a muchos galanes, que atraía su extraordinaria belleza. En todos descubría presto la parte sórdida del natural humano. Y esquivaba su contacto como una profanación. Al cabo, un joven, Carlos Markhof, se le hizo más acepto, y en el pasado mes de Mayo le entregó su mano.

Sobre esta nueva y decisiva experiencia de la vida, la joven ha sido muy reservada. Pero muy pronto se la vió desviarse de su esposo, entregarse a su ocupación favorita, leer y componer versos, y manifestar agravada su anterior melancolía. Estaba condenada a la soledad. Quería un compañero para su alma, peregrina entre tantos cuerpos como suben y bajan por las calles interminables de la ciudad inmensa. No lo había encontrado. Entonces resolvió morir.

Su despedida fueron unos versos escritos en hebreo, que se encontraron entre las hojas de uno de sus libros, una versión alemana de Homero. Son un rayo de luz blanca que baja hasta el fondo más sombrío de un alma.

«Está helando. ¡Qué deliciosa es la sensación del aire frío! Quisiera poder envolverme y perderme en el torbellino de esta blanca tempestad.

»Cuando llegue el momento supremo, entonces despertaré, pero ¿a qué? Este pensamiento me espanta. ¿Cuál es el fin?

»¡Oh! ¿por qué habré nacido para sufrir esta mofa de la vida? Sólo cuando duermo, vivo realmente. ¡Qué no pudiera sostenerme con una fuerte cadena! ¡quisiera poder escalar las más altas cimas de la virtud, lejos, muy lejos de toda tentación.»

La pobre Ida Markhoff fué a ponerse al abrigo de toda tentación en el seno frío de la muerte. Su frialdad no la espantaba; porque más fríos habían sido para ella tantos corazones helados, tantos ros-

tros glaciales. No tenía aún veinte años, y ya había visto, como la Imógenes del poeta, que no hay peso más abrumador que el de la tediosa vida humana. *I see, a man's life is a tedious one.*

Nueva York, Agosto, 94.

Anacronismo pertinaz

A propósito de «Mis duelos».

Sería curioso preguntar ¿quién defiende el duelo? Moralistas y legisladores lo han condenado a porfía. Los satíricos lo han hecho blanco de sus epigramas. Hasta los duelistas reniegan de él. ¿Qué le queda? Antes de contestar, sería bueno traer a la memoria que el moralista puede llamarse Proudhon y aceptar un reto de Félix Pyat; y ese legislador puede entender que el duelo ilegítimo en un paisano, es necesario en un militar; y aquel satírico es capaz de mandar sus padrinos a uno que le mordió su sátira contra el duelo. No hay que fiarse.

El duelo, como otras muchas cosas absurdas, tiene

pocos panegiristas públicos y muchos súbditos sumisos en secreto. Si vamos al fondo, al verdadero fondo del asunto, sacamos en consecuencia que el mayor número de los que se baten, se baten por pusilanimidad. El caso de Proudhon, al que he aludido, es buena prueba de ello. Hombre tan despreocupado, que combatió tan de frente rancios abusos y arraigados privilegios, a la segunda vez que lo desafió Pyat, confesó que no se atrevía a resistir, en ese punto, a la opinión.

Esta franca palinodia quita por completo el antifaz al ídolo, y nos lo deja ver tal cual es. No se va al campo por enderezar entuertos, que se quedan torcidos, ni por lavar honras, que se quedan manchadas, sino porque se sepa que se ha ido al campo. Los duelos por odio son cada vez más raros; y si se mira con cuidado se verá que, en los más de estos casos, la pasión homicida ha sido exacerbada por la publicidad, por el escándalo. Hay quienes tienen en alto precio su existencia, y se van a dar de estocadas o tiros por un motivo fútil. Es que tienen más miedo a la nota de cobardes, que a las cuchilladas o los fogonazos. Si fuera posible envolver los duelos en el más profundo secreto, tapar todas las rendijas para que no se traslucieran, no diré que de un golpe se acabaran los desafíos, pero sí que disminuían de golpe lo menos el noventa por ciento.

Precisamente las solemnidades de que se hacen preceder y los rodean, la intervención de varias

personas, las discusiones, las actas, que siempre encuentran el modo de deslizarse al bolsillo de algún periodista, todo ello contribuye a la publicidad y es ya una forma de publicidad. El Argos, llamado la opinión, tiene ya abiertos algunos de sus cien ojos, y con eso basta para fascinar a las víctimas. Hay que inmolarse al qué dirán. Por eso mientras más notoriedad disfruta la persona, por su profesión, por su sociedad habitual u otra circunstancia semejante, más en riesgo está de dejarse arrastrar a ese insigne depropósito. Ya se ha notado que en nuestros días la epidemia de los duelos se ceba particularmente en los periodistas, los políticos y los militares.

Los duelos, se dice, tienen por objeto defender el honor, son lances de honor. Y aun se añade que el sentimiento del honor es cosa moderna. Si se entiende por tal el que va a depurarse a veinticinco pasos de la boca de una pistola, con asistencia de cuatro testigos y aun de algunas docenas de curiosos, puede muy bien ser. Pero si el honor no es sino la medida, más o menos exacta, del valor social de cada individuo, es decir, del precio que la sociedad atribuye a su persona por las cualidades útiles que le reconoce o supone, ha existido siempre. Alcibiades, que no se inmuta por un palo, tenía honor. Crates y Caron, abofeteados, lo tenían también; y el primero denuncia el daño para que el desprecio público lo castigue, y el segundo ni siquiera estima que le han inferido daño. Advierto

que el castigo del desprecio público recayó sobre Nicrodomas que fué el agresor, no sobre Crates, que fué el agredido.

¿Por qué la opinión, dispensadora de los diplomas de honor, ha de exigir que el agredido se convierta a su vez en agresor, y en lugar de ser uno, sean dos los brutales o violentos? Es uno de los muchos casos de atavismo que se pueden señalar en nuestra época, que se tiene por refinada. Los siglos de violencia, que siguieron a la disgregación del imperio romano, han dejado esta herencia sangrienta. Es una costumbre bárbara que se sobrevive, y que hoy se mantiene artificialmente merced a la gran publicidad de nuestros tiempos. Tiene el falso prestigio de lo antiguo, y para muchos pueblos nuevos, como el nuestro, el de ser practicado fuera y lejos. Sobre el instinto heredado se ingerta el deslumbramiento de la moda de París.

Por todo esto resulta que, aunque el duelo, el duelo serio, va de capa caída, no hay que creer que va de vencida. Los lances de aparato, que bastan para satisfacer el honor con aplauso de la galería, se multiplican. Y nadie sabe si lo que empieza en sainete acaba en tragedia. No dudo que se puedan encontrar remedios sociales contra el duelo, como la Anti-duelling Society que inventaron los ingleses, o esa resurrección del antiguo tribunal de los Mariscales, que prestó, según dicen, buenos servicios en Francia, y que recomienda M. Tarde, o el jurado especial para la protección legal del honor

que ha preconizado M. Beaussire. Pero entiendo que se le ha de combatir, sobre todo, en su mismo terreno, en el terreno de la opinión; y por su verdadero lado flaco, por lo que tiene de absurdo y muchas veces de ridículo. Para esta obra de rectificación juiciosa de tan arraigado extravío, que ha de ser lenta, los más abonados son los mismos duelistas, cuando por suerte pasan a la categoría de arrepentidos. Si se deciden, como le ha pasado al señor Varona Murias, a decir sin ambajes todo lo que su experiencia personal les ha enseñado y todo lo que piensan de ese remedio heroico del honor, a que tantas veces han apelado, su testimonio de calidad no puede menos de hacer impresión en los mismos que han formado su cortejo de admiradores, y donde se reclutan sus discípulos. Si los sacerdotes se encargan de desacreditar el oráculo, a los creyentes no queda más remedio que dispersarse y buscar por otro camino la salud.

Confesiones como éstas de «Mis duelos» no tendrán el valor literario de las famosas del filósofo de Ginebra, pero son más útiles para la higiene social.

Noviembre, 94.

Mi tarjeta

Estamos en época de cambiar civilidades. A falta de buenas obras y servicios efectivos, no está mal que se cambien tarjetas. Es cómodo y cuesta poco. Por no gastar, ni siquiera gastamos palabras. Se pone el nombre. Esto quiere decir: «Deseo a usted mil felicidades». Hay quienes añaden algún apodo rimbombante, quiero decir, algún título de marqués, sin marca que defender, o de conde, sin príncipe a quien acompañar, y esto significa: «Deseo a usted ventura, y córrase, de paso, de llamarse a secas Fulano de Tal.» Por si alguno se corre de no tener apéndice que añadir a su nombre, le recomiendo el expediente de Villiers de l'Isle Adam, que después del suyo agregaba este pomposo estrambote:

Candidato a la sucesión de los reyes de Chipre y de Jerusalén.

Como el cargo de candidato está al alcance de todo el mundo, nadie podrá quedarse sin título, sino por su gusto.

Hay también el gran recurso de los ex. Aquí entran los ex-concejales, ex-diputados, ex-senadores y demás. En esta categoría me pareció admirable una tarjeta que cayó en mis manos ha pocos días, y en que se lee: *N. N., antiguo funcionario de policía, cesante (porque sí).*

Como recurso desesperado quedan los títulos de la parentela, a que se puede aludir de manera más o menos discreta. Por modelo puede tomarse la tarjeta que asegura cierto escritor haber visto en Panticosa, y que decía: *X. de Z., primo del conde de H.* O la de un francés, que consignaba este detalle histórico: *Hermano del general Z, herido en Sebastopol.*

Esto nos indica de paso que la tarjeta puede prestar más de un servicio. En ocasiones, como esta de fin de año, hacemos de la cartulina que lleva nuestro nombre la moneda fiduciaria del afecto. Por eso sin duda se ha propuesto ya establecer entre la gente de buen tono una especie de *clearing house*, que les ahorrará del todo la molestia de intentar siquiera la visita. Se establecerá un depósito central, a donde acudirá el lacayo de la señora Y, por ejemplo, recogerá las tarjetas depositadas para la señora y dejará las que ella envía a todas sus amistades.

Pues parece que vamos perdiendo el gusto y la aptitud para las delicias de la conversación amena

y chispeante, que dió color y sabor a la vida de sociedad en época no muy remota, ese sistema tiene positivas ventajas. Y no pierde nada de su mérito, porque no sea tan original como lo supone quizás su inventor. Sobre las grandes ideas pesa siempre la fatalidad de que ya se le han ocurrido antes a otro. En 1770 un consejero del Parlamento de París colocó dos cajas a la puerta de su morada, una vacía con este rótulo: «Para las tarjetas que me traigan», y otra atestada de tarjetas suyas, con este aviso: «Tomad una».

La tarjeta anuncio es muy antigua. No necesitó de los americanos para venir al mundo. En esta clase es típica la de un señor madrileño, que se ahorraba avisos en los periódicos de este modo: «X. X., concejal, Gran Cruz de Carlos III.—Calle de... núm... Casa propia (y otras varias).» Mucho más moderna es la tarjeta con profesión de fe. Sirva de ejemplo la de un Mr. Rousseau, que acotaba su nombre así: *Arquitecto, cuya familia no desciende del filósofo impío.*

Los inventores de la tarjeta dicen que fueron los chinos. El invento es adecuado a esos grandes simbolistas, que presentan a sus deidades ofrendas pintadas, y hacen rezar a una especie de molino, de donde salen las oraciones impresas en tiras de papel. La realidad se esconde tanto, que bien podemos decir que todo es signo. Vaya, pues, la tarjeta a llevar nuestra felicitación; que su eficacia dependerá siempre del espíritu con que se envíe y con que

se reciba. El nombre, que se destaca en negro sobre la blanquísima cartulina, saludará a éste con frialdad, a ése con respeto, a aquél con afecto, al otro con efusión; y arrancará aquí un mohín, allá una sonrisa, avivará quizás una chispa en los ojos, y tal vez, tal vez encenderá el rubor en alguna mejilla.

Es que en vano se alejan los hombres, y ponen entre corazón y corazón la barrera de costumbres artificiales. El cemento de la vida social son los afectos; y lo que da precio y verdadera significación a las relaciones sociales, cualquiera que sea su forma, y a los actos que las simbolizan, es la emoción que los anima. Un saludo siempre es una señal de asociación, un santo y seña de benevolencia mutua, una promesa de concordia. Dos cabezas que se inclinan, son dos manos que están prestas a juntarse. Saludémonos, pues, siquiera sea de lejos, aunque no sea sino una vez al año. Recibe, lector amigo, mi tarjeta.

31 de Diciembre, 94.

Dreyfus

Vivimos ahora tan de prisa y solicitan a la vez nuestra curiosidad tantos sucesos, grandes y pequeños, fútiles e importantes, que se necesita una sacudida muy intensa para detener algunos momentos nuestra atención. Antes, en la penumbra de la vida monótona, bastaba un rayo de luz para atraer los ojos. Hoy, en el pleno fulgor de la publicidad moderna, se requiere poco menos que la descarga eléctrica, para hacernos volver la cabeza.

Dos lastimosas tragedias han tenido por escenario a Francia, en estos últimos tiempos. Ultimos, si es que ya seis meses no son algo remoto. La una puso espanto en los corazones, y despertó en muchos indignación, conmiseración en todos. La otra, aun más triste, ha pasado poco notada para la generalidad de las gentes.

Caía Carnot en Lyon, perforado el vientre por el puñal de un fanático furioso; y la sociedad francesa y la sociedad universal de los hombres civilizados sintieron la herida. La demencia visible del pigmeo que se lanzaba de frente contra el orden social, con el ímpetu ciego de la fiera hipnotizada, no bastó para servirle de escudo; y el Briareo, que se llama el Estado lo pulverizó entre los dedos. Ese fué el epílogo poco interesante de una catástrofe estruendosa.

No ha muchos días colocaban en París ante cinco mil soldados y concurso innumerable de pueblo a un hombre joven, pero encanecido, de ojos profundos, que brillaban con fuego extraño. Vestía el uniforme y las insignias militares. Llevaba ceñida la espada. Las vestía y la ceñía por última vez. Siete hombres, reunidos en secreto, lo habían declarado indigno de llevarlas; y sin necesidad del hierro candente de las edades bárbaras, habían marcado su frente con el estigma indeleble de traidor. Otro hombre se acercó al reo y con lentitud tremenda fué arrancándole una a una sus insignias, uno a uno los botones blasonados de su traje, y le desciñó por último la espada, que hizo brillar siniestramente desnuda, para romperla luego con horror. Pero no era ese el espectáculo más extraño. El hombre encanecido se erguía más a cada ademán del victimario, y con voz entera y vibrante los acompañaba con un solo grito: «¡Viva Francia!» Cuando su espada cayó al polvo hecha pedazos, sobre los aullidos de la

multitud furiosa, sobre el ronco y siniestro redoble de los tambores, resonó aún su acento profundo, que exclamaba: «Soy inocente».

Esa exhibición siniestra deja la impresión de los cuadros más lúgubres de la historia. Hay algo espantoso en la visión de ese hombre a quien se deja intacto el cuerpo, y se le tortura el espíritu. Nadie le toca las carnes, pero le arrancan a girones el honor. El sayón no lo azota, pero las palabras infamantes lo hieren, como puñales envenenados, en su nombre, en su reputación, en sus afectos. El verdugo no le monta a horcajadas en los hombros, no le talonea los costados; pero un hombre, en nombre de un pueblo, le pisotea su dignidad. ¡Y la turba ciega pedía frenética su sangre, cuando ese hombre va a vivir atormentado por las furias de esos recuerdos de ignominia! El Orestes moderno no es menos trágico que el antiguo. No; es mucho más trágico. Porque este hombre, ayer ciudadano respetable, servidor devoto de su patria, hoy degradado, aherrojado, excomulgado, lapidado, no se ha sometido, no ha abrazado el ara de ningún dios como suplicante; sino que ha permanecido erecto bajo el peso abrumador de la acusación, de la sentencia y del desprecio público, y ha protestado su inocencia.

Sus jueces lo han declarado culpable por unanimidad. Su defensor, no menos íntegro, no menos francés que los jueces, ha continuado sosteniendo, después del veredicto, que es inocente. No se puede

pensar, sin frío en el alma, en la falibilidad del juicio humano, en las dificultades a veces insuperables de la prueba judicial, en las seducciones ocultas del sentimiento exacerbado por el espíritu de clase, por los prejuicios del patriotismo, por el temor de ser o parecer débil; y resulta clara y se muestra exigente la convicción de que la sociedad no debe rodearse nunca de misterio para juzgar a uno de sus miembros. Cuando la colectividad entra en litigio con el individuo, por lo mismo que ella es omnipotente y él impotente, le debe, al menos, partir el sol por igual, y acusarlo y oir sus descargos a la plena luz del día.

Si Dreyfus es criminal, su crimen es horrendo. Pero la grandeza misma de la patria ultrajada, vendida por el hijo indigno, exigía que no pudiese flotar la sombra de una duda sobre la majestad de su justicia. Se discurre con horror sobre las consecuencias de la traición, sobre los males sin cuento que la venalidad o la debilidad o la pasión de un hombre puede desatar sobre millones de seres humanos, unidos a él por los vínculos de la sangre y de las leyes. Pero, nadie sabe a ciencia cierta de qué se le acusa, cómo se le ha probado el crimen, cómo se ha defendido, qué le han imputado, qué ha alegado. Y al pasar de nuevo por los ojos las imágenes vagas de su horrible suplicio, del hombre encanecido mirando con ojos cavernosos la consumación pública de su ignominia, sin encorvarse, sin doblarse, apelando a una verdad oculta que parecía ver con

fijeza en lo profundo de su conciencia, no es posible que deje de acudir al espíritu sobrecogido esta pregunta temerosa: ¿Y si es inocente?

Enero, 1895.

El naufragio de "El Elba"

Los que no se han visto nunca entre una multitud poseída de terror súbito, no pueden darse cuenta cabal de las tremendas pasiones que dormitan en el fondo del sér humano. El único espectáculo semejante es el que presentan los pueblos enfermos, cuando se producen en ellos algunas de esas convulsiones que revelan, de cuándo en cuando, la diátesis que los mina. En uno y otro caso el poderoso resorte comprimido, el egoísmo feroz mal enfrenado por la vida normal, salta con violencia, recupera en un instante su terrible ascendiente, y se despoja sin miramientos de su máscara engañosa. El hombre vuelve a ser la fiera primitiva, aguijada hasta el frenesí por el terror de la muerte.

A pocas millas de la costa de Holanda, envuelto en la niebla untuosa del mar del Norte, navegaba una madrugada del último Febrero, uno de los colosales trasatlánticos del Lloyd alemán, atestado de pasaje para América. Reinaba a bordo la calma pesada de las horas del sueño profundo, agravada por el frío intenso. De pronto la enorme máquina se sacude estremecida, y cruje como si se desgarrara toda al choque de una lanza monstruosa. En el silencio del mar tranquilo suena como la irrupción de una súbita catarata. La aguda proa de otro barco que llegaba en la sombra se había hundido en el flanco de «El Elba», abriéndole enorme brecha, por donde se precipitaban las olas para arrasarlo todo. Un clamor inmenso, formado por mil gritos de espanto, surge del buque herido. Los pasajeros, sorprendidos en su sueño, locos por el pavor del peligro inminente y mal entrevisto, se precipitan en desorden, sin saber a dónde acudir. Los tripulantes, desconcertados, que no oyen ninguna voz, ni señal de mando, corren, como por instinto, a los botes de salvamento. Los cables, agarrotados por el frío, resisten como si quisieran ser cómplices del hado siniestro. Sólo dos botes para trescientas cincuenta personas.

Entonces comienza lo espantoso. El barco se va hundiendo por segundos. El mar se engolfa en sus cavidades cada vez con más ímpetu. Gritos ahogados suben de las partes profundas ya inundadas. La multitud se apiña en el puente en busca de las es-

calas, que están ya ocupadas. Los que van a descolgarse por la borda, encuentran manos que los rechazan. Una lucha general se entabla, lucha ciega, frenética, como que ha de ser de instantes, porque un instante es la vida o la muerte. Hay que salvarse y el que está delante estorba, impide. Todos son enemigos. ¡Ay del más débil! Por alcanzar un salvavidas, por llegar a un bote se forcejea, se estruja, se pisotea. Los hombres que han logrado ocupar ya uno de los botes arrojan al agua los niños, porque aumentan el peso. A un hombre que llega a nado, le gritan: «Esta embarcación está reservada para las mujeres». Y no había ninguna en ella. Se dirige a la otra, y tiene que abrirse hueco a la fuerza. El combate es tan desesperado en los botes como en el vapor. Y el golpe de gente furiosa que invade uno es tanto, que zozobra al mismo tiempo que se hundía el buque colosal con su carga de desesperados delirantes. A precio de tantos horrores compraron su vida los veinte que escaparon del naufragio.

Esta escena pavorosa deja nublados los ojos y el alma aterida. Parece que se interrumpe por un instante la fuente misma de la simpatía humana, al ver en toda su desnudez el egoísmo brutal que forma la médula de nuestros sentimientos; y que nos sentimos también feroces y encarnizados contra nuestros semejantes. Esa lucha frenética de pocos minutos por conservar algunos instantes la vida, quizás sólo la esperanza de vivir, presenta, bajo un foco de luz intensa, en escenario de unos cuantos

metros cuadrados, la imagen reducida de las sociedades de hombres, pugnando también con dientes y garras, en el relámpago fugaz de su existencia, tambaleándose sobre el abismo, a punto de hundirse en el golfo tenebroso de la nada.

Hay que haber visto de cerca esos otros combates, no por más sordos y disimulados menos homicidas y crueles, que se libran los hombres, cuando llegan las horas del miedo y se relajan los vínculos de la solidaridad social, para comprender cuán terribles dramas se desarrollan cuando los pueblos temen un naufragio. Es como si en cada corazón pusilánime o espantado resonase el grito profundo de «sálvese el que pueda». Las manos convulsas se apoderan de cualquier arma; y todo parece lícito para herir o resguardarse.

Es verdad que esas son las horas también de los grandes heroísmos y de las grandes abnegaciones. Pero ¡qué triste es pensar que todavía, después de siglos de cultura moral, esos ejemplos gloriosos se han de levantar sobre un pedestal amasado con tantas miserias!

Marzo, 1895.

Poe y Baudelaire

La *Revue Blanche* de París ha publicado algunas cartas inéditas de Edgard Poe, las cuales constituyen uno de los más curiosos documentos que puedan escudriñarse, para buscar la solución del alma enigmática del extraordinario poeta americano. Quizás para los espíritus vaciados en el molde común—*the happy many*—estas cartas, lejos de arrojar nueva luz en las profundidades de ese corazón anheloso, torturado por las exigencias de la fantasía, lo hagan aparecer más insondable y obscuro. Poe encontró, sin saberlo, un alma gemela de la suya, que se empeñó en revelar al mundo su genio, y lo consiguió al cabo de perseverantes esfuerzos. Pero lo que hizo Baudelaire para la gloria literaria del poeta, será difícil que haya quien lo haga para su vida.

La más rara afinidad de gustos y temperamentos permitió al exquisito escritor francés asimilarse la substancia mental de su modelo, y reproducirla en una lengua tan refinada y sutil como la del maravilloso escritor norteamericano. Baudelaire ha confesado que muchas veces descubrió los asuntos poéticos, que bullían confusos e indeterminados en su cerebro, modelados en forma precisa y perfecta en las obras de Edgard Poe. Esta concordancia cabal de dos espíritus creadores, que resonaban armónicamente en dos instrumentos de timbre diverso, produjo una traducción que ha llegado a ser clásica en el idioma francés, y que dió a las obras del poeta de Baltimore carta de ciudadanía en dos literaturas.

Leyendo estas confidencias, que ahora salen a la indiscreta luz de la curiosidad malévola, se me ha ocurrido preguntar: ¿habrá quien pueda hacer esa otra versión, infinitamente más difícil, de una existencia indómita e indomada, incapaz de doblarse bajo el yugo del convencionalismo tiránico, al idioma de las existencias vulgares, que se dejan ir al hilo de la corriente de la rutina, incapaces de comprender lo insólito, pero capaces siempre de maldecirlo e infamarlo? El que no haya sentido nunca la resistencia tremenda que pueden oponer las telarañas férreas de las preocupaciones absurdas que se creen la quinta esencia de la razón, de la ignorancia endiosada que se tiene por sabiduría infusa, de la hipocresía taimada que quiere engañarse a sí misma con sus aires de santidad, del vicio que llega a

ignorarse, a desconocerse, a fuerza de ser habitual, ése no podrá comprender jamás los martirios sin nombre de estos parias de genio, condenados a ir y sentirse solos en medio de la multitud, que se codea y estruja sin conocerse. La suma de maldad estúpida que segregan y amasan los mediocres, deslumbrados y atontados por el brillo de lo superior, sea genio, sea heroísmo, forma una montaña inconmensurable que cierra sin esperanza el horizonte, y no deja sospechar siquiera que hay un *plus ultra*.

La vida de Poe es para la generalidad el libro de los siete sellos. ¿De qué sirve que se la escriba o interprete un Baudelaire? La de éste, segunda edición más dolorosa de la de su Sosias espiritual, necesitaría también de comentador, al alcance de los idiotas que razonan. Es verdad que hay graves doctores y maestros definidores que acudirán solemnemente con su aplicación ya hecha: desequilibrados, degenerados. ¡Es pasmosa la sabiduría que puede esconderse debajo de un birrete! Pero los que leemos sin birrete, sólo para dejarnos guiar por manos expertas en los senderos maravillosos del mundo del arte, no conocemos aún la balanza bastante sensible para determinar los granos que se han de añadir a la locura para componer el genio, o que se han de sustraer al genio para que nos quede la locura.

Quizás Edgard Poe y Baudelaire fueron degenerados. Su existencia atropellada y tumultuosa revela estigmas tremendos. Pero si la degeneración conduce

a esa fantasía sutil, que ellos poseyeron, capaz de encontrar un símbolo profundamente poético en los asuntos y objetos más triviales, duplicando, extendiendo así la significación de las cosas; si lleva a esa perfección no igualada de estilo, que es también, a su manera, una creación poética, y por la cual las palabras adquieren nuevo color y vida más intensa, entonces todos los grandes escritores han sido degenerados, o éstos de que trato han sido grandes escritores, a pesar de la degeneración. Y en uno y otro caso, la explicación ¿a dónde se ha ido?

No pretendo resolver el punto. Es muy intrincado. Sólo he querido hacer notar que resulta cómodo, muy cómodo, poner un mote denigrante o muchos motes a todo lo que no cabe en nuestras medidas, a todo lo que excede de nuestra estatura. ¿Hay nada más impertinente que la bondad sencilla? ¿más molesto que la abnegación? ¿más insolente y más perturbador que el heroísmo? ¿más deslumbrante y vertiginoso que el genio?

Si yo estoy hecho a mi mazmorra, y puedo andar a pasos cortos con mis grillos, y respiro pasablemente bien mi atmósfera mefítica, y me contento con la luz cenicienta que se filtra por mi claraboya, ¿no es estupendo que otro me venga a empujar, pretendiendo que es grato correr y dilatar los pulmones en la cima de la montaña y extender la vista por el horizonte infinito bañado, inundado de luz meridiana? ¿No sería posible dar gusto a estos locos, y soltarlos en el Continente Antártico, que está

por poblar? Así al menos nos dejarían vivir en paz, practicando y saboreando la filosofía de Tien-Ki-Chi, retrado chino.

Abril, 1895.

El centenario del Tasso

En esta semana ha conmemorado Italia el tercer centenario de la muerte del infortunado autor de *La Gerusalemme Liberata*. No menos que Roma, se aprestaban Bergamo y Ferrara a solemnizar con grandes fiestas el 25 de Abril; y toda la Península las acompañaba, con aplausos y adhesiones, en su patriótico empeño. Una vez más la estéril y tardía admiración de la posteridad pone dolorosamente de relieve el contraste entre los merecimientos del genio y la recompensa obtenida por sus esfuerzos.

Los apasionados de los versos divinos del poeta y la turba de curiosos habrán ido en peregrinación a la mazmorra de Santa Ana, donde gimió cautivo, y a la celda de San Onofre, donde murió sin ceñir el laurel ambicionado y ya conseguido. Allí habrán

podido contemplar las reliquias que revelan las torturas desgarradoras que laceraron el alma inquieta y turbada de ese hijo póstumo del Renacimiento. Y más de uno habrá recordado el drama melancólico de su vida, emponzoñada por su misma gloria, juguete de la fatalidad encarnada en su temperamento, arruinada por el desacuerdo de su espíritu luminoso con el espíritu de la época de reacción sombría en que le tocó florecer.

Quizás alguno de los visitantes, al contemplar la máscara que conserva, después de trescientos años, las facciones del poeta; ante esas mejillas maceradas por el dolor, ante esas órbitas hundidas, donde se escondieron unos ojos espantados por la profunda visión de los abismos internos, sintiera anhelos de preguntarle:—Poeta, ¿bajo qué peso abrumador se rindió tu espíritu soberano? ¿fueron tu suplicio las pequeñas mordeduras de los pequeños dientes blancos, que apenas desgarran, pero envenenan irremisiblemente la herida? ¿fueron los ímpetus de tu mente exaltada, que te reconocía digno de un destino superior? ¿fueron las mil contrariedades mezquinas de tu posición de gentil hombre de compañía, de poeta de corte, sin más salario que las mercedes de un príncipe tornadizo? ¿fué el contraste entre el mundo de cortesía ideal, de heroísmo noble, que creó tu fantasía, y el pequeño círculo de intrigantes astutos, de parásitos audaces, que te miraba de reojo como estorbo inútil, y que sabía hacer caudal de tus menores excentricidades para perderte?

Muy duro debía ser embeberse conversando con tus paladines sin tacha, para despertar al lado de un Alfonso de Este; y más duro encontrar en el que te complacías en pintarte como fiel trasunto de tu Godofredo, un mal alumno del príncipe de Maquiavelo.

Y quizás entonces le parecería que los carnosos labios sin color se separaban sin ruido, y le contestaban:—Mucho anhelé y sufrí, en Ferrara, alternativamente mimado y desdeñado, en el comercio de un duque egoísta, de princesas demasiado frívolas o demasiado austeras, de cortesanos con orgullo y sin dignidad, de leguleyos diplomáticos que removían el cielo y la tierra para atar o desatar una intriga sin consecuencia. Mucho anhelé y sufrí, viendo que había de acuñar el oro puro de mis versos en moneda falta, a fin de pagar favores mercenarios; y que en recompensa de la fama eterna que les aseguraba en mis poemas, mis falsos Mecenas ni me aseguraban el reposo del cuerpo, el *ozio letterato*, que demandaban mis facultades para producir con provecho, ni la dignidad, que demandaba mi espíritu, como recompensa y estímulo de sus esfuerzos.

—Allí probé todas las amarguras de la pobreza en medio del fausto, del ansia de libertad en la servidumbre, del ingenio soberano rodeado de pedantes estultos, del idealismo alado y fulgente preso en las redes de los intereses mezquinos de una mísera corte señorial; sintiéndome con rubor como astro conde-

nado a ser satélite de otro satélite. Mas no fueron éstos los golpes que abatieron mi cuerpo y rindieron mi espíritu. Porque salí de Ferrara y erré por Italia; busqué refugio y paz en Sorrento, y bullicio y gloria en Roma; y por todas partes me siguió invisible el fantasma implacable que me acechaba. Mi mal iba conmigo; porque era yo un desterrado en mi patria y un extemporáneo en mi siglo. Era la mía la Italia de Petrarca y Ariosto, de Ficino y Lorenzo de Médicis, de Sadolet y León X, y me encontraba en la Italia de Berni y Speroni, de Bellarmino y Alfonso de Este, de Silvio Antoniano y Gregorio XIII. Mi espíritu se había nutrido en los tiempos en que se dulcificaba el ascetismo cristiano con la miel de Platón; y se encontraba en los tiempos en que se plantaba una cruz sobre el obelisco de Heliópolis.

Para esos tiempos y esos hombres escribí mi poema, último canto de la musa del Helicon, que deponía el laurel, para ceñirse *di stelli immortali aurea corona*. Pero sus oídos estaban sordos a esa melodía, y sus ojos se ofuscaban con el resplandor de ese cintillo de astros. Con hábito de críticos y alma de inquisidores torturaron, dilaceraron, dislocaron, descoyuntaron mi obra divina. Asieron torpemente por sus alas diáfanas mi poesía sutil, y se las estrujaron y quebraron para ajustarle un sayal de penitente. ¿Hay nombre para este martirio? ¡Desdichados, incomparablemente desdichados, únicos desdichados los que nacen demasiado tarde o demasiado presto!

Y el romero curioso quizás se alejaría pensando

en la triste ironía de esta fiesta, en que, a los tres siglos completos, se celebra la memoria de aquel a quien desconoció su siglo; que le ofreció al cabo una corona de laurel, sólo porque se había prestado a mutilar y profanar su obra.

Mayo, 1895.

Un desquite

Entre la ruidosa confusión de un escándalo, trompeteado por los millares de bocas de bronce de la prensa de ambos hemisferios, se ha hundido de súbito uno de los hombres más originales de la originalísima sociedad londinense; hombre que es al mismo tiempo uno de los ingenios más sutiles, penetrantes, irónicos y paradójicos de esa tierra clásica del *humor*, y un maravilloso artífice de estilo.

Muchos años hacía que estaba trabado un duelo mortal entre ese escritor brillante y desdeñoso y el público anónimo, la turba semi-culta, adoradora ciega de lo convencional, que se revolvía indignada cuando oía silbar por encima de sus cabezas el látigo de esa sátira, que más se proponía vilipendiar con

el ademán insolente que castigar con el golpe. Real o fingido, el desprecio de Oscar Wilde por el *cant*, señor absoluto del alma de la libre Inglaterra, era un crimen de lesa nación, que no le podían perdonar los innumerables a quienes agraviaba diariamente con su traje, con sus maneras, con su tren de vida, con sus teorías literarias y sociales, con el chisporroteo acre de su vena cáustica, con la dura granizada de sus paradojas mefistofélicas.

Pocos satíricos han sabido dejar veneno más sutil en las leves picaduras de su aguijón. Con un mohín, que podía pasar por sonrisa, dejaba caer sus epigramas, sin volverse a mirar donde caían. ¿Lo perdonaría a él nunca el público, a quien había dicho una vez: «Tu tolerancia es pasmosa. Todo lo perdonas, excepto el genio?» No habrían de olvidar ciertamente los periodistas, que han heredado por lo menos el temperamento irritable de los antiguos vates, su sarcástica apreciación del moderno periodismo. «Justifica su existencia, escribe en uno de sus diálogos, por el gran principio darwinista de la supervivencia de los más vulgares, *the survival of the vulgarest.*» Y como si esto fuera poco, establece así la diferencia entre el periodismo y la literatura: «Los periódicos son ilegibles y las obras literarias no son leídas.» *Journalism is unreadable, and literature is not read.*

No he de arriesgarme por los meandros escabrosos de su proceso. No sé, ni quiero, si es reo de todas las abominaciones que le achacan o siquiera de algunas. Lo que sí veo es la saña con que han acudido

al desquite todos sus agraviados. La multitud ha cargado sobre él y lo ha aplastado. Al elefante ha parecido poco una de sus patas enormes, y con todo su cuerpo se ha acostado sobre la libélula. La prensa inglesa se ha arremolinado en torno del pretorio, y, cubriéndose el rostro con el manto, ha clamado a una voz: crucifícalo. La prensa francesa le ha formado coro estridente, no por indignación contra el artista demasiado socrático, sino por viejo rencor contra el deslustrado puritanismo británico. El rumor formidable que ha venido después ya se explica, y no necesitaba tanto.

Es peligroso jugar con las fieras, aun enjauladas, aun encadenadas. Oscar Wilde confiaba demasiado en la fascinación de su ingenio asombroso. Presumía quizás que el círculo de chispas multicolores y deslumbrantes, que trazaba en torno suyo con sus frases eléctricas, lo preservaría, por una especie de supremo encanto. Pero al taumaturgo no basta la confianza plena en sí mismo, si la tiene, necesita la fe de los espectadores, que es la que realiza las cuatro quintas partes del milagro. El flaco de Wilde es que se le descubría sin gran esfuerzo la afectación. La máscara no adhería bastante al rostro. Inglaterra ha sufrido satíricos tal vez más implacables, más despiadados, como el deán Swift; pero eran o parecían sinceros. El excesivo refinamiento del jefe de los estetas, el artístico desdén en que se envolvía como en un manto de púrpura pálida, no le dejaban poner en su obra sino una parte mínima de su

alma. Es un Próspero que parece desconfiar de sus encantamientos y hasta reirse de ellos. Ni Ariel, ni Caliban le sirven a gusto, ni él los manda con suficiente imperio. No se sabe si tiene convicciones, y quizás le parezca de muy mal tono tenerlas. El mismo hombre, que dice haber tomado como norma el objeto que asigna Goethe a la vida: *self-development*, compone un ensayo para probar la importancia de no hacer nada. Es un aristócrata que escribe a veces como socialista; un crítico que se burla de la crítica; y un escritor que sostiene que hay el arte de hablar, pero no el de escribir.

Emerson ha enseñado a la gente de su raza que quien quiera ser libre debe *no conformarse*. Y Oscar Wilde aprueba y practica el aforismo. Pero los ingleses, en cuya historia y en cuya vida social juegan tanto papel los no-conformistas, les exigen ante todo, para aceptarlos, que lo sean de veras. ¿Quién se encuentra capaz de aquilatar lo que es de veras este escritor, que se complace en desfigurarse y transformarse? Aun para no estar conforme con los demás se necesita estar uno conforme consigo mismo. Y el supremo dilettantismo de estos escépticos por amor al arte consiste en presentarse a los ojos del lector sorprendido cual nuevos Proteos del pensamiento y la fantasía.

El público inglés no parece haber tomado por lo serio el espíritu de independencia de Oscar Wilde, pero sí su impertinencia de gran maestro, su desdén de lo vulgar y su ironía lacerante, más cruel

que la invectiva más sangrienta. Sufría su incontestable superioridad de artista, pero con el sordo rencor del que está dispuesto a sublevarse en la primera oportunidad. Estamos presenciando con qué cruel regocijo la ha aprovechado.

Aunque adorador de las deidades helénicas, Wilde había constituído en regla de su vida desdeñar a las Euménides, encargadas de traer a la razón a los infractores de las reglas. He aquí que las Euménides se le han aparecido bajo los redingotes de un jurado de burgueses, y lo han excomulgado. Tremendo castigo para un esteta.

Mayo, 1895.

Rarezas

En el número de Junio de la *Contemporary Review* publica Mr. Harry Quilter un artículo, en que analiza la parte capital que corresponde a la prensa en la corrupción del gusto literario en Inglaterra. Mr. Quilter es un crítico puritano que dice cosas, a primera vista extrañas, pero que no lo son sino porque nos hemos ido desacostumbrando a oirlas. A fuerza de leer periódicos, y de leerlos de prisa, vamos perdiendo de vista su influencia real en nuestro modo de sentir y pensar. Y es nada menos que la influencia de la gota sobre la piedra.

La sugestión del periódico favorito, aunque menos intensa que la de las personas con quienes entramos en contacto, es, en cambio, más prolongada, puede ser más duradera, y hasta cierto punto más temible,

por lo mismo que se disimula más. Los elogios constantes a las obras de autor determinado o de tal o cual escuela acaban por establecer una presunción o disposición favorable en el espíritu del lector independiente, y la convicción más profunda en el espíritu del lector maleable y sumiso. Y aquí se propone el gran problema: ¿cuántos por mil son los lectores independientes? ¿serán dos? ¿será uno? ¿será una fracción de la unidad? Averígüelo quien pueda. Lo que sí puede asegurarse es que son muy contados, muy pocos los que se toman el trabajo de pensar por cuenta propia. ¿Qué digo? los que se toman el trabajo de pensar. El mayor número de los cerebros que andan por ahí, debajo de cráneos muy sólidos, son meras pantallas por donde desfilan las imágenes y las ideas, como procesiones de sombras chinescas. La lámpara está fuera, y a cada lámpara acompaña su maese Pedro.

Los críticos, que funcionan de maese Pedros, se dan o no se dan cuenta de su poder; pero lo tienen; y es indudable que la boga de más de una secta literaria es obra suya, no menos que obra de sus autores. Muchos ingenios distinguidos hubieran abandonado a tiempo la senda torcida, sin las complacencias de una crítica poco escrupulosa o imbuída a su vez de preocupaciones externas. La luz de la lámpara-crítico puede ser también luz refleja.

Mas no es mi propósito tomar por mi cuenta, ni desde mi punto de vista, como lo he hecho en los párrafos precedentes, la tesis de Mr. Quilter. La

lectura de su artículo me ha sugerido ideas aun más raras que las suyas, más fuera de uso. Leyéndolo, me he puesto a pensar en la influencia deletérea que pueden ejercer los periódicos en el carácter moral de sus lectores habituales.

Confieso que, aunque paso entre la media docena de mis casi-amigos por hombre de ideas muy radicales, la verdad es que no he logrado desarraigar de mi espíritu ciertas ideas añejas, de que hablo muy poco por temor de que me confirmen de extravagante. Mr. Quilter va a tener la culpa de que me ponga en evidencia. Creo, y lo digo casi corrido, que una de las bases del carácter moral es la sinceridad. Me duele pensar que esa aseveración se está pudriendo de puro vieja. Los antiguos enseñaban que Pitágoras dividía el campo entero de la virtud en dos grandes provincias: Decir verdad y hacer bien. Figúrense ustedes. ¡Pitágoras! Y figúrense ustedes también lo que se ha mentido antes y después de ese venerable filósofo.

Así y todo, es decir, vieja y todo, tengo esa idea. Entiendo que ni se respeta a sí mismo, ni respeta a los demás el que, a sabiendas, lo induce a error. Se me antoja que no poseemos la palabra para ocultar, sino para declarar nuestros pensamientos. Me figuro que se empequeñece el hombre que no se atreve a decir a otro lo que cree. Y pienso que, sin orgullo ni presunción, cada uno debe empeñarse en conservar su estatura. El que me obliga a ocultar o disimular mi pensamiento es mi tirano. El que

me fuerza a recortar mis ideas, para ajustarlas a las suyas, me martiriza más que aquél que tajaba los miembros de sus víctimas para amoldarlos a su lecho. Voy tan lejos, o tan hacia atrás, por esta senda, que tengo por preferible un pregonero de vicios a un simulador de virtudes. Entre don Juan y Tartufo el abominable es el hipócrita. El uno hiere, pero no engaña; el otro hiere y engaña, hiere y envenena la herida.

La prensa mendaz fomenta el espíritu de mentira. Ningún otro degrada más a los pueblos. Amo la libertad, sobre todo porque enseña al hombre a ser hombre. Para mí ser hombre no significa dar tajos y mandobles, ni jurar en el arroyo, ni acogotar al rival en la taberna o enviarle los padrinos en el club; sino tener el corazón a la altura de su pensamiento, para llamar siempre a lo bueno, bueno, y a lo malo, malo. Engañar al pueblo, dándole lo falso por verdadero, es peor que envenenarle el pan y el agua; es inficionarle su atmósfera moral. No hay interés que disculpe hacer granjería de la mentira; ni el interés de partido, ni el de secta, ni el interés patriótico, ni el humano. Porque ultrajan a patria y la humanidad los que creen servirlas con imposturas. Mísera nación, la que no sea capaz de soportar una verdad que le duela, le amargue, la hiera o la desgarre! ¡Pobre humanidad, la que no sea capaz de fortificarse con la confesión sincera de sus pequeñeces y miserias!

Mas no quiero extremar la sorpresa del lector.

Después de todo, estas son opiniones personales mías, y yo mismo las encuentro a veces un tantico excéntricas. ¡Esos ingleses puritanos y ese Mr. Quilter...!

Agosto, 1895.

Días después

La naturaleza es horrible en su indiferencia. Lo mismo pulveriza la flor espléndida y el insecto nacarado, que el águila caudal y al hombre, coronado de presunción, *homo sapiens!* En el perenne y misterioso combate que se libran la creación y la destrucción, la victoria es siempre del más fuerte. Todo organismo para vivir necesita destruir otro organismo. Esta es la terrible ley que llamamos de vida. Y es ley de muerte.

El hombre no se cuida de su inmensa labor destructora. Los organismos innumerables e invisibles, que hacen de él su presa, tampoco se cuidan de sus alegrías, ni de sus dolores, de sus designios, ni de sus pasiones. Son tan indiferentes en su inconsciencia, como el hombre consciente lo es para todo lo que está o cree que está debajo de él. Lo mismo

atacan y destruyen al infante que empieza a balbucear, que al anciano decrépito que olvida la palabra, lo mismo al varón engreído en su robustez, que a la joven matrona que lleva en su seno la esperanza de las nuevas generaciones.

El mundo fuera un inmenso campo de carnicería, donde en medio de tinieblas densas, se librara eternamente el combate salvaje de la vida, si no lo alumbrase con su luz funesta ese sol mortecino, que llamamos la conciencia. ¡Cuán compasiva fué para los animales inferiores la filosofía orgullosa que ha querido ver en ellos meros autómatas! ¡Conciencia!, es decir, dolor. Y en el hombre, además, pavor, desolación por nuestra impotencia, por nuestro aislamiento, por nuestra soledad. ¿Para qué sirve la conciencia? Para sentirnos morir. Para ver morir. Para asistir con espanto en nuestro espíritu al gradual hundimiento, al paulatino desvanecimiento de nuestras creencias, de nuestros deseos, de nuestros afectos. Para seguir con espanto en el espíritu ajeno la desaparición lenta o rápida de cuanto nos lo hizo caro.

Dicen que estamos los hombres unidos por la conciencia. ¡Quimera engañosa! Separados eterna, irreductiblemente por la conciencia. Todo puede fundirse, siquiera un instante, en la naturaleza, menos dos espíritus. Hay dos manos que se estrechan, dos bocas que se besan, pero allá, más allá, en el fondo misterioso de cada sér humano está una conciencia que no se une, que no se entrega por completo, que en el instante inmediato puede estar separada

de la otra por toda la inmensidad de un abismo sin límites. Y para mayor tormento, para más horror, lo sentimos!

Si hubiera algo compasivo en el mundo, el hombre debería ser ciego, irremisiblemente ciego de espíritu. ¿A qué anhelar, si cuanto toco se va en polvo? ¿A qué amar, si todo es efímero? Efímero el cuerpo, efímera la belleza, efímero el afecto, efímera la pasión. Y, sobre todo, ¿a qué concebir y amar lo permanente, si todo es pasajero? De las entrañas mismas de la humanidad sube un clamor eterno: *cuncta fluunt*, todo pasa, todo huye; *velut unda supervenit undam*, una ola sigue a otra, un amor a otro amor, una vida a otra vida. Pero, ¿por qué he de sentirlo, por qué he de verlo, por qué he de saberlo? ¿A qué la conciencia de lo finito con la ilusión de lo infinito?

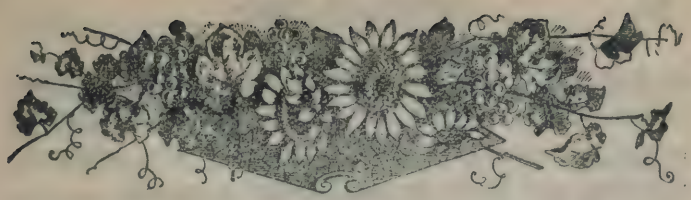
En medio de Atenas se elevaba un altar vacío, sin deidad, ni símbolo. Estaba dedicado a la Compasión. Los suplicantes, que lo cercaban en tropel, levantaban sus palmas al aire vano. Imagen tremenda de la mísera y engañada humanidad, que busca inútilmente la conmiseración donde menos está, en la fría y impasible naturaleza, que no conoce ni el amor, ni el odio, ni la desesperación, ni la esperanza. Tranquila o revuelta, su corriente incesante todo lo arrastra, todo lo arrebata y todo, no se sabe dónde, lo sepulta.

Sólo el hombre compadece al hombre. Mas la compasión también es dolor; dolor estéril, como to-

dos, porque no hay más que un bálsamo verdadero, la inconsciencia. La inconsciencia imperfecta que nos trae ese deficiente anestésico, el tiempo; o la inconsciencia plena, en que nos envuelve la única consoladora, la muerte.

Cuando en el hogar queda vacío un puesto irreemplazable, cuando en la fila de los amigos se abre un hueco que no ha de llenarse, cuando de la legión de los que glorifican la humanidad cae uno que no se levantará; ¡cómo maldecimos, cómo execramos la muerte! ¡Cuán horrible nos parece su faz lívida! Y es verdad, la muerte es horrible, mas no para el que se va, sino para los que se quedan. El caro desaparecido ya no siente, ¡dicha suprema! ¡dicha única! y en cambio su recuerdo nos está lacerando las entrañas; sin otra esperanza que la de hacernos estólidamente a la soledad, que nos parecía insoportable; o la de dejarnos vencer, sin darnos cuenta, por la artera cobardía del olvido.

25 de Agosto de 1895.



Reflexiones de un elevado

Las teorías que nos enseñan a considerar las sociedades como grandes y complicados organismos difícilmente hubieran brotado en el cerebro de pensadores, que viviesen en el campo o en pequeñas ciudades. Pero se concibe fácilmente que hayan sido producto de la imaginación de hombres, que se sienten arrebatados por el torbellino de alguna de las gigantescas Babeles modernas.

Nada, en efecto, se asemeja más a una inmensa máquina consciente. En ellas la analogía con el conjunto de órganos concertados que constituye los seres vivos salta a los ojos. Se ven funcionar los órganos, y se siente vibrar y se oye pasar la incesante circulación, en que van confundidos hombres y cosas,

lo más basto que produce la naturaleza y lo más refinado que inventa el artista, los materiales en bruto que demanda la industria, y los productos extraños que exige la sensibilidad estragada.

El individuo más dueño de sí se siente empequeñecido, al encontrarse arrebatado por ese torrente. El hombre se reduce a átomo. Es menos que el enfermo en el hospital, que se convierte en número; menos que el soldado en el ejército, que es una simple unidad. Allí ni se le cuenta siquiera. Es un glóbulo que va o viene, como cualquier otro del enorme raudal circulatorio. ¿Quién pone número a los átomos? Cada uno es cualquiera. Cada cual ocupa el menor espacio posible. El otro y el otro y cien y mil son semejantes, que van, sin que nadie sepa, ni se preocupe por saber, a dónde. Ese rostro que ahora se ve, no se volverá a ver más. ¿A qué fijarse en él? Los hay tristes, los hay alegres, los hay mohinos, los hay malévolos y hasta estúpidos. Y ¿qué? Son aspectos diversos de lo más trivial que existe, una faz humana. Al día ¡se ven tantos millares!

Es ciertamente una gran lección de humildad. Por supuesto, para los humildes. Porque si hay algo incurable en el mundo es la vanidad humana. Y estoy cierto de que un vanidoso, en medio de tanta gente atareada y despreocupada de todo lo que no sea su particular preocupación del momento, ese vanidoso todavía creerá que, siquiera en ese breve instante, ha sido el objeto preferente de atención

de todo aquel mundo, que ha adivinado y reconocido su mérito excelso.

Todo esto se me ocurre, cuando voy por los elevados de esta ciudad. Me parece imposible que la disgregación de las almas llegue más lejos, en medio de esta pasmosa aglomeración de cuerpos. Me he visto en lugares bien remotos de toda habitación humana, he atravesado solo bosques seculares en los confines del Camagüey, he cruzado sin compañía por aquellas sabanas en que el horizonte tiene las lejanías del océano, nunca me ha penetrado tan íntimamente la sensación de la soledad, como en estos viajes cotidianos. Nunca me he sentido tan solo.

Es verdad que la multitud me produce siempre este mismo efecto. Pero la multitud en movimiento, la masa humana, descompuesta en sus moléculas, efectuando con monótona regularidad su función circulatoria, me abisma aun más en esa intensa sensación de aislamiento. Mi personalidad quiere afirmarse, pero el terreno se le desliza debajo, y poco a poco voy sintiendo su anulación, su inmersión, su desaparición en el plasma social. Soy también parte de la masa. Parte ínfima, infinitesimal. Me siento átomo.

Por desgracia soy un átomo tocado de la manía razonante. Y por allí vuelve a surgir mi individualidad, para hacerme sentir más mi aislamiento. Quisiera ser como uno de tantos que van a desempeñar su porcioncita minúscula de una función per-

fectamente insignificante y perfectamente necesaria, sin preocuparse poco ni mucho de los otros que van a desempeñar la suya, tan pequeña y tan forzosa. Ser un globulito más o menos rojo, que va de canal en canal hasta parar a un capilar que se mide por milímetros, a llevar su granito útil a cualquiera ignorada parte de la periferia de un cuerpo, para nutrirla, o a sacar su granito nocivo para limpiarla y sanearla. Pero con ser esto, como cualquier otro, todavía me distraigo de mis diez mil millonésima parte de función, preguntándome si ese otro globulito, que va cerca, será feliz o desgraciado, si estará o no satisfecho con su suerte, y sobre todo si se sentirá como yo oprimido por la idea de la indiferencia glacial de todos esos otros globulitos, que van tan afanosos a su tarea de pena o de placer.

Mi único modo de escapar, de alguna suerte, a la dolorosa obsesión de esos pensamientos es refugiarme en la idea de que, aunque no la sienta en acción, la ley de afinidad existe para los glóbulos hombres como para los glóbulos sangre. Sólo que la nuestra obra por modo más sutil, y atrae a través del espacio y aun a través del tiempo. Mientras haya un espíritu que piense al unísono, siquiera alguna vez, mientras haya un corazón que lata con el mismo ritmo, siquiera algunos instantes, no estamos solos. Podemos estar confundidos con extraños y ser éstos innumerables. Pero allá, cerca o lejos, habrá otros hombres que piensen como nosotros, que deseen lo que

nosotros, que sufran o se regocijen con los mismos dolores o las mismas alegrías, y aquí, cerca o lejos, nuestro espíritu sentirá el dulce, el inefable consuelo de la compañía, de la unión, de la concordia.

Esta es la más hermosa palabra del vocabulario humano. Ella demuestra, desentrañando su sentido, que el hombre es un sér incompleto. Para sentirse completo necesita del hombre. Un solo corazón no basta para estar concorde; se hace necesario al menos otro corazón. Según el mito profundo de Platón, el hombre fué formado doble. Después quedó separado en dos mitades, que andan siempre buscándose, para volver, aunque de manera imperfecta, a su antigua unión, y realizar en ella la harmonía de sus sentimientos e ideas, la concordia.

Por experiencia propia aconsejo, pues, a los que se sientan aquejados por la melancolía que me domina, cuando voy y vengo, entre millares de personas atareadas, en los trenes de los elevados de Nueva York, que se dejen de pensar a dónde van, qué hacen, qué piensan o qué sienten aquellos semejantes suyos, que no parecen darse cuenta siquiera de nuestra existencia. Y que en cambio se pongan a pensar en los mitos de Platón. Si no los conocen, y ello nada tiene de particular, ya les he dado a conocer uno, que es muy substancioso.

Nueva York, Noviembre, 1895.

La estatua de Heine

Los habitantes de la gran metrópoli americana andan estos días enzarzados en una grave dificultad, que amenaza dividirlos no menos hondamente que las rivalidades de la pandilla Tammany Hall y la liga anti-Tammany. Entre los huéspedes de bronce de Central Park ¿recibirá también hospedaje el poeta Heine? ¿Serán seis o serán siete los hijos de las Musas que asomen sus caras melancólicas entre los bosquecillos y praderas del gran parque neoyorkino?

Grandes cosas se han dicho en pro, y grandes cosas se han dicho en contra. ¡Quién verá la sonrisa irónica del malcante poeta, allá en las etéreas islas afortunadas por donde vaga su sombra serena e inmortal! De seguro que si se tratara de instalar otro hipopótamo en la Menagerie o de armar un esqueleto de mastodonte en el Museo, la votación

hubiera sido unánime. Pero Heine conocía demasiado bien los caracteres de la especie *Philister*, para que le extrañe ahora este desquite póstumo contra el censor zumbón, que tanto hubo de lacerarla en su tiempo.

Los topos son enemigos natos de los linces. La vulgaridad vestida de ropa talar y coronada de birrete es implacable con el genio. Muchos años han pasado, y todavía los filisteos alemanes no han podido perdonar a ese Sansón, con su calva erizada de versos punzantes. No hay rencor más tenaz que el de los hipócritas; y Heine amotinó y atrahilló en contra suya a todos los enmascarados de la comparsa social. ¡Cuántos antifaces dorados arrancó y cuántos corazones podridos disecó! Compuso con sangre y hiel, con su sangre y con su hiel, un licor acerbo, y lo hizo apurar a la ralea de los perversos, de los egoístas, de los rastreros. Todavía el amargor les tuerce la boca, y quieren escupir sobre la fama del poeta.

Ni su genio ni su largo martirio han proyectado bastante luz para deslumbrar los ojos de zahorí de sus inquisidores de ultratumba. Se han levantado fervorosos e indignados, con el celo de Ezequiel en los labios, para protestar contra la glorificación de ese enemigo de la familia, de la patria y de la religión. A cada uno de estos nombres sacrosantos, se han erguido puros, patriotas, creyentes, han extendido las manos y han pronunciado: *anathema*. ¡Y todo contra un busto o una estatua de bronce!

Estos puritanos purísimos, cándidos, inmaculados, *sine labe concepti*, que han tronado con tan santa indignación, no han sentido cómo transfiguraba el ridículo sus rostros de profetas, en máscaras de histriones. El ridículo, que es el gran vengador, el gran justiciero. Tanto ruido de plazuela y tanto chapoteo en el fango y tanta salpicadura de cieno ¿para qué? y ¿contra qué? Un pedazo de bronce tallado en figura humana sobre un pedestal de granito o de yeso—lo mismo da—¿es eso la gloria? Si quitáis la estatua ¿extinguís la fama? Si no ponéis el busto ¿desterráis de la memoria el nombre y del oído la música divina de los versos? ¡Necios! La gloria del poeta se cierne en el mundo ideal del arte, que enriqueció; en donde no penetran las voces estentóreas de los charlatanes de la crítica, a donde no llegan los rayos falsificados de las excomuniones farisáicas. El monumento imperecedero, que la trasmite a las edades futuras, son sus versos, carne ya de la carne, y sangre ya de la sangre de la lengua alemana. Desarraigad, si podéis, las raíces con que se ha entrelazado la obra de Heine en ese granito viviente, que es el idioma de un pueblo; aventad de la fantasía de los alemanes las imágenes de que la ha poblado el poeta; haced que cesen las palpitaciones del corazón alemán, que acompaña el ritmo de sus cantos; y entonces y sólo entonces habréis puesto la coraza, como fatídico apagador, sobre su gloria.

Los grandes artistas de la palabra son los que

dejan obras más duraderas. Las obras maestras de la pintura helénica no viven en la tela, ni en la tabla; perduran en las descripciones de los literatos griegos. Pudiera desaparecer hasta la última estatua mutilada de las que esculpieron aquellos cinceles divinos. El polvo de las edades pudiera enterrar hasta el último capitel y el último friso de esas ruinas, habitadas por el genio solemne de la belleza antigua. El espíritu del arte helénico seguiría viviendo en los versos inmortales de sus poetas. Y si se llegara a borrar de la memoria de los hombres hasta la lengua maravillosa en que los cantaron o los escribieron, aun así no habría muerto ese espíritu, porque duraría y florecería en los pensamientos y concepciones que aquellos poetas animaron con soplo imperecedero, para que habitaran ya por siempre en la mente conmovida de las generaciones por venir.

¿Importa algo que no conozcamos las facciones de Hesiodo, de Píndaro o de Esquilo? ¿Aumentan su gloria las figuras convencionales que los representan, para satisfacer la necesidad de los símbolos palpables que parece sentir el alma humana? Su gloria estriba en la parte de su alma que se ha encarnado en la nuestra; y para borrarla habría que amasar de nuevo y dar otra forma a nuestra alma.

En este pleito risible, lo que importaría realmente decidir es si Heine fué o no gran poeta. Si lo fué, aunque no se le erija estatua en el Parque Central

de Nueva York, ni en parte alguna, seguirá conmoviendo corazones y agitando espíritus. Si no lo fué, aunque su estatua haga centinela en el *Mall*, no se elevará mucho su cabeza por encima de la de Halleck, que aguarda sentado en ese hermoso paseo que le llegue su turno de inmortalidad.

Los florentinos, al decorar una de las calles de su gloriosa ciudad con las estátuas de Dante, Giotto, Petrarca, Boccaccio, Ghiberti, Maquiavelo, Miguel Angel, quisieron honrarse ellos mismos, recordando al mundo la pléyade luminosa que había alumbrado el cielo de su ciudad artística, dentro del corto espacio de dos siglos. No soñaron con que podían aumentar así el renombre, ni los merecimientos de esos artistas soberanos. Los buenos vecinos de sangre más o menos filisteo-alemana, que creen que van a contribuir a la gloria de un nombre que aborrecen por instinto, consintiendo en que se ponga su busto en un paseo, carecen del buen gusto de los florentinos.

En cuanto a los apasionados del poeta, no debían tampoco enojarse demasiado con sus contradictores. Heine ha resistido ya y ha vencido todas las pruebas. De la escoria de sus inauditos sufrimientos, se alzó con las alas abiertas su gran espíritu, para ir a consolar, con el lenguaje encantado de la verdadera poesía, a todos los que, en medio de las miserias de la vida vulgar, se sienten atormentados por la nostalgia del ideal.

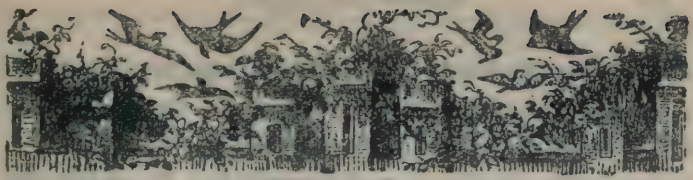
Donde quiera que un alma triste evoque los versos del poeta que se sintió peregrino en su patria,

extraño entre los suyos, herido por manos amadas, ultrajado por la suerte y abandonado de todos, menos de su inspiración, allí se levanta el verdadero monumento que perpetúa su memoria.

Heine es un gran poeta, porque representa un estado de alma humana. Como Goethe, su compatriota, representa otro diverso. Como representa otro su compañero Schiller. No tan sereno como el uno, menos ideal que el otro. ¿Y qué? Por eso mismo necesario y típico dentro de su literatura. Y llamado, como ellos, y por ser grande como ellos, a traspasar los linderos de una literatura nacional, a entrar en el grupo de los poetas universales.

En él está, por derecho propio, aunque al cabo su figura, sentada o erguida, no adorne una alameda cerca o lejos de la aguja de Cleopatra.

Nueva York, Diciembre, 1895.



Lo que piensa el obelisco

Todo era glacial aquella tarde. Detrás de los enormes cristales, cerca del calentador que crugía de cuando en cuando, la blanca perspectiva que se espaciaba ante mis ojos me atería el espíritu. Nada bullía a mi alrededor. El edificio colosal se había ido yaciando poco a poco del enjambre rumoroso que lo llenaba. Parecíame, sin embargo, que el aire helado y sutil, que debía silbar fuera, vahleaba sobre mi rostro, y me hacía estremecer.

No podía separar la vista del gran monolito, que estaba allí, a pocos pasos, inmóvil y erguido sobre centenares de esqueletos de árboles, que se sacudían, dejando caer en largos canalones la nieve cuajada en sus ramas sin hojas. Se me antojaba que corrían fugaces escalofríos por la piel rugosa de aquella mole, hecha por siglos a los ardores del sol

africano y al hálito abrasado del desierto. Erigido por la vanidad humana en un suelo de clima casi tropical, la vanidad humana lo había trasplantado a un suelo de clima casi boreal. Me figuraba que el frío de mi alma debía morder sus entrañas de piedra.

Lo veía allí, como espectro de edades remotísimas, evocado por la universal desolación de la naturaleza, privada del calor fecundante; para ser testigo de otra vida en otro mundo diverso. El que vió desfilar, grave y mudo, las pompas guerreras de los Thutmes y de los Ramses, reyes, hijos de dioses, y dioses visibles ellos mismos, miraba ahora la procesión interminable, abigarrada y brillante, de otros hombres que obedecen a reyes impalpables y reverencian a dioses invisibles.

La tierra estaba muerta; pero el hombre hormigueaba vigoroso en su superficie helada. En torno, delante del obelisco, pasaban veloces magníficos trineos, arrastrados por soberbios tríos de corceles con vistosos penachos, y atestados de mujeres y hombres arrebujados en pieles, deslizándose sin parar, uno y otro y otro y mil, a cual más brillante, a cual más rico, a cual más rápido, aguijados por no sé cuál imperioso afán de ir adelante, de prisa, en pos de algo inaccesible que se dibujaba en la blanca lontananza; sin duda para desvanecerse, pues la carrera silenciosa no paraba jamás.

Y sin poderlo evitar, prestaba yo mis pensamientos exóticos al inerte obelisco, y me parecía que los ex-

traños signos que tatúan sus caras hablaban, y decían:

«Yo he visto multitudes afanosas, con brazos y pies desnudos, en la tierra que el limo del sagrado Nilo fertiliza; yo las he visto, en fila inacabable, ir abrumadas a depositar su carga, como una ofrenda, ante el déspota que temían y veneraban, para levantar monumentos imperecederos a su soberbia mortal. Apenas caía uno en el camino arenoso, otro ocupaba el hueco; y la tarea y el afán no cesaban nunca. A no ser por el tamaño, hubiera confundido aquellos hombres con la diminuta hormiga, que pasa así la existencia, colaborando en obras gigantescas e inútiles.

»He visto después precipitarse sobre ellos, como tromba impetuosa, hordas de gente extraña, que pusieron el alfanje en sus manos, y los arrastraron a una nueva tarea de esfuerzo y de sangre, para levantar otros monumentos en que inscribieron en otra lengua otros nombres. Pasaron predicando, saqueando y matando, y siguieron a otras comarcas para predicar, saquear y matar. Y su obra de destrucción y edificación no se detenía nunca.

»No sé cuántos años, ni cuántos siglos pasaron. A mis pies veía siempre sucederse, como las olas de un mar sin orillas, las generaciones de hombres, siempre encorvados en una carrera sin fin, para ir a rematar una obra interminable.

»Un día su afán insensato se volvió contra mí. Me arrancaron del suelo en que se amasó la roca que

me forma, y me trajeron a una región extraña, donde todo es diverso. ¿Qué iba a ver en torno mío? Cuando empecé a familiarizarme con estos hombres nuevos, cuando supe interpretar el rumor de trueno subterráneo que sale de esas inmensas colmenas que desde aquí descubro, y las trepidaciones producidas a su paso por esos monstruos empenachados de humo que vuelan sin alas entre la tierra y el cielo, el espectáculo de esta marca humana que viene a romperse contra mi base inmoble nada me dijo que ya no supiera.

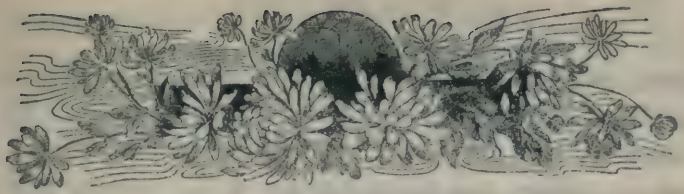
»Estos hombres no van descalzos, ni se humillan ante un tirano amasado de su mismo barro, ni ensangrientan la tierra por una quimera irisada y fulgurante; pero van, sin embargo, más premiosos, con más ahinco, con mayor fatiga, devorando el espacio, recortando, mutilando, abreviando el tiempo, al mismo fin incógnito; erigiendo trofeos más altaneros, que han de caer no obstante; amontonando edificios más altos, que se derrumbarán al cabo; engarzando, encadenando poblaciones para formar ciudades—provincias, que se derrumbarán al fin en ruinas; queriendo hacer más y más pronto y mejor que los pasados, y haciendo a la postre lo mismo: afanar, afanar, desvariar, pretender volar, y al cabo en un instante desaparecer.

»He visto, sí, millones de hombres en millares de años; los he visto cambiar de traje, de moradas, de gestos, de lenguaje, de ideas. No los he visto cambiar de apetitos, ni de pasiones. ¿De qué les sirve

correr, deslizarse, precipitarse, volar con tan regocijado ímpetu, sin querer parar; si no pueden parar cuando quisieran?»

Caía la noche, y los últimos reflejos de la tarde fría se quebraron en chispas sobre el gorro de zinc dorado que cubre el ápice del obelisco. Me pareció que pestañeaba el ojo triste de un cíclope melancólico.

Nueva York, Marzo, 96.



La bandera de la patria

Al amanecer del día veintiséis, las banderas cubanas flotaban sobre una pequeña parte de la ciudad, entre despierta y dormida. El viento recio del nordeste azotaba la enseña gloriosa, que desenvolvía altiva sus pliegues sobre el último baluarte de la dominación española en América. El cielo estaba plomizo, lloviznaba a intervalos, había vapor de lágrimas en la atmósfera húmeda. Sin embargo, la bandera de la patria sonreía serena sobre el amodorramiento matinal y la melancólica pesadez de la naturaleza. Se elevaba gallarda sobre la ciudad aun silenciosa, como flor de esperanza sobre campo desolado que ha bebido sangre.

Poco a poco el carmín y el azul de las banderas

iban poniendo nuevas manchas de luz y alegría sobre el fondo obscuro de esa primera mañana de invierno. Era como el romper sucesivo de gigantescas orquídeas, que desataban sus largos pétalos azules y blancos sobre todas las azoteas, en lo alto de los miradores, en lo más empinado de las torres. Era como una marea de ondas cerúleas y rojizas que avanzaban más y más hacia el Este.

Sordo rumor comenzó a subir de las calles tortuosas, primero como zumbido de enjambre lejano, luego como trueno de la tierra estremecida, al fin como tempestad ensordecedora de aclamaciones, que se elevan de millares de pechos, para corear un himno triunfal a la bandera de la libertad, que resplandecía en lo alto. Era el pueblo que despertaba y se sentía libre. Como un Encélado, que echa a un lado la montaña que había gravitado por siglos sobre su pecho, sacudía sus poderosos miembros entumecidos y lanzaba su voz profunda, que apagaba los mugidos del mar tajado por las grandes alas del viento del Septentrión.

Mis ojos no se fatigaban de mirar ese glorioso alumbramiento de una vida nueva, que surgía de entre la obscuridad y el llanto de un pasado horrible, simbolizada por esa bandera que ascendía de todos los ámbitos de la capital, cubierta de niebla, como de un Tabor envuelto aún en la sombra. Esa era, ésa, la que hasta entonces sólo había visto yo decorar las moradas tristes de los proscritos, en los largos años de peregrinación por el desierto de la

tierra extraña. Esa la que daba sombra a los túmulos, en cuyo derredor nos congregábamos en otro suelo a llorar a los mártires de la patria. Esa la bordada con recelo en lo más retirado de la casa por la doncella intrépida, y la ungida por las lágrimas silenciosas de la madre, que la enviaba a escondidas al hijo que había de defenderla, como un talismán, en desigual combate. Esa la que tres generaciones habían visto flotar solamente en sus sueños generosos de libertad y patria, la que para tantos héroes sólo había significado deber y martirio, la que únicamente se había desplegado, al silbar de las balas y al fulgurar de los aceros, sobre campos de muerte. Y allí se alzaba ahora, sobre la orgullosa ciudad que se llamaba inexpugnable, en la majestad de su gloria tranquila, surcando de luz el espacio con cada ondulación de sus brillantes franjas, proclamando el triunfo de la abnegación y el patriotismo y la eficacia portentosa de una causa justa.

Y al verla hermanada con el pabellón soberbio de la Gran República, que ha sido el heraldo y campeón de la libertad de América, al verla flotando a la par de la luminosa bandera de los Estados Unidos, volvía a mi espíritu, como evocación de un pasado ya muerto, el recuerdo lejano de uno de los días más tristes de mi vida de colono sin patria.

Era el alba de un 4 de Julio. Me encontraba en un hotel de la metrópoli neoyorkina. Fragor continuo de rápidos chasquidos, que repercutían en todas direcciones, me hizo saltar del lecho; corrí a la

estrecha ventana, y sentí tal deslumbramiento, que apenas podía darme cuenta de lo que contemplaba. La calle inmensa parecía flamear toda entera, en la gloria tricolor de la enseña nacional. De cada una de millares de ventanas salía un brazo rígido que hacía flotar al viento la bandera, que había consolidado la Unión y emancipado al siervo. Abajo, en fila interminable, los coches, los carros, los ómnibus, la hacían pasar en sucesión vertiginosa. En todas partes brillaba, con profusión indecible, desde el hotel suntuoso, hasta la humilde tiendecilla. Un niño limpia-botas la había plantado con orgullo en el pobre cajón, que contenía sus útiles de trabajo. Me pareció que el alma del pueblo gigante florecía a mi vista, en ese símbolo radioso de su poder y su libertad. Y sentí encogerse espasmódicamente dentro de mi pecho el alma de Cuba, que no tenía bandera...

Y aquí está ahora, después de tantos años de labor de sangre, empapada por esta lluvia sutil, como por las lágrimas de un pueblo entero; aquí está triunfante, alzada por el heroísmo silencioso de tantas generaciones que por ella han sufrido el martirio. Y, en ese rumor profundo que se eleva de las olcadas del pueblo, escucho una voz, que claramente dice: «Sube, sube, bandera de la patria; fulgura como sol que disipa las sombras del terror y la ignominia; abre tus pliegues, como alas que cobijen corazones amansados por el dolor y ensanchados por el triunfo merecido; tiende tus franjas, como iris perenne de paz y bonanza, sobre esta tierra

manchada por el crimen y purificada por el sacrificio. Sube, sube, bandera de Cuba, y que ese girón sangriento, que ostentas como símbolo de nuestro martirio, restañe para siempre la sangre de las heridas de la patria.»

27 de Diciembre, 1898.

Una evocación

Al mediar la noche del tres de Febrero del corriente año, celebraron con febril regocijo los habitantes de Buenos Aires una extraña fiesta.

En un recodo del paseo de Palermo, al resplandor intenso de focos eléctricos y en medio de multicoloras luces de Bengala, gran concurso de pueblo formó círculo en torno de un vetusto edificio, atento a la obra que iba a realizar un grupo de ingenieros. A la última campanada de las doce, respondió una tremenda explosión, y a ésta, formidable alarido, que pareció repercutirse por todos los ámbitos de la ciudad cercana. La casa había sido volada con dinamita. Un ejército de obreros, armados de picos y cuerdas, cayó sobre los escombros aun titubeantes, y a poco dejó raso el suelo, donde la multitud empezó a banquetear, entre gritos de júbilo y hurras ensordecedores.

¿Qué significaba esa algazara en medio de la noche, que parecía convertir a los honrados ribereños del Plata en romeros del sábado de Walpurgis? ¿Qué nueva Bastilla habían derribado esos pacíficos insurrectos, amparados por la ley y con el auxilio de la fuerza pública?

Aquella vieja casa sombría era la quinta del tirano Rosas. Allí había ido a reposar de sus faenas sangrientas el Tiberio argentino, y a preparar sus remedos siniestros de las abdicaciones y reelecciones de Octavio Augusto. Por allí había circulado la hueste de sus sicarios, el tropel de cortesanos que temblaban ante sus bufones galoneados y constelados de condecoraciones, y que iban a hacer coro a las grotescas antífonas del padre Lozano. Por allí habían rondado sus gauchos salvajes; y por entre ellos había discurrido, como la sombra rósea de Beatriz entre las almas del Purgatorio, aquella Manuelita, que fué como el iris que flotó sobre aquel inmenso lago de sangre.

No es en verdad lo menos dramático de la vida del terrible dictador, el papel que en ella tuvieron las mujeres de su familia. Su esposa, como otra Josefina, aunque de modo mucho más activo, preparó el camino de su encumbramiento, agitando facciones, antes de que las domeñara su marido. La hermana de Rosas, Agustina, reinaba en Buenos Aires por su belleza, mientras él mantenía doblegada la república por el terror. Y su hija Manuelita, triste, bella y dulce, giraba incesantemente en torno de ese

astro siniestro, dotada del misterioso poder de agitar la única fibra sensible en el pecho de un hombre de granito. La reliquia de más precio en la abandonada quinta era precisamente la acacia centenaria, a cuya sombra gustaba Manuelita de dormir la siesta, teniendo acurrucado a sus pies a Bigua, mestizo idiota, que compartía con don Eusebio de la Santa Federación el alto honor de desarrugar con sus truhanerías el ceño del tirano.

Pocos meses hace que murió en Londres esa mujer tan famosa, que se ha llevado a la tumba las confidencias lúgubres de uno de los hombres más extraordinarios de la historia de la América Latina en nuestro siglo. Si ella las hubiese confiado a su vez a la posteridad, ¡qué documento nos hubiera dejado para reconstruir la visión del mundo, pintada en la retina espiritual de quien pudo contemplar desde tan alto y hasta tan bajo las almas de sus semejantes! El pensamiento de esos grandes despreciadores de la vida, de la dignidad y de las vanidades humanas, como lo fueron el romano Sylla y el argentino Rosas, si se nos revelara, sería el más maravilloso tratado de moral ascética que pudiera escribir la pluma desengañada de un Kempis seglar. Indiferentes a las torturas físicas o morales que imponían, derramaron la sangre fríamente y fríamente humillaron las almas; y lo vieron todo tan pequeño, insignificante o vil, que bajaron de la cúspide de la grandeza, y no hicieron el menor esfuerzo por remontarla.

Se comprende muy bien que, cuando se han manejado los hombres como cosas, se caiga fácilmente en ese estado mental tremendo, que pudiera llamarse el hastío del esfuerzo. Se necesita estimar a los demás, para darse uno valor, para darse precio a sí mismo. Ser uno entre iguales, aunque no sean muy altos, ensancha el espíritu y lo fortalece. Ser único sobre muchos infinitamente pequeños, amengua, achica y hasta anula una personalidad vigorosa. Un ambicioso estólido podrá seguir siendo siempre ambicioso, aunque domine desde muy alto infinitas almas postradas. Con un poco de elevación de espíritu, es imposible que la ambición coronada por el éxito no se disuelva lentamente en el más profundo desencanto, en el más incurable desprecio de esa misma grandeza, que se persiguió a costa de inaudito empeño, sin reparar en los medios y por sobre todos los obstáculos.

Sylla, puesto que lo cité, se cansa de matar hombres y de envilecerlos, y se desprende voluntariamente del poder que nadie le disputaba ya, para obscurecerse o para no tener que ver la obscuridad de las almas ajenas. Rosas, vencido en un encuentro insignificante, disponiendo de fuerzas numerosas, abdica sin trabajo, se destierra, y pasa largos años hasta llegar a la senectud, sin la menor veleidad de tender la mano para volver a asir la omnipotencia de que disfrutó a sus anchas, y que le permitió ver cómo puede arrastrarse el animal, que tanto se envanece de su actitud erguida.

Al cumplirse cuarenta y siete años de la llamada batalla de Monte Caseros, trata el pueblo argentino de raer de la superficie de la tierra los últimos escombros de la casa del tirano; y el suceso recibió las aclamaciones frenéticas de una multitud inmensa, que parecía sentirse libre de terrible obsesión. Si, según las añejas creencias, rondasen los espíritus sus habituales moradas, cómo sonreiría la máscara neroniana del dictador, al recordar que medio siglo antes resonaban en torno de esos muros otras muy distintas aclamaciones; y al pensar que cuando pedía al plebiscito la sanción de sus tropelías no se encontraban en toda la república más de cuatro votos, que osaran negársela en la sombra del anónimo.

Abril, 1899.

A barrer

En materia de barrido es indudable que estamos mejor que antes. Se barren mucho las calles de la Habana, y las barren bastante bien. Da gusto ver esas cuadrillas de gente atareada, que se toma tanto empeño en la limpieza pública. A mí, al menos, me da gusto, y un puntico de pena. Porque, sin quererlo, me acuerdo de que ha sido necesario que vengan de fuera a hacernos barrer. Pues claro está que si nosotros, *motu proprio*, nos hubiéramos empeñado más en remover nuestro polvo y quitar nuestro lodo, no hubiera tenido el vecino que venir a enseñarnos esos rudimentos de una virtud, que no es teologal ni cardinal, pero que también fortalece el cuerpo y refresca el espíritu.

Como las asociaciones de ideas suelen parecer tan caprichosas, quizás alguien se sorprenderá al

saber que tanto movimiento de escobas me hace pensar casi siempre en los chinos. No por asociación de contraste, sino porque los discípulos del cauto Confucio y del sagaz Mencio tienen un proverbio que dice: «Si cada cual barriera delante de su puerta, las calles estarían limpias». Y esto, que puede ser una explicación, tan buena como otra, de la proverbial suciedad de las calles de sus ciudades-hormigueros, me sirve a mí para largas meditaciones acerca de todo lo que pudiera hacer el esfuerzo individual para remover impurezas, mientras nos acostumbramos al esfuerzo colectivo, y lo que es más, para facilitarlo.

¡Si nos decidiéramos a barrer, cada uno delante de su puerta! Por supuesto, que ya no pienso en las calles tortuosas por donde andamos o nos llevan. Ya esas, bien o suficientemente bien, las barren en cuadrilla, por cuenta de la bolsa común. Pero ¡es que nos queda tanto por limpiar! Y sería lástima que hubieran de ser otros los que nos forzaran la mano para obra tan útil y decorosa.

Año nuevo, dijimos el primer día de este pasado Enero, vida nueva. No soy de los muy creyentes en el milagro de que los pueblos cambien así de piel completa, como los ofidios. Por eso me conformaría con que fuéramos soltando escama a escama, hasta encontrarnos, dentro de suficiente número de años, bien lustrosos, flamantes y gayados; con vestido nuevo, en una palabra, y, a ser posible, aunque tardase algo más, con alma nueva. Pero confieso que,

por más que busco, no hallo ninguna escama. Quizás se las lleven los barrenderos, apenas caen.

Podrá ser defecto de mi vista; mas miro y remiro, por dentro y por fuera, y todo me parece lo mismo. Somos tan descontentadizos y estamos tan descontentos como antes; pero cada cual lo está de los demás, no de sí mismo. ¿No nos convendría, por acaso, un ligero examen de conciencia? No basta que a uno le quiten las ligaduras, es preciso sentirse uno mismo suelto. Si no, es difícil hasta el intentar moverse, y echar a andar. Pues bien, se me antoja que el hábito de las trabas nos ha dejado de tal modo la impresión de ellas, que no damos un paso por creernos atados; y después nos sorprendemos, disgustamos y hasta indignamos de que nadie lo dé. Pensemos que los demás sienten lo que nosotros, y no seremos tan exigentes. Acabemos de convencernos de que podemos hacer muchas cosas que antes no podíamos, y resolvámonos a dar el ejemplo. Es más práctico que esperar a que otros lo den.

Todo lo que uno puede hacer por sí mismo o asociándose con otros, ¿por qué esperar que se lo den hecho? Nuestro más viejo resabio, y por tanto el más arriesgado, es el de contar con una providencia visible, casi doméstica, siempre a la mano, que debe preparar el cauce para nuestra vida, sacarnos de todos los apuros, y hasta distribuirnos nuestra porción congrua de felicidad. Y como no vemos abrir

el surco, ni nadie nos saca en hombros, si hemos caído en algún garlito, ni nos traen la dicha a domicilio; echamos pestes contra alguien que debe ser el culpable, y sobre todo contra un sistema político y un gobierno que no dicta leyes para que todo nos salga bien y estemos satisfechos. Me figuro que si nos propusiéramos arar nosotros mismos nuestro campo, y salir de aprietos con nuestro ingenio o esfuerzo, y cortarnos a nuestra medida el bienestar que nos sea dable adquirir, nos quejaríamos menos y adelantaríamos y ganaríamos más.

En la raíz de este descontento crónico encuentro ese hábito, que ya es en nosotros segunda naturaleza, de esperarlo todo de fuera. Es que nos lo deben, pensamos; porque somos dignos de todo. ¿Debió caer sólo para los israelitas vagabundos el maná y para las Dánaes emparedadas la lluvia de oro? Si las cosas no nos resultan bien, la culpa es de quien debe enderezarlas, para que disfrutemos de ellas. Nosotros las queremos derechas.

No sé cómo lo pasaría el que se atreviera a llegarse quedito a nuestro oído y nos advirtiese:—Pero quizás no seamos merecedores de todo ese bien; quizás no baste querer lo mejor para obtenerlo; quizás nos sobren vanidad para corregirnos e ignorancia de lo necesario para enderezar lo torcido; quizás sea efecto de nuestra pereza u obra de nuestra mala educación lo que nos parece producto de la negligencia de ese otro, con quien contamos a título de suficiencia nuestra y sin su consentimiento.

Como no lo sé, no digo lo que le pasaría. Mas sin extremar tanto la materia, ni poner el gesto tan avinagrado, vuelvo a mi tesis, mucho más inocente y menos mortificante, de que debía cada cual hacer por escobar los rezagos del caduco régimen anterior, que hayan quedado a su puerta.

Entonces, presentando marcial y gallardamente nuestra escoba, podríamos decir al de al lado:—Vecino, yo por mi parte barro, ¿quiere usted barrer?

Mayo, 1899.

El centenario de Balzac

Algo atrás ha quedado la celebración del centenario de Balzac. El mundo no va más de prisa; pero a la humanidad parece que le han nacido alas en los pies. No sabe a dónde vuela, mas es lo cierto que vuela, pidiendo a cada instante la mayor suma y la mayor intensidad de sensaciones. Vivir mucho no quiere decir ya vivir largos años, sino sentir mucho. Se quiere, pues, vivir mucho y de carrera.

Gracias que, de cuando en cuando, haya lugar para volver la cara atrás, y recordar que tal día hizo tantos años que nació o murió alguno de esos hombres excepcionales, que se impusieron la tarea de sentir, inventar, creer u obrar por los demás y para los demás. Se festeja la fecha recordada con palabras sonoras, banquetes y fuegos de artificio, y se sigue de largo a gran velocidad.

Del centenario de Balzac han quedado, para me-

moria, una conferencia de M. Brunetière en el teatro de Tours, un estudio de Mr. Arthur Symons en la *Fortnightly Review*, varios artículos de periódico, y una edición especial en inglés de algunas de sus novelas, traducidas por Miss Katherine Prescott Wormeley.

No había dejado de extrañarme que los franceses, que publicaron tan lindas ediciones selectas en los centenarios de Diderot y Voltaire, no hubieran hecho ahora lo mismo, tratándose de un escritor no menos eximio y no menos abundante. Pero, pensándolo bien, y sobre todo, después de conocer la selección de Miss Wormeley, he comprendido que no les faltaba razón. Cabe penetrarse del espíritu y conocer la manera de aquellos dos grandes escritores, agrupando algunas de sus obras más características. Diderot está todo él en *El sueño de d'Alembert*, *El sobrino de Rameau*, la *Conversación de un filósofo con la Mariscala de* ***, en algunos de sus *Salones*. Voltaire se revela siempre el mismo en *Cándido* o en *Micromegas*, en el *Affaire Calas* o en *La fábula de las abejas*, en la tragedia *Brutus* o en unos versos efímeros como *Adieux a la vie*. La obra de Balzac es un todo orgánico, que no sufre desarticulación.

En la mente del gran autor, cada una de sus novelas viene a ser una escena de esa múltiple, infinita comedia social, que se había propuesto abarcar, si no en su integridad, en las líneas generales que cerraran su periferia. Aisladas podrán ser, como lo

son muchas, muy interesantes para el lector de ocasión, que va a pedir a la obra de arte un rato de divagar, o una suma de sensaciones pasajeras más o menos sutiles. Pero no producen, no pueden producir la vista de conjunto a que el artista aspiraba, ni menos pueden revelar la poderosa personalidad del vidente que, colocado en el centro del torbellino humano, era capaz de seguir la trayectoria de una vida y otro y otra, verlas cortarse, chocar, acelerarse, retardarse, sin que su vista se confundiera, sin que se deslumbrara, sirviéndose de cada existencia para explicar la mutua, compleja acción de todas; y desarrollar el desenlace fatal a que iban impelidas por las fuerzas ciegas del instinto y la pasión.

Pocas veces, en la historia del arte literario, se habrá visto aparecer, en época más rica para la observación, observador más agudo y penetrante, más convencido al mismo tiempo de su poder y más decidido a emplearlo en servicio de su obra. Balzac, si no destruye por completo, reduce a valor muy relativo la doctrina de la inconsciencia de los grandes artistas. «La observación ha llegado a ser un instinto en mí, decía, la facultad de penetrar en el alma, sin descuidar el cuerpo... Salirme de mi propia manera de vivir, ser otra persona distinta de mí, *por una especie de embriaguez* de las facultades intelectuales, y entretenerme a voluntad en este juego, ha sido mi recreo.»

Este análisis de su facultad de rehacer sus per-

sonajes, descrito en tan pocos rasgos, tiene un valor extraordinario. Nos explica su modo de operar, que es el de todos los artistas que llamamos creadores. El no usa la palabra rehacer, soy yo quien la empleo de propósito. Balzac experimentaba, sufría la alucinación peculiar de los compositores de personajes y dramas; la que hacía sentir a Flaubert los síntomas del envenenamiento de madama Bovary. Por eso creía verlos tales como eran o debían ser; se sentía transfundido en el alma de esos seres ficticios. En realidad, lo que hacía era recomponer en su mente personajes que había observado en el mundo, que habían pasado junto a él, de quienes conoció fragmentos de su vida o rasgos de su carácter o los lineamientos de su fisonomía. Con esos elementos daba forma a seres que eran creaciones suyas y al mismo tiempo representaciones y tipos de los hombres de su época y su país.

Como que el instrumento que empleaba era de admirable precisión, pues su inteligencia y su fantasía no podían ser más extraordinarias, y como los materiales sobre que operaba fueron tan abundantes y variados y estaban dotados de interés permanente, su obra resulta de valor excepcional. Por lo mismo, no debe ser vista, ni conviene que se la estudie en fragmentos.

Predomina en ella un concepto fundamental de la vida, que, en su trágica sencillez, recuerda aquella fuerza tremenda que se cierne sobre el mundo, según la manera de sentir y comprender la existencia

que tuvieron los antiguos. *La passion est toute l'humanité.* Cada escena de las que trazó aquella pluma febril es una demostración de ese principio.

No es del momento dilucidar si es más verdadero que otros; si la complejidad infinita del mundo, aun reducida a la humanidad, es capaz de ser contenida en tan escueta fórmula. Pero ese concepto explica la obra del gran novelista, y hace comprender la necesidad de abarcarla en su conjunto, para darle toda su importancia. El brillante es uno solo, mas hay que ver las mil facetas en que está tallado, para admirar los reflejos y cambiantes numerosos de la luz que lo baña. Una sola ley doblega a la triste humanidad, la del dolor; pero son infinitos los aspectos de nuestra miseria. Para comprender a quien intentó mostrarlos todos, hay que seguirlo en cada estación de la vía dolorosa que recorrió, y fijarse en cada uno de los cuadros que nos va señalando al paso. Es otro angustioso viaje por la selva obscura, sin necesidad de bajar a las regiones infernales.

Junio, 1899.

Educación popular

Gracias a un periódico de esta ciudad, leí el otro día una carta, entre enigmática y zumbona, en que se me excitaba a decir algo sobre educación popular. La epístola contiene algunas insinuaciones curiosas y algunas otras obscuras. Por eso no estoy seguro de haberla entendido bien; y a no ser por la seriedad del periódico y el lugar preferente que le concedió, la hubiera tomado toda por pura broma.

Sea de ello lo que fuere, como el asunto en sí no tiene nada de cómico, antes bien, mucho de triste, haré como si la petición se encaminara a buscar una respuesta. Hay casos en que vale más pasarse de cándido y no de listo.

Se me ocurre a veces que estamos necesitados no sólo de educación popular, sino de educación total. En ocasiones me parece que somos una co-

lectividad social bastante mal educada. Pero todo ello sólo a veces y en ocasiones. Las más, me reclino blandamente en esa suave satisfacción de uno mismo, que tantos llaman amor patrio. Entonces me siento seguro de que somos—plural de soy—un dechado de perfecciones; y convengo en que hay que reformar la educación... de los demás.

Puestos a reformar, es claro que se debe empezar por la base. Sobre todo en materias de educación, hay que comenzar por el principio y dejarlo bien rematado. Se impone el método de las matemáticas: subir los escalones de uno en uno, no de dos en dos, y menos de cuatro en cuatro.

Este es un descubrimiento muy viejo, como otros muchos, y, como otros, bastante desatendido. Hace buenos siglos que lo preconizaba uno de los seudo-evangelistas, el autor del *Evangelio de la Infancia*. En uno de sus capítulos da Jesús esta bella lección á su maestro. Quiso el futuro Cristo ir a la escuela, y fué conducido a ella. «Cuando el maestro vió a Jesús, escribió un alfabeto y le dijo que pronunciara *Aleph*. Cuando Jesús lo hubo hecho, le dijo que pronunciara *Beth*. El señor Jesús le dijo:—Dime primero lo que significa *Aleph*, y entonces pronunciaré *Beth*.»

Ahora bien, parece muy claro que la base de la educación social está en la preparación que reciban para la vida las clases populares. Si hemos de empezar por *Aleph* antes de pasar a *Beth*, pongamos manos a educar al pueblo. A primera vista, sin

luda, esto se ve claro. Lo malo es que, a segunda vista, ya se ve un poco borroso.

No se educa con preceptos, sino con ejemplos. Hace millares de años que, de la boca de sus sacerdotes, de sus profetas, de sus moralistas, de sus mandarines, de sus magistrados, de sus tribunos y hasta de sus empresarios de espectáculos, descienden blandamente sobre los pueblos, como los incesantes y apresurados copos de una gran nevada sin viento, los más saludables consejos para ablandar el corazón, morigerar la conducta y rectificar al cabo la vida. Y toda esa lluvia bienhechora se desliza y cae por tierra, sin dejar sino algunas gotas adheridas a la ropa, gotas que un movimiento maquinal sacude, o que se evaporan y desaparecen.

Lo que labra en la conciencia es la acción que se ve repetir y que se repite. La acción del que uno estima, a sabiendas o no, superior. Cada individuo imita al otro que admira; cada clase a la que está encima. La educación desciende de arriba hacia abajo. En los buenos tiempos de la monarquía, el rey educaba a la corte, la corte a la nobleza de espada, la nobleza de espada a la nobleza togada, la nobleza togada a la clase media, la clase media al pueblo. La educación, que no era muy buena en lo alto, resultaba pésima en lo bajo, porque cada copia se asemejaba menos a un original que nada tenía de excelente. Pero de todos modos, el hecho es el hecho; y mientras haya hombres y clases sociales—lo que va para largo,—se repetirá inflexi-

blemente el mismo fenómeno. De suerte que para sanear los sótanos, hay que tener muy limpias y ventiladas las galerías superiores. Lo que pasa en éstas se halla a la vista de todos; y es una lección objetiva de cada instante para millares y millares de alumnos que la reciben sin darse cuenta del aprendizaje. Mientras se juegue en el club, se jugará en la taberna. Mientras combatan al florete los caballeros, pelearán los jaques a cuchilladas.

Lo que digo de la educación en este sentido tan amplio, que es el que le corresponde, habría de repetirlo de la instrucción. Grande y urgente necesidad tenemos de instruir a nuestro pueblo; pero la instrucción es también como el agua: corre de la cima a la falda. Cuando Francia, después de sus tremendos desastres, se aplicó con renovado ardor a su obra de regeneración, muchos eminentes y nobles espíritus, a su cabeza Renan, pidieron que la reforma de la enseñanza empezara por los estudios superiores. Muchas razones abogaban en su favor, pero la profunda y decisiva es que, para enseñar, lo primero que se necesita son maestros. Un maestro es un guía; el guía mejor es el que ha ido más lejos y con más frecuencia por el camino que ha de enseñar a recorrer. El que ha explorado más y ha descubierto más amplios horizontes.

¿Por dónde, pues, debemos empezar nosotros, si queremos, como debemos, educar e instruir a nuestras clases ineducadas e iletradas? ¿Por arriba? ¿Por el medio? ¿Por debajo? ¿Dónde está nuestro *Aleph?*

Como la carta a que me he referido no me pedía soluciones, que hubiera sido ponerme en grande aprieto, hago lo que puedo planteando el problema, como mejor se me alcanza. Dicen que problema bien planteado está ya medio resuelto. Vamos a ver, pues, si desentrañamos la significación de *Aleph*, y entonces podremos pasar a *Beth*.

Junio, 1899.

D'Annunzio y la crisis actual

Recuerdo que hablando cierta vez con Mme. Chalía del renacimiento de la ópera italiana, que había tenido su más cabal expresión en esos dos talentos tan juveniles y al mismo tiempo tan vigorosos, Mascagni y Leoncavallo, me deslicé, sin sentirlo, al campo de la literatura; donde, por entonces, cuando se hablaba de Italia y su nueva escuela, todo lo dominaba, como la sombra de un coloso, el genio a la vez sombrío y resplandeciente de D'Annunzio.

Para mí lo característico de la producción de este siglo en el campo de las artes es la rapidez con que se suceden y renuevan las escuelas. No tomo esta palabra en un sentido pedantesco, sino como un signo cómodo para expresar las obras que pueden

formar grupo; sin darle otra importancia que la que tenga para la clasificación. Esa renovación demuestra la intensidad de la vida moderna, que hace variar tanto el gusto. El viento huracanado de nuestra época gasta las modas, como si fueran bujías de cera. Esto constituye una gran ventaja para los talentos originales, pero es asfixiante para los mediocres. En el mero círculo de la novela, y en la sola tierra italiana, ¡cuántos cambios entre Ugo Foscolo o Manzonni y Gabriele D'Annunzio!

Sin embargo, debajo de las simples alteraciones de forma o procedimientos, no sería difícil descubrir una transformación profunda que procede de un modo mucho más lento. El arte también sufre, y era natural que sufriera, la influencia de este gran movimiento que nos arrastra, como la poderosa corriente del golfo, a otro hemisferio apenas entrevisto, a otro mundo diversamente constituído en lo social, no sé si para menor o mayor tormento del pobre átomo que es el individuo.

He citado, como cité en aquella conversación, el nombre del gran novelista italiano, porque de todas las formas literarias la novela es la que descubre mejor el cambio a que aludo; y en las obras de ese artista insigne, el cual por su temperamento parece que debía serle refractario, se puede señalar uno de sus aspectos más importantes.

En nuestros días, todo tiende a *socializarse*, si se me permite la expresión. Quiero decir que la preocupación de lo social predomina sobre lo meramente

individual. No es la primera vez que ocurre así; y en cierto modo pudiera llamarse esto una regresión, si no coincidiera ahora el refinamiento más exquisito de la conciencia personal con esa intensa manifestación de la conciencia colectiva. Quizás el aspecto más trágico de la historia de la humanidad sea éste que ahora nos presenta al individuo consciente de su inmersión en el agregado, en la masa, donde tiende a desaparecer. En las épocas del comunismo primitivo la conciencia individual era rudimentaria; hoy ha alcanzado un grado pasmoso de desarrollo. Esta es la causa radical del malestar profundo de las sociedades civilizadas coetáneas. Estamos en plena crisis del individualismo, y somos individualistas hasta la médula de los huesos.

Quizás al decir somos he estado pensando más de lo que debiera en mí mismo. Hay quienes sostienen con gran autoridad que los pueblos de nuestra raza guardan mucho del sello comunista de su primitiva organización. Pero de todos modos es indudable que el trabajo mental de los últimos siglos había sido en dirección contraria, y que nuestras instituciones y nuestra producción, unas y otra en el sentido más alto, se habían vaciado en el molde individualista.

Resulta por tanto un curioso problema el de un artista que, por su educación y carácter, está impregnado de individualismo, en frente de los fenómenos que hoy se producen, y que está obligado a reproducir en sus obras, para que sean interesantes.

El efecto, en una palabra, de la revelación imponente del predominio de la fuerza social en esa sensibilidad sobreaguda, hecha a considerar el individuo como el centro del mundo.

No es difícil predecir que el resultado tiene que ser ese pesimismo, que trata de consolarse, de engañarse al menos, con la exaltación y la adoración de las formas bellas, el cual constituye el desolado fondo de las obras del portentoso estilista italiano. Desde el momento en que el interés no va a concentrarse en algunos individuos, por quienes podamos apasionarnos, porque el individuo va siendo cada vez más una cantidad despreciable, quedan sólo las grandes líneas que encierran el conjunto, y los efectos de masa; y se vuelven de súbito, por un camino disimulado, al arte por el arte. Los personajes van tomando más y más papel secundario, y vuelve a adquirir importancia el escenario, y cobran valor artístico inusitado los grandes grupos humanos que en él se mueven.

Otra gran novelista italiana, Matilde Serao, acaba de insinuar que d'Annunzio va perdiendo en la facultad de hacerse simpático; aunque reconoce en él, sin atenuaciones, al «profeta de la belleza» en Italia. Cuando un verdadero artista deja romper el hilo que ponía en contacto su corazón con los otros corazones, sin que pueda atribuirse el hecho a eclipse de su genio, es porque una gran causa externa obra para producir esa extraña desviación.

Mucho me temo que, mientras dure la crisis actual,

y ha de ser muy larga, se presente más de un caso semejante. Y como no todas las obras que vayan apareciendo han de tener, para subsistir, la admirable forma que caracteriza las de d'Annunzio, muchas, innumerables han de ser las que vayan, como las hojas de otoño, a confundirse en el polvo con las que las precedieron en su arrebatado giro.

Agosto, 1899.

La segunda crucifixión

La abominación consumada en Rennes ha espantado al mundo, y aterrado a los franceses que no están intoxicados por el orgullo o el odio. Han sentido que les apretaban a los labios un cáliz de infamia, y han tenido que apurar su licor acerbo, hasta las heces. Cargan sobre sí el peso abrumador de la iniquidad que no han cometido, y de que, sin embargo, son responsables. Indignados e impotentes, devoran en silencio la ignominia que no merecen. Porque los hijos de un mismo pueblo comulgan, quiéranlo o no, con la misma hostia, esté amasada de gloria o de infamia.

La vida social no es menos trágica que la del individuo. La tremenda ley de la solidaridad de los miembros de un agregado humano se revela a ve-

ces en catástrofes morales, que hunden en el propio abismo a culpables e inocentes. Sus caminos no parecen menos misteriosos que los de esa fuerza ciega que precipita al hombre aislado de caída en caída, contra todo el poder de su voluntad, que no es al cabo sino el flaco deseo de resistir a lo inevitable. Juguete son del vértigo, que sopla no sabemos de dónde, lo mismo los pueblos que los hombres. La vacilante luz de la razón sólo sirve para alumbrar á medias el espantable derriscadero que los atrae y sepulta.

En medio de esas tormentas fulminantes, lo más que puede hacer el individuo, el átomo, es alzar su voz entre el tronido de los elementos, no para someterse a su furia, como un rey Lear desolado, sino para oponer su protesta a las cataratas desbordadas de la iniquidad. La voz de la justicia en los labios de un profeta podrá ser ahogada de momento por el bramido de los aquilones que desatan la lluvia y desgarran la nube en que arde el rayo; pero cuando ellos han pasado, su eco misterioso se levanta, toma alas, y repercute por todos los ámbitos del espacio. El profeta habla desde el seno del huracán a la región serena que está más allá de su arrebatado curso. Es un sembrador que lanza el grano de la verdad, para que vaya a caer a lo lejos, en la sementera del porvenir. Su obra puede parecer estéril, porque no fructifica a la vista; pero va germinando en lo profundo, y en su día romperá en tallo y flor, del duro seno de la tierra. Sin

ella la humanidad, como el agua inmóvil de inmensa marisma, sólo fermentaría para corromperse.

Del cuadro sombrío y doloroso que ha presentado la Francia coetánea, la Francia del anti-semitismo y de la autocracia militar, se destaca un grupo bañado en luz, compuesto de algunos hombres íntegros y magnánimos. Aunque pese también sobre ellos la carga de iniquidad, por ellos será removida de los hombros de su patria. En ellos está la chispa que será faro mañana. Por ellos surgirá de nuevo limpia y luminosa el alma de la gran nación, que tanto ha sufrido por humanizar el mundo. Ese ha sido el grupo de aquellos valientes, a quienes la ignara estulticia de los ambiciosos de bastarda popularidad ha querido denigrar con el mote de intelectuales. En ellos, en efecto, se ha acendrado lo más puro del intelecto francés, y los ha preservado del contagio de la cobardía vocinglera, que se arremolina en torno de los barateros del crimen; de esos que invocan la gloria de la patria, cuando la prostituyen y deshonran.

La lucha titánica de esos hombres, como Anatole France o Zola, sin más arma que su pluma, contra el torrente desbordado de todos los prejuicios de un pueblo ciego de fanatismo, contra la poderosa liga de los intereses de una clase omnipotente en el Estado, contra la fuerza de resistencia de la rutina, empedernida en el fetichismo de la cosa juzgada, está ya sirviendo para rescatar de su ignominia pasajera la conciencia de una gran nación. Su entereza

moral es de tan subidos quilates, que basta para contrapesar la enorme cobardía de tantos que hacen profesión de valor. Mientras los fuertes de oficio temblaban, esos meros intelectuales descubrían el pecho y se iban de cara al peligro a desafiar al minotauro enfurecido. Admirable fué Voltaire, defendiendo al hugonote Calas desde su apacible retiro de Ferney; estos herederos de su generoso espíritu lo son todavía más, porque han estado siempre en lo más recio de la batalla.

Parece muy sencillo decir la verdad. Pero cuando un pueblo entero, tocado de demencia, la aborrece sin saberlo, y entroniza en su lugar la mentira, el salir a proclamarla es hazaña infinitamente más riesgosa que ir a purgar las soledades primitivas de monstruos y quimeras. Hoy no se levantan públicamente piras para quemar a esos contradictores insensatos; pero se les persigue con el ostracismo moral, se les lapida la honra, se les viste el sambenito de la infamia, y se les imprime en la frente, como con un hierro enrojecido, el estigma de traidores. Tarde o temprano llega la hora de la reparación; pero mientras tanto sangra el cuerpo y desfallece convulso el espíritu.

Por eso me parecen tan grandes esos franceses, que cuando todo su pueblo aullaba: «crucifiquemos al judío», contestaban impertérritos: «purifiquemos al inocente». El judío ha sido crucificado de nuevo. No importa; por esos amantes de la justicia ha quedado ya purificada la inocencia. Y mañana su patria re-

conocerá que esos pocos han sido los que han acumulado el precio de su rescate.

Septiembre, 1899.

Diez de Octubre

Miradas a distancia, las grandes fechas históricas son como las cimas más empinadas de las alterosas cordilleras; parecen perdidas y solitarias en la inmensidad del éter. Sin embargo, no son sino el remate de una gradual ascensión, el punto elevado y casi indeciso que separa dos inmensas vertientes, opuestas, aunque contiguas, unas en el espacio, otras en el tiempo.

El diez de Octubre de 1868 marca en la historia de América uno de esos altos puntos, que sirven de límite a dos épocas. El núcleo de hombres resueltos que, a la luz incierta de una madrugada tropical, se reunió en la Demajagua, para declarar que había llegado la hora de la independencia de Cuba, y para afirmar su resolución de defenderla a costa de todos los sacrificios, incluso el de su

vida, aparecerá un día, a los ojos del historiador, tan extraordinario, como el de aquellos aventureros del mar que, al posar la planta en la misteriosa isla de Guanahaní, abrieron una nueva ruta al comercio de las ideas y productos de Europa, o como el de esos peregrinos, que al llegar a la playa glacial de Plymouth, consagraron un continente a la libertad de conciencia.

Bien pocos eran unos y otros; pero los impulsaba una fuerza inmensa. Su esfuerzo era la resultante de un trabajo anterior colosal. Colón y sus compañeros rompieron la brecha que necesitaba ya la energía expansiva de la civilización de occidente. Miles Standish y los suyos abrieron el primer cauce a la impetuosa corriente de ideas, que iba a regenerar esa civilización. Céspedes y sus amigos vinieron, siglos después, a socavar el dique que separaba los dos raudales nacidos de aquellos dos grandes sucesos.

Si se considerase la empresa de Céspedes como un hecho aislado, parecería obra de la temeridad, vecina a la demencia. A pesar solo las circunstancias externas, todas las probabilidades estaban en contra suya. Contaba con pocos hombres, pocas armas y escasos recursos. Al poder que intentaba derrocar le sobraba cuanto a él le faltaba. Esto era lo superficial. Lo profundo era la obra de disgregación lenta, pero continua, de cuanto España había representado y representaba en América. Su dominación en las Antillas parecía sólida, y estaba car-

comida; carcomida por el diente invisible del anacronismo latente, que era su espíritu. España estaba en el corazón de América, en las últimas décadas del siglo diez y nueve, viviendo con su sangre y su cerebro de los siglos ya muertos, de los siglos de la conquista y la colonización.

En torno suyo, enfrente, había crecido, se había agigantado otro pueblo con un espíritu totalmente diverso; flexible, apto a todo cambio, dispuesto a todo progreso, capaz de la más rápida adaptación; su antítesis, en todo lo que determina el buen éxito en las épocas de transformación, como la actual. El choque de esos dos pueblos, que encarnaban dos tendencias tan radicalmente diversas, era inevitable; y ese choque tenía que determinar una nueva orientación de los sucesos, que constituyen la vida de las sociedades; por lo menos en este continente, que había de ser, como fué, su escenario.

La lucha entre España y la Unión Americana estaba iniciada, casi desde los albores del siglo. Cada girón del imperio español, que desgarraba el viento de las revoluciones, entraba en la órbita de influencia de la gran nación que se consolidaba en el Norte, y contribuía a que se aproximara más el momento del conflicto final. Cuando Céspedes sacó la espada para cortar el último eslabón de la cadena que unió a España y América, ese golpe sonó como la primera campanada de la hora decisiva. En el reloj del tiempo los años son segundos. A nosotros nos ha tocado oir la última vibración. Nosotros hemos pre-

senciado el choque fulminante. Pero el golpe inicial, que ha hecho posible el magno suceso, se dió en la Demajagua aquel diez de Octubre.

Al considerar así el papel histórico de Céspedes y los demás iniciadores de la revolución cubana, en nada se empequeñece su importancia para nuestro pueblo. Todo lo contrario. Ningún acaecimiento histórico adquiere sus verdaderas proporciones, sino considerado en relación con los demás y en el conjunto de los que componen la vida de la humanidad, en un período marcado del tiempo.

La revolución cubana, iniciada en 1868 y terminada treinta años después, además de su significación capital para el pueblo que la ha realizado, tiene la que le imprime ser un suceso de la más alta importancia en la historia de América; en la pugna y contienda de las razas que han traído a este continente la civilización occidental; en el conflicto de ideas trasplantado a nuestro hemisferio a bordo de la «Santa María» y en el puente de la «Flor de Mayo».

Considerada así, envuelve una gran lección para nuestra raza. La pone frente a frente a una de esas inevitables encrucijadas, a que llegan los pueblos, como los individuos. España ha sucumbido en América, porque no ha sabido adaptarse a las nuevas condiciones que la vertiginosa civilización coetánea iba creando en torno nuestro. Si sus descendientes quieren subsistir, y deben quererlo, como factor apreciable e importante de esta civilización en esta parte del mundo que ocupan con buenos títulos, deben

despojarse cuanto antes del manto de plomo del tradicionalismo, que sus hábitos de raza les pegan a las carnes, y entrar con nuevo espíritu en la nueva liza.

Céspedes y sus continuadores trabajaron y se sacrificaron para que Cuba no se quedara rezagada, como hubiera quedado, si subsistía el régimen que España representaba. Derrocado ese régimen, se abrían para Cuba más amplios horizontes, que le ofrecían nueva vida, vida mejor. ¡Ay de los que no vean que para conseguirla necesitamos renovar, regenerar el espíritu con que hemos de ir a su conquista!

Octubre, 1899.

Ironía de la suerte

No ha muchos días narraban los periódicos norteamericanos las ceremonias con que celebró la Universidad de Charlottesville, en Virginia, la erección de un monumento al más egregio de sus alumnos, Edgard Allan Poe.

No he logrado leer el obligado panegírico del poeta, pronunciado por Mr. Hamilton W. Mabie en el mismo recinto, que atravesó, como un meteoro, el bello adolescente. Y a fe que me pesa; porque hay un punto escabroso, que no ha de ser lo menos picante en ese discurso, y que desde luego tiene que suscitar el mayor interés. Este mismo hijo intelectual, cuya figura melancólica se ofrece ahora esculpida en bronce a la admiración de sus hermanos póstumos, ¿se les ofrece también como ejemplo? Porque el *alma parens* del poeta errabundo y descarriado

no tuvo para él entrañas muy maternales. La que ahora acoge su efigie con honores solemnes, como reclamando para sí algunos rayos de su nimbo de gloria, lo expulsó ignominiosamente de su regazo, niño aún; y fué la primera en empujarlo por la escabrosa pendiente, en cuyo fondo cayó al fin, quebrantado su gallardo cuerpo, rotas en trizas las alas luminosas de su espíritu soberano.

Las puertas que se cerraron implacablemente para el vivo, se abren hoy de par en par ante el muerto. Tardío desquite de la suerte, ofrecido al cabo de tan largo tiempo al genio, que viene a *reinar después de morir* donde, por tantos años, fué el suyo nombre de escándalo, pronunciado con temeroso horror por aquellos sesudos camaradas que llegaron, sin tropiezos ni caídas aparentes, al *sancta* del doctorado.

Ante esta insigne reparación, que ha necesitado casi todo el siglo para consumarse, no es posible ahuyentar el recuerdo de las infames diatribas que persiguieron en vida al poeta infortunado, ni sobre todo el del coro de ponzoñosas homilías con que fué saludada su espantable muerte. La santa indignación de los virtuosos de oficio tronó desde el Sinaí de los púlpitos; los dosificadores de la moral pública hicieron la anatomía de sus pecados en las columnas de los periódicos; hasta el infiel albacea, encargado de salvar para la posteridad sus tesoros literarios, erigió una picota al frente de sus obras, para clavar allí, obediente a su pura conciencia de juez severo y vestido de limpio, la honra del amigo, que ya no

podía conjurar sus escrúpulos con el talismán de su genio. De las cuatro plagas del horizonte volaron, en negro enjambre, los cuervos, para graznar sobre el cadáver su fatídica antífona: «Ya no nos escandalizarás más, no, nunca más».

La posteridad no se había atrevido antes de ahora a coronar en público al mayor poeta de la América anglo-sajona. En un ángulo escondido del Museo Metropolitano de Nueva York, una alterosa figura, blanca y fría, extiende casi maquinalmente su brazo mórbido, para colocar una guirnalda de laurel sobre la frente demacrada de un busto en alto relieve. Es la Poesía, correctamente vestida de amplia túnica de mármol, que parece recatarse para brindar esa modesta ofrenda al que, por amarla con amor intenso y exclusivo, sacrificó la juventud, la fortuna, la postiza estimación del mundo y hasta el don excelso de su divina inteligencia.

Digno de atención sería descubrir a qué obedece el cambio de ideas que permite a una universidad, tan genuinamente americana, honrar ya con publicidad y aparato al que arrojó de sus aulas; y cuyo espíritu parecía vagar con el signo que el dios del Génesis puso en la frente del errante primogénito de Adán. ¿Qué ha podido reconciliar la opinión de los pseudo-puritanos con el gran poeta que tanto los despreciaba? ¿Ha sido la consagración universal de su genio por el testimonio unánime del mundo, cautivo del singular hechizo de sus obras portentosas? ¿O es el espíritu de tolerancia y humanidad

que se infiltra cada vez más en las grandes comunidades modernas, y que sopla al cabo con alas tan libres sobre la frente de la gran democracia americana?

Prefiero esta segunda respuesta; porque son visibles los signos de esa transformación de la conciencia pública en los Estados Unidos. Bien poco hace que murió ese gran pugilista de ideas que fué Ingersoll; y sus adversarios, los que más duramente habían sentido los golpes de su maciza dialética, saludaron con respeto al luchador vencido por la muerte. Los ministros de todas las sectas, que él había combatido con la tenacidad característica de su raza, tuvieron palabras de elogio para la sinceridad del pensador. Los creyentes reconocían su vínculo de humanidad con el agnóstico.

Las ciudades americanas, por donde paseó Poe su alma exaltada y su imaginación divina, Baltimore, Richmond, Boston, Filadelfia y la misma Nueva York, eran entonces poblaciones pequeñas, en comparación de lo que han llegado a ser. El veneno oculto de la vida del poeta fué la atmósfera social enrarecida, que tuvo que respirar en ellas. La mirada escrutadora de tantos ojos hostiles que lo rodeaban tan de cerca le producía el efecto de verdaderos basiliscos, que estuviesen examinando al microscopio sus menores faltas. Se sentía como emparedado dentro de esas vidas tan próximas. Cada vez estaba más lejos de los que tenía más cercanos, y buscaba el medio de escapar a su contacto por medio de las

peligrosas alucinaciones de la embriaguez, que había de matarlo.

El poeta murió aplastado por una sociedad que pesaba demasiado sobre su frágil, etéreo organismo. Esa sociedad, que ha crecido y se ha engrandecido y refinado, le erige hoy estatuas. Son monumentos expiatorios que, como siempre, se levantan demasiado tarde; pero que vale más, de todos modos, que se levanten. Son una ironía del destino, en que se deslíen algunos granos de consuelo, no para el desagraviado, sino para los que contemplan el desagravio.

Octubre, 1899.

Humorismo y tolerancia

Dicen, por lo menos dice Pauw, que en Atenas había un tribunal encargado de juzgar los chistes. Es verdad que Nicolaï lo ha contradicho, y hasta ha puesto de embustero a Pauw. Querella de eruditos. De todos modos éste sería el caso de repetir: *se non è vero, è ben trovato*, porque el rasgo es bien ático. Si Atenas no tuvo el tribunal, merecía tenerlo.

Ante esos jueces, duchos en el arte de desentrañar la gracia aun bajo la peluca blanca de un magistrado inglés, llevaría yo un atestado de cierta escena, que tuvo lugar hace poco en la Cámara de los Comunes; seguro de obtener en su favor el sufragio unánime de los sesenta peritos. Porque no menor número era el de los jueces, que podía reunir en cada ocasión aquella ciudad de las Musas y las Risas.

Los diputados irlandeses no han tenido empacho en atestiguar públicamente su simpatía por los boers; y alguno de ellos, como Mr. Redmond, ha procurado que sus sentimientos sean bien conocidos por los belicosos campesinos, que están haciendo frente con tanta audacia y fortuna al formidable poder británico. Con este motivo un diputado leal, Mr. Seton Krarr, llamó la atención del gobierno de Su Graciosa Majestad, y uno de los más poderosos ministros, Mr. Balfour, que ha solido filosofar en sus horas perdidas, se dignó llamar a capítulo al efusivo irlandés. Esta vez era un ministro el que interpelaba a un representante; y el incidente dió lugar a una de las justas agudezas más divertidas de que hay memoria en los graves anales parlamentarios.

El diálogo fué corto, y merece trasladarse con toda fidelidad posible:

Mr. Balfour.—Se ha dado el caso de que un miembro de esta Cámara ha dirigido sus expresiones de simpatía a los enemigos en armas del Imperio.

Mr. Redmond.—Al enviar mi testimonio de simpatía al Transvaal, no he hecho más que seguir el ejemplo del emperador Guillermo. *(Risas en todos los bancos de la Cámara).*

Mr. Balfour.—No sabía que hubiese usted tomado tal modelo. *(Aplausos).* Pero al menos, el emperador Guillermo no es súbdito británico, ni miembro del Parlamento. *(Carcajada general).*

Mr. Redmond *(Muy serio).*—Cierto; pero es co-

ronel del ejército inglés. *(Un trueno de risotadas sacude la sala).*

Mr. Balfour *(Sentándose y con tono de gran indiferencia).*—No es la primera vez que ciertos diputados de esta cámara han prometido su apoyo a los enemigos de S. M.; pero ese apoyo no ha sido nunca sino moral *(Sonrisas y aplausos).* Tengo motivos para creer que en esta ocasión sucederá como en las otras. Pienso que la Cámara no tiene por qué dar grande importancia al incidente. *(Cae el telón entre aplausos ruidosos y prolongados).*

Aunque Mr. Balfour es autor de un libro sobre la *duda filosófica*, dudo que nunca se haya elevado más en las alturas de la serenidad, que tan bien sienta a los espíritus especulativos. Como no creo que los grandes humoristas, sus compatriotas, hayan logrado idear una escena de más subido valor cómico, que ésa, cortada en plena realidad, y transmitida por los estenógrafos, todavía viva y palpitante, a todos los lectores del mundo. Su gran mérito consiste para mí en que abre una dilatada perspectiva sobre el alma de un pueblo, que representa papel tan prominente en los destinos actuales de la humanidad.

El humorismo es planta que prende en suelos muy diversos, pero en ninguno se extiende y florece como en el británico. Casi parece un atributo de raza. El inglés es el hombre del *humor*, como el francés el hombre del *esprit*. Pero nótese que el *esprit* se va todo en superficie, y el *humor* todo en profun-

didad. Aquél es un rayo de luz que juega sobre la delicada película nacarina de una pompa de jabón; éste es un haz de sol que va a buscar, para encenderlo, el espejo del agua escondida en el obscuro fondo de una cisterna. El *esprit* es un juglar, que hace voltear las palabras en vez de bolas de colores, y ríe para hacer reir. El *humor* es un satirizante, disfrazado de clown, que pone a la vista el fondo de las cosas, el reverso de las medallas, y ríe para hacer pensar. El *esprit* es jocoso y el *humor* melancólico. El uno es hijo del ingenio, que se siente libre y vuela; el otro es hijo de la fuerza, que siente, sin embargo, las limitaciones naturales, y sabe que ha de luchar con obstáculos.

El humorismo del pueblo inglés es una de las manifestaciones de la conciencia de su fuerza. En él entra por mucho el bíceps, el famoso bíceps anglosajón. Esos pugilistas bromean de antemano con los golpes que asesta el destino, atleta sin rival, *champion* del mundo. Por eso es uno de los caminos que los lleva a la tolerancia, prenda tan general entre ellos como el humorismo. Es verdad que su tolerancia tiene una punta de desdén. La condescendencia de la giganta Glumdalclitch con el homúnculo Gulliver. Pero de todos modos ya es mucho, entre hombres, que el fuerte oiga con reposo las invectivas del débil, y aun le consienta que le dispare sus pelotillas de papel mascado a las antiparras. Hércules se contentó con recoger en su piel de león el ejército de pigmeos que lo asaltaba, y llevárselo

como presente curioso a Euristhenes. Pero eso pertenece a la fábula. Y es grato ver en la realidad que los poderosos sepan hacer verdadera la ficción.

El desenlace de la escena de la Cámara de los Comunes, que he referido, no es menos típico que el diálogo que lo precedió; y envuelve una lección más alta. No es poco hostilizar meramente con la ironía al que se puede sujetar con la fuerza; pero es mucho inclinarse, aunque sea aparentando desdén, ante la libertad de pensar y sentir, aun siendo en contra nuestra y por lo mismo que es en contra nuestra.

Noviembre, 1899.

A una esfinge chipriota

Yo te he visto, posada en una de las acroteras del viejo sarcófago, vuelta la grupa al huésped de algunos días que fué allí a rendir su última jornada, a dormir su último sueño; vuelto el rostro impasible, agitado apenas por la sonrisa lúgubre de tus labios de piedra, al transeunte que se paraba mudo a contemplarte, o se alejaba con indefinible terror, perseguido por la mirada inmóvil de tus ojos entornados.

A través de las anchas vidrieras, se veía caer en menudos copos la nieve. Caía sin tregua, sin rumor, como si el cielo quisiera arrebujar la tierra soñolienta en un frío manto de silencio y olvido.

Yo te había visto antes muchas veces. Tallada en madera, esculpida en mármol, fundida en bronce. Pero nunca te habías revelado a mi espíritu, como

en ese bloque de calcáreo gris, en tu papel de guardián de la muerte y tentadora de la funesta curiosidad de la vida.

Allí estabas, en el pedestal más adecuado; presidiendo indiferente a la descomposición de la materia; proponiendo al espíritu el pavoroso enigma del perenne renacimiento del dolor en la naturaleza.

Más de veinticinco siglos hace que la mano de un artista errabundo, venido a tu Chipre risueña del Egipto próximo o de la Asiria lejana, te hizo surgir de la piedra, símbolo de su anhelo angustioso de penetrar el gran misterio, expresión corporal de sus terrores, al volver la vista al mundo caliginoso de las sombras.

Ante ti estuve yo, también errante y angustiado, pensando que la fría incredulidad de nuestro siglo decrépito ha podido despojarte de tu dignidad de símbolo; pero no ha podido contestar la fatídica pregunta, que parece resonar todavía en tus labios eternamente mudos.

Fuera de la gran sala, llena de las reliquias inertes del pasado remoto, caía silenciosamente la nieve, y era glacial el hálito de los lagos y los bosques.

Tú asististe al gran espectáculo de la fusión de los pueblos y de la transfiguración de sus ideas cardinales. Tú viste mezclarse las razas y las creencias, y presenciaste las metamórfosis de los dioses. En los bajo relieves de esa misma tumba donde estás posada en tu serenidad desdeñosa, ¿quién, si no tú, podría decirnos si esa figura, que parece des-

vanecerse al roce invisible de las alas del tiempo, es Astarté que muere o Afrodita que nace? Tocaban las riberas encantadas en tu isla las naves fenicias y las barcas jónicas; y en aquel suelo se verificó a tu vista el desposorio del arte oriental y el arte helénico. Tú contemplabas apática las grandes obras del amor y la ilusión. Y sonreías, con tus labios sarcásticos, pensando en esa labor infinita, que parece tener por objeto perpetuar la miseria, en el fondo de un mundo de formas tan bellas.

Cuando yo estaba ante tí, como clavado al suelo por el peso de mis pensamientos, moría un año en su lecho de hielo. La nieve ponía sus blancos festones en las anchas vidrieras. La melancolía de la naturaleza armonizaba con tu hosco aspecto y mi espíritu desolado.

Yo te preguntaba, sin articular sonidos, por qué la primera manifestación de la vida es el dolor, y la pena la prístina revelación de la conciencia. Quería decirte que esa ley funesta hace pesar sobre el mundo sensible una maldición injusta. Pero tu sonrisa enigmática heló mi palabra interior, y rompió el sortilegio misterioso en que me envolvía tu presencia. Pude al fin alejarme; pero tú quedabas reinando en mi recuerdo, dura, sombría, indiferente e irónica.

Cuando salí de aquel recinto, poblado por las memorias de las edades muertas, la nieve había

acabado de extender su albo sudario sobre la tierra.

Muchos días han pasado. Muere ahora otro año. Pero aquí brilla el sol en un cielo sin nubes, y sobre la tierra verde y florida no cae en blandos copos la nieve. Y, sin embargo, vives en mi espíritu, aterido de frío; vives, como en aquel cuadro que parecía hecho para tu calma glacial. Porque, cuando se ha contemplado una vez tu faz, que parece interrogar al tiempo que no descansa y a la eternidad muda, ya no se la olvida. Y la sed de curiosidad que enciendes no se apaga.

Esfinge, misterio, ironía, misterio de la vida, ironía del destino, dicen que tú conoces la clave del enigma del bien fugaz y del mal perenne; dicen que sabes el shibboleth, a cuyo conjuro se disipa la noche de la conciencia humana. Así lo dicen; pero tus labios de piedra, abiertos sólo para tu lúgubre sonrisa, no han pronunciado, ni pronunciarán jamás palabra alguna.

Diciembre, 27, 1899.

A la nueva estatua del Parque

Parecía que el firmamento había derramado sobre la ciudad todos sus astros, desde los más blancos hasta los más rojos, como el carbunclo que brilla en el corazón de Scorpio. El Parque era una inmensa fragua en ignición. En su centro, sobre el pedestal tanto tiempo desierto, se erguía una matrona de bronce, enhiesto el brazo que sostiene un sol.

Perdido entre la multitud que avanzaba por lentas sacudidas, vi la aparición, a trechos sombría, a trechos luminosa, y en la cima, resplandeciente. Traté de acercarme; y te reconocí al cabo, oh Libertad, sol de las conciencias, vencedora de las tinieblas del alma.

Te reconocí, o te adiviné; porque era para mí indudable que sólo tú debías presidir aquella fiesta;

la fiesta de un pueblo, emancipado, por la virtud suprema que reside en tu amor.

Y al contemplarte en aquel sitio, sobre aquel pedestal, sentí intensa sacudida, y en pos un gran deslumbramiento; como si el vertiginoso tropel de los recuerdos pugnara en mi espíritu, por abrir campo a la inabarcable, luminosa perspectiva del futuro.

Te vi vuelta la espalda a la vieja ciudad, como queriendo decir eterno adiós al pasado. Te vi sobre aquel alto zócalo, que había mantenido soberbio el símbolo, que fué encarnación de los días de la espada y el cetro; como para demostrar, aun en aquella hora, que el mañana tiene su raíz en el ayer; y que en la flor más espléndida se acendran los jugos del suelo impuro.

En ese instante, Diosa fecunda en dulces promesas, me parecieron más perceptibles, si no más explicables, las contradicciones que pugnan en tu henchido seno; de donde pueden nacer o venturas sin cuento, o interminables desventuras.

Creí comprender cuán vana quimera es pensar que basta substituir un símbolo a otro, para que muera una edad y surja la nueva, tan completamente diversa, tan limpia y pura de toda sombra de la anterior, como la bella Melusina, al desprenderse de su deforme envoltura de sierpe.

Para los hombres, como para los pueblos, el tiempo es una cadena que va soldando eslabones a eslabones; y éste que se desliza en nuestras manos asido

está al anterior, el cual viene en pos de otros y otros infinitos, pendientes en el insondable abismo, que hemos dejado a la espalda. Aspiramos a tener alas en los pies; y es noble y legítima nuestra aspiración; pero no debemos olvidar la vieja cadena, si no queremos, al empezar a remontar el vuelo, sentirnos fijos y adheridos a la dura tierra por inconmensurable peso.

Tú, Libertad fulgurante, nos enseñas, en esta nueva forma que te ha dado el arte moderno, que avanzas, derramando luz a torrentes. Y los rayos de tu mágica antorcha parecen decirnos qué tu mayor enemigo, el monstruo que tratas de domeñar, es la ignorancia.

Ignorancia de lo que dejamos en pos de nuestros pasos; ignorancia de las fuerzas con que contamos al presente; ignorancia de lo próximamente asequible, de aquello de que es capaz y de que nos hace dignos nuestro esfuerzo, y de lo que es en definitiva irrealizable.

Logra tú, Diosa a la par tierna y severa, logra tú apartar a mi pueblo de ese terrible escollo. Bien lo merece; porque te ha amado mucho, y por ti ha penado y pugnado mucho.

Enséñale a no olvidar; porque lo pasado es maestro insubstituible; y enséñale a considerar los errores de otros tiempos como parte de su herencia, de que debe purgarse, si quiere transmitir otra más noble a las generaciones venideras. Enséñale, además, que nacer débil es ley natural; pero que la na-

turaleza da al organismo tierno los medios de robustecerse, si logra adaptarse, y, cuando se trata de un organismo consciente, si sabe adaptarse.

Y enséñale sobre todo que poseerte es el bien sumo, cuando se sabe lo que tu posesión significa. Poseerte, oh Libertad, es la dignidad suprema, pero es también la responsabilidad suprema. Tú pones en las manos de los pueblos la balanza de su destino; le entregas a la par las pesas de los bienes y las pesas de los males; y cuando así lo han hecho, te apartas, para que sean ellos los que carguen los platillos. Tú te ciernes en lo alto, y miras con interés de madre. Pero no tocas el brazo que distribuye las pesadas.

Tú estás en lo alto, y alumbras.

25 de Mayo, 1902.

A Paul de Kock

Permíteme, sombra regocijada, que turbe por breves momentos tu larga siesta. Soy portador de una nueva, que ha de contribuir no poco a entretener tu buen humor de ultratumba. Pues supongo, que allá en el Hades misterioso tu espíritu continúa dirigiendo al vasto hormiguero humano la misma mirada benévola y burlona, con que veías desfilar a los atareados súbditos del rey burgués delante de tu ventana del boulevard S. Martin.

En los campos de rollizas y encaracoladas berzas, que sin duda prefieres a los prados de asfodelo del mundo supralunar, no sé si conservarás tu figura alegre y bonachona de rentista regordete, a quien no espesan la sangre las digestiones difíciles; mas estoy seguro de que guardas el mismo maleante in-

terés por las bizqueras morales, que tan sabroso pasto de risa ofrecen a los que estamos seguros de la perfecta focalización de nuestros ojos.

La sombra trágica que se proyectó sobre tu cuna, sólo pareció dejar en tu alma aversión profunda por las estériles agitaciones de la política. En la prolongada tranquilidad de tu vida sin aventuras, tuviste a tus anchas vagar y espacio para familiarizarte con todas las muecas de la máscara humana; y aprendiste a repetirlas, para provocar en el infinito número de los aburridos la sonora explosión de la carcajada desopilante.

Indiferente al menosprecio de los críticos titulares, alejado de los cenáculos en que se acuñaba la moneda legítima del buen gusto, sin ambición de estilista ni aspiración a la agudeza recóndita, preferiste hacer reir a hacer llorar; sin otra filosofía a la vista que la convicción de que los hombres tienen demasiados motivos de melancolía, para no sentirse agradecidos de veras al que los mueve a risa, a costa de los traspiés ajenos.

Las pequeñas ridiculeces que sorprendiste con tu pequeña linterna, Diógenes de las huertas de villorrio y de las alcobas en la trastienda, no son las úlceras profundas que los novísimos médicos sociales ponen al descubierto, para afligirnos, ya que no para curarnos. No te la dabas de Galeno. Sabías lo que eras, caricaturista de los entresuelos de la sociedad coetánea; y cabe sospechar que estabas contento de lo que eras.

Tus compatriotas te leían: aunque los pontífices y augures de su literatura afectaban desdeñarte. También te leían los extraños; y del extranjero te llegaban las satisfacciones que te negaba la refinada pulcritud de los tuyos. Tus chistes parece que se clarificaban al pasar por el filtro de la traducción. De seguro que no hubo para ti testimonio más alto de aprecio, que el que te ofreció, desde el otro lado del estrecho, aquel *bon vivant* del *Major* Pendennis, cuando aseguraba que durante treinta años no había leído otras novelas que las tuyas, y que positivamente lo hacían reir. *Fun is good.*

Ciertamente, si tu modestia no hubiese corrido parejas con tu vena humorística, habrías tenido más de un motivo para desvanecerte. La leyenda se apoderó en vida tuya de tu persona y de tus obras. Se contaba de un Padre Santo de Roma, que escondía los doceavos en que se imprimían tus narraciones droláticas tras los infolios de la *Summa*. Y se hizo célebre la pregunta de un soberano europeo a un su visitante francés: «Vous venez de Paris et vous devez savoir des nouvelles. Comment se porte Paul de Kock?»

Pero es seguro que por mucho que cosquillearan tu amor propio estas leyendas, sabrías pasarlas a su debida columna en el activo de tus adquisiciones. El estudio asiduo de los tics mentales es un gran preservativo contra esa degeneración de la célula cerebral que se llama la vanidad. Y por eso estoy cierto de que mi noticia de

hoy no te ensoberbecerá más que esas anécdotas de antaño.

Habrás de saber, padre fecundo de Chambert y de Du Burg, que se te prepara un homenaje póstumo, cual no lo ha recibido ninguno de los reyes legítimos de esa larga dinastía de los sumos satirizantes, que empieza con los Aristófanes y los Lucianos y sigue con los Rabelais y los Cervantes hasta los Swift y los Thackeray. De tus obras, pero de tus obras traducidas al inglés, está preparando cierto editor de Boston una edición, que será única en los fastos de la tipografía. Hará una tirada especial, de un solo ejemplar, cuyo costo es de doscientos mil dollars. Hará otra tirada especial, de un solo ejemplar, que costará ciento cincuenta mil. Y otra de diez ejemplares, los cuales sólo valdrán la suma, que ya parece pequeña, de cincuenta mil dollars cada uno.

La impresión será en verdadero pergamino, por medio de una prensa de mano, fabricada en 1630, con tipos del viejo estilo Caslon, y con tal lujo de iluminaciones, que no las habrán poseído iguales, ni parecidas, las vitelas en que primero se estamparon los suspiros amorosos de la Sulamita y las desengañadas confesiones del rey Cohelet, para quien todo era vanidad.

¿No es cierto, sombra placentera, que la noticia valía la pena de importunarme? ¡Serán de ver los ojos con que harás guiños a la sombra afanada de tu compatriota y coetáneo, el gran autor de la *Co-*

media Humana, que casi no ha pasado de las ediciones a tres y medio francos el volumen! *Fun is good.*

Junio, 1902.

A Mr. Fletcher, psicólogo y quiromancista

35 W. 42d St.—New York

Su anuncio de usted en el *Herald* dominical me ha dado materia para divertidas reflexiones. Gracias. Es un primer fruto de la recóndita sabiduría de usted, habilidoso señor; y recogido a distancia, sin necesidad de exhibir ante sus ojos de zahorí mis manos demasiado cosquillosas.

No es usted modesto, señor. ¿Ni por qué había de serlo quien lleva toda la ciencia humana en el hueco de la mano? Usted mismo lo asegura: negocios, salud, matrimonio, divorcio, procesos, cambios de fortuna, cuanto levanta o postra el ánimo de los flacos mortales y aguija su ansiosa curiosidad, de todo sabe usted, de todo entiende, y sobre todo puede aconsejar con tino que no yerra.

Nada es bastante difícil para usted, oh varón pro-

digioso. Así lo dice su anuncio con laconismo y claridad, que no pueden menos de sembrar la convicción en el espíritu de tantos como andan por el mundo atortolados, porque se les vuelven dificultades hasta los dedos de la mano.

Seguro estoy de que el timbre de su puerta no cesa de retiñir. Desde aquí me parece ver la interminable procesión de sus clientes, y adivino la ira reprimida que roe las entrañas del doctor del piso bajo, cuya campanilla, *Doctor's bell*, permanece muda todo el santo día, sin contar la noche pecadora. Hubiera consagrado sus vigilias, como usted, a la quirognomia y quiromancia; hubiérase sumido en los profundos senos del psiquismo, y hoy podría disputar a usted las palmas dadivosas de sus pacientes, quizás preferibles a las palmas académicas.

Natural es que así resulte. Usted no receta píldoras amargas ni cápsulas biscosas; no prescribe ascéticos ayunos, ni hace sobar las carnes fláccidas, ni trae a sus enfermos en trajín perpetuo de las salutíferas playas a las cumbres no menos salutíferas. Su ceño de usted no anuncia sentencias espantables, ni amenaza en sus manos la reluciente cuchilla con tajos mortales, en busca de abscesos las más veces imaginarios. Sobre usted y su ciencia consoladora no se han publicado las tremendas revelaciones de ese tremendo doctor Veressaïef, que trae sin sombra a los Galenos de ambos hemisferios.

Usted es sabio y benévolo. Sus doctrinas tienen un abolengo treinta veces secular. Al mismo tiempo

es usted sencillo, porque conoce la enorme potencia de las dos fuerzas que tiene a su servicio: el misterio y la ilusión. Cuando siente usted temblar la mano que posa sobre la suya agasajadora, deja usted de escudriñar ese mapa viviente, prescinde usted de anillos de Venus, líneas de Apolo y montes de Saturno, y con mirada plácida, que sosiega al más zahareño, comienza a dispensar bienandanzas a granel.

La pobre doncella de labor, que ha ido a consultar su fortuna, oye con deleite la buena nueva; se ve del brazo con un Vanderbilt inédito, que la introduce en el *sancta sanctorum* de los cuatrocientos de la fama. El azogado y desarrapado *Gallegher*, que tiende a usted su pequeña mano ya encallecida, al conjuro mágico de las fatídicas palabras, infla el pecho bajo un blanco peto constelado de brillantes, y se siente árbitro de las tabernas de la metrópoli, señor de sus escuadras de polizontes colosos, czar de sus ventrudos *aldermen*, semidiós de los poderosos huéspedes del Capitolio de Albany.

¡Qué varita de virtudes tuvo nunca el maravilloso poder de su dedo de usted, recorriendo los signos cabalísticos de una palma, que acaba de dejar el rudo contacto de la escoba o el mazo, cuando no de alguna que sólo ha sentido el tenue roce de la seda o la blanda caricia de las felpudas pieles! ¿Dónde hubo horóscopos en que se pusiera tanta fe como en las sentencias inapelables de su boca inspirada? El mundo se ha ido siempre tras los profetas que

le han pronosticado el milenario; por la misma razón por la cual ha lapidado siempre a los videntes que le han anunciado catástrofes. Es verdad que hasta ahora las profecías calamitosas se han realizado las más de las veces; y en materia de paraísos terrestres no sé de otro que se haya descubierto, sino aquel *Paradise of Fools*, que contempló aún vacío el futuro tentador de Adán, y donde ya no se cabe ni de pie.

Por lo mismo, dirá usted, tiene más precio mi habilidad, y puedo y debo considerarme un benefactor público. Quince minutos de riqueza, de poderío, de ventura, de ensueño realizado, los doy de un modo infalible con el filtro de mis palabras. Y nadie ha venido a quejarse después. Claro. ¿De qué se quejarán? ¿Acaso dan más, ni tanto, los otros doctores que andan por el mundo, vendiendo salud para el cuerpo y el alma, grandezas en esta vida y bienaventuranza en la otra?

Sobra a usted razón: como sobraría necedad al que pretendiera motejarlo de charlatán o apodarlo con nombre parecido. ¿Quién es capaz de definir dónde empieza y dónde acaba la charlatanería? Y sobre todo, ¿a quién aprovecha más, el embaidor o al embaído?

Mientras se resuelve, si se resuelve, esta sutil cuestión, continúe usted descubriendo manos ásperas y desenguantando manos suaves; y siga leyendo en todas promesas de villas y castillos, en la tierra o en las nubes. Y si tropieza usted por calles o es-

caleras con sabios más doctorados, más togados y más embirretados, que lo midan a usted de pies a cabeza con los ojos y parezcan darle del codo, como diciendo: «yo vendo ciencia»; salude usted cortésmente y conteste, sin jactancia y sin empacho: «yo vendo quimeras».

Junio, 1902.

A un mi amigo, artista

¿Recuerda usted nuestra última visita al Museo Metropolitano? Me parece ver a usted a mi lado, contemplando conmigo los pies maravillosos de la Salomé del escultor Story. Esos pies que acaban de bailar una verdadera *danza de la muerte*, y que reposan, finos, gráciles, siniestros. Hablábamos de esa noble escuela de escultura americana, que basta para demostrar ella sola la profunda idealidad de un pueblo, que los observadores superficiales tildan de prosaico y positivo.

Acababa usted de llegar de Filadelfia, y me refería la impresión de asombro que le habían producido las Casas Consistoriales. Particularmente se detenía usted en enumerarme las heróicas figuras del portal; y me contaba los extraños rumores que cir-

culaban acerca de su autor, Menninger, desaparecido en pleno renombre. Sabíase que no había muerto; pero pocos conocían su paradero, quizás nadie, y menos la causa misteriosa, por la cual había renunciado al mundo y a la gloria.

Todo ello me ha venido a la memoria, al descorrerse en estos días, ante una escena incomparablemente trágica, una parte del velo que ocultaba hacía muchos años la vida del artista.

Menninger, como usted sabe, estaba en la plenitud de la vida y de su actividad productora, cuando fué elegido para ejecutar las estatuas filadelfianas, ese trabajo que lo colocó definitivamente entre los grandes escultores de su país. Su posición social, aun sin esta consagración de su talento, era envidiable. Su fortuna le había permitido cultivar sus aptitudes y disfrutar de los encantos de la más refinada civilización en los centros artísticos de Europa.

Ni en él, ni en torno suyo, parecía faltar nada de lo que constituye, o parece constituir la dicha humana: era rico, famoso, se sentía rebosando de vigor mental, estaba rodeado de amigos y admiradores. De pronto el artista cierra su estudio, y, sin decir adiós ni a deudos ni a íntimos, emprende un viaje misterioso, de que no regresa. Sólo su banquero certificaba que estaba vivo; aunque, obedeciendo a estricta consigna, se negaba a revelar el lugar de su destierro.

Porque, en efecto, el artista se había desterrado para siempre de la sociedad y del comercio de los

hombres. Había huído a una nueva Tebaida, a una floresta casi desierta de New Jersey, en el lindero de dunas extensas y solitarias. Allí había levantado con sus manos una cabaña de sencillas tablas y allí se había recluído con algunos cuadros, algunos libros, un retrato y un perro.

Los raros habitantes de aquellos lugares que erraban a veces hasta la proximidad de su ermita, solían descubrirlo sentado a la sombra de los escasos pinos que la sombreaban, puesto el oído al grave y triste rumor del mar distante, contemplando el cielo o mirando fijamente al fiel compañero, echado a sus plantas.

El nuevo Timon, más feliz en esto que el del gran poeta, había conservado un perro a quien amar... *I do wish thou wert a dog, That I might love thee something.* Pero poco a poco esta fué su única compañía. Las pinturas fueron desapareciendo de la cabaña, y tras ellas, los libros. El espíritu del solitario iba cortando una a una las amarras que lo mantenían asido al mundo. Así destruía los hilos que podían ponerlo en comunicación con lo que otros habían sentido, con lo que otros habían anhelado. Sin duda juzgaba suficiente alimento para su alma, que se atrofiaba, su propio dolor o su propio desengaño.

No ha mucho, en uno de los últimos días del pasado Julio, un campesino de las cercanías observó una gran columna de humo negro que flotaba siniestra sobre la cabaña del anacoreta. Corrió a ella y encontró que empezaba a incendiarse; penetró

desolado, y sobre el pobre lecho, que ocupaba una pequeña alcoba en el fondo, descubrió ya inerte el cuerpo demacrado del artista y en su diestra crispada una pistola...

Apagado a tiempo el fuego, nada se encontró que revelase el motivo de la catástrofe. El trágico desengañado no creyó necesario despedirse de un mundo que ya no existía para él. Ni una línea, ni una palabra. ¿No cree usted, amigo mío, que hay pocos ejemplos auténticos de mayor desasimiento de las cosas humanas?

Es difícil concebir nada más patético que ese prolongado y completo aislamiento voluntario de un espíritu superior, tan rico en un tiempo de cuanto juzgamos valioso para el hombre; como no sea ese desprecio total de todo lo que dejaba en pos de sí. Esta sombra que se va de ese modo, desdeñosa y altiva, llevándose consigo su secreto, como algo tan suyo que a nadie interesa y a nadie concierne, reviste grandeza dramática pocas veces igualada.

Toda esta lenta agonía, en la disolución paulatina de un alma que se niega con resolución estoica y tranquilidad perfecta el pan de la comunicación espiritual ¿ha sido una expiación? Las pocas noticias que se han recogido después de la tragedia no consienten fácilmente esa hipótesis. En los tiempos en que Menninger era algo más accesible a sus vecinos que lo fué posteriormente, los que se le acercaban lo encontraban siempre sereno y afable. No los buscaba, pero no los repelía; y algunas veces franqueaba

el umbral de su choza a los niños de aquellos lugares.

Poco a poco se fué compenetrando más con la soledad, y quiso vivir exclusivamente con sus pensamientos. Usted que tanto admiró la obra del artista, de seguro presiente que este es un caso típico de esa enfermedad implacable que mina ciertas naturalezas excepcionales; y recordará a Leopardi, el desterrado de Recanati, el que supo cantar con voz divina los tormentos del asco del mundo.

Enfermedad, ciertamente; y que por lo mismo debe movernos a honda, angustiosa lástima. Sí, amigo mío, lástima de los que la padecen y también, también, de los que son causa de que se padezca.

Agosto, 1902.

Una página que olvidó Voltaire

Voltaire, que conocía tan a maravilla a sus compatriotas, ¿es un buen tipo del francés? La exacta ponderación de sus dotes mentales, su escepticismo superficial y juguetón, su ironía casera, agradable y poco venenosa, son ciertamente rasgos fáciles de encontrar entre los suyos. Pero la serenidad, a que se solía elevar sin esfuerzo su juicio, y sobre todo esa gran virtud, médula del hombre verdaderamente humano, la amable tolerancia que inspira sus mejores obras no parecen cualidades características de la mayoría de sus compatriotas.

Ciertamente. El francés suele ser escéptico, pero no tolerante. No es fanático, cual otros pueblos que se le aproximan por la sangre y la geografía; pero, con el chiste en la punta de la lengua y presto a tranquilizar su conciencia con una canción burlona, sabe

estrujar al que no piensa a su gusto, y echa al gendarme encima del que pretende salirse un tanto del molde que esté de moda.

En el *Siècle de Louis XIV* hay un capítulo casi al final, que podría pasar, sin gran esfuerzo, por una crónica parisiense de estos días de violencias legales contra las monjas recalcitrantes. Refiere muy seriamente el doloroso burlador la expedición de doscientos guardias, marcialmente dirigida contra las religiosas de la abadía de Port-Royal de París, las cuales se habían negado a firmar cierto formulario, donde se condenaban proposiciones de un libro que no habían leído. Por este enorme delito fueron aprehendidas e internadas en diversos conventos del reino.

En cambio, a las más humildes de espíritu que se resignaron a firmar, aun sin haber leído, como cierta Sor Perdreau y cierta Sor Passart, las acribillaron con coplas satíricas.

Las últimas correspondencias de M. Cornely, en que se refieren los incidentes, semi-dramáticos y semi-cómicos, del cierre de las escuelas de las congregaciones francesas, parecen reminiscencias de esos pasajes de Voltaire. Si es que no preferimos considerar éstos como ediciones anticipadas de las correspondencias de M. Cornely.

También ahora se ha movilizado la guardia municipal contra religiosas, que creen obedecer a su conciencia, desobedeciendo leyes, cuyas sutilezas escaparían a cerebros algo mejor organizados. Lugar

ha habido, como Landernau, donde se ha concentrado un verdadero cuerpo de ejército: tres brigadas de la gendarmería y doscientos soldados de línea, para forzar la puerta de una escuela.

Para que el paralelo sea más picante y de paso más instructivo, en el caso de las religiosas jansenistas bastó una palabreja deslizada por Clemente IX en la fórmula que habían de firmar las rafractarias, para acallar sus escrúpulos, ponerles la pluma en las manos y hacerlas volver en paz de su destierro. Y en el caso actual, ha bastado que M. Combes autorice a distinguir entre las congregaciones que han creído proceder de buena fe y las que no, para que el resultado de tan grande inquietud y conmoción haya sido que permanezcan en sus respectivos establecimientos noventa y cinco por ciento y más de los individuos de las congregaciones amenazadas.

La musa satírica de los franceses tendrá asunto, si no fresco, rejuvenecido; mas no por eso ha dejado de soplar un viento de pasiones iracundas sobre el país, ni de avivarse odios mal extintos. Porque ahora, como en los tiempos del Rey Sol, no bastan la civilidad, ni el refinamiento para amansar la fiera de la intolerancia, que es una de las formas más odiosas de la presunción humana.

Sin embargo, entre Port-Royal y Landernau se colocan la agonía de un régimen político de siglos, el espantoso drama de la Revolución, la conquista de Europa por los ejércitos y las ideas de la nueva

Francia, una centuria más de pasmosos cambios en las instituciones políticas, en la vida industrial, en las teorías científicas, en los sistemas filosóficos; es decir, el siglo diez y ocho, demoledor, y el diez y nueve, constructor! Y al cabo, al cabo, como si estuviéramos presenciando una maravillosa sucesión de vistas disolventes, donde acabábamos de ver la silueta de un radical francés de la aurora del veinte, nos encontramos con el agrio gesto de un Le Tellier de las postrimerías del diez y siete.

Naturalmente no pretendo decidir aquí si los trescientos establecimientos, que resultan ahora las ovejas negras del rebaño de los siete mil perseguidos al principio, tenían o no razón, procedían o no de buena fe. Desde tan lejos resulta difícil dirimir esas querellas. Creo que debían obedecer la ley de su país. Es un principio que no sufre excepción. Pero creo también que un poco de humanidad y un mucho de tolerancia hubieran evitado el inútil escándalo que, por segunda vez en pocos años, han hecho dar a un gran país las facciones ensoberbecidas que lo dividen y conmueven. La prueba está en las atenuaciones introducidas a última hora por el gobierno, y que han empezado a serenar el horizonte.

El que ama la libertad, que es paladion de la dignidad personal, sufre al registrar hechos de esta especie. Porque advierte que es inútil que cambie la forma de las instituciones, mientras no se reformen los sentimientos fundamentales. La igualdad,

antes de estar escrita en la ley, debe estar escrita en la conciencia. Y pues estamos por igual sujetos al error, ¿cómo discernirnos un privilegio de infalibilidad? Y lo que es aún peor, ¿cómo perseguir, en nombre de ese privilegio?

Agosto, 1902.

Mi postal

A Meleagro de Gadara, Sofista, Poeta y Colector

Días geniales, marcados con blanca señal en el gran encerado del tiempo, fueron sin duda aquellos que dedicaste a la sabrosa tarea de escoger las flores más lindas, gallardas y fragantes del antiguo verjel de la musa helénica, para entretegerlas en una guirnalda inmortal.

Afortunado inventor de las antologías, florilegios, ramilletes, haces y mazorcas de pensamientos exquisitos, deja que te salude un bárbaro agradecido.

Merced a ti, poeta cosmopolita y ecléctico, hemos logrado ver de trapillo, en las horas de plácido abandono o juguetona trisca, a las solemnes ninfas del Pindo; y hemos podido beber algunos sorbos refrigerantes de la heliconia fuente en la manuable taza de Diógenes.

Gran pérdida hubiera hecho el mundo, si se hubiese extinguido sin eco la voz sonora que cantó las hazañas del airado hijo de Peleo o las inacabables aventuras del artificioso Ulises. ¿Quién nos compensaría de no haber oído los lamentos proféticos del titán encadenado en los abruptos picachos que sirven de lindero a dos mundos? ¡Cuántos Villemain de menos tendríamos, si se hubieran reducido a polvo los pergaminos que han guardado las genealogías ditirámbicas de los vencedores píticos y olímpicos!

Pero sin ti, coleccionador emérito y benemérito, tal vez hubiéramos perdido más. Perdóneme la legión sagrada de los comentadores, exégetas, filólogos y traductores. Sin ti, no hubiéramos concebido a tus compatriotas más o menos adoptivos, sino calzados del alto coturno y dando al viento la purpúrea clámide.

Tú nos has libertado de la obsesión de las actitudes académicas. Tú, amable perseguidor de mariposas, nos has enseñado que los descendientes de los semidioses y los héroes gemían por sus pequeños dolores y reían sus pequeños goces, como los que no descendemos de los Heráclides o los Atridas. Por ti sabemos cómo sufrían la vida y cómo esperaban la muerte; cómo engañaban las horas fugaces entre la aurora y el ocaso, y las amables lecciones o los agridulces desengaños que les dejaba jugando la poesía casera, desterrada de las pompas oficiales.

Cuán admirable te me presentas, cuando considero las dificultades de tu empresa. Todas esas poesías

fugitivas, que detuviste al vuelo para fijarlas en tu maravillosa colección, revoloteaban en pequeñas bandadas por mil lugares diversos y remotos, prendidas aquí al zócalo de las estatuas, colgando allá de las estelas funerarias, subidas al frontón de un templo, comprimidas en los rollos de un pergamino o zumbando en la memoria de un sofista trashumante.

No tuviste por auxiliares la prensa, que multiplica las reproducciones de una misma obra, y, como la naturaleza con sus gérmenes, confía en que algunos ejemplares se salvarán de la universal destrucción; ni el correo, que vence en velocidad a Iris y en ubicuidad a Hermes. Tus ayudantes fueron tu paciencia, tu buen gusto y tu amor a la gaya doctrina, por ti verdaderamente gaya.

Y lo más pasmoso es que tú, su inventor de genio, no alcanzaste el álbum, ni presumiste sus singulares transformaciones.

Los colaboradores de tu obra habían vivido antes de ti y en muy diversos puntos del mundo helénico. En un momento dado, conmovidos por la belleza de una Niobe inconsolable, por la desaparición súbita de una beldad temprana, por los aprestos risueños de un himeneo o los solemnes de un sacrificio, encerraban en dos o tres dísticos un pensamiento tan patético o tan bellamente ingénuo, que merecía quedar vibrando en los oídos de la humanidad.

Pero la vecina invisible del gineceo próximo no les había enviado sus tabletas de marfil ungidas de blanda cera para que le improvisaran un epigrama laudatorio. Los helenos no eran galantes, ni repentistas. Escribían sus versos para que los esculpieran en mármol; y no sospechaban que habías de venir tú detrás a recogerlos, para darles mayor duración, fijándolos en materia mucho más frágil. El destino tiene caprichos como ésos.

Pero es lo cierto que los recogiste. Y lo es también que todo buen ejemplo tiene imitadores. Tu antología fué continuada, empatada y alargada. Tu antología fué comentada. Tu antología fué impresa. Y cuando los bárbaros llegaron a entender de letras y creyeron tener literatura, quisieron tener también sus antologías.

Como andando el tiempo todo se democratiza, llegaron días en que los meros ciudadanos desearon poseer sus florilegios particulares y personales, y se inventó el álbum. Pero el álbum forma volumen, es pesado y no se reparte por entregas a domicilio. He aquí por qué, oh Meleagro, los ingeniosos bárbaros del siglo veinte, que para ti sería veintiuno, han inventado una especie de téseras de cartulina, que se envían a domicilio para solicitar la inspiración remolona o dormida de los epigramatistas coetáneos.

¡Cuánto hubiera facilitado este feliz invento tu agradable y fructuosa labor! ¿Qué nos falta en estos días faustos de la tarjeta que va y viene por la

posta, para tener a porrillo colecciones, como la tuya, guirnaldas de agudos, sencillos y hechiceros poemitas en unos cuantos versos lapidarios? No serán ciertamente los Simónides, ni los Calímacos.

Septiembre, 1902.

A John Ruskin, inmortal

Apenas escrito el vocativo de esta carta para Ultratumba, me he sentido del todo temeroso. No veo bien si la tomarás, sombra ilustre, por una impertinencia o por una irreverencia.

Fuiste, en tu vida mortal, demasiado severo con tus coetáneos. Quizás por lo demasiado complaciente que eras a veces con los pasados, sobre todo si habían vivido antes del siglo decimosexto. Dígalo, si no, aquel Guido Guinicelli, de quien has reverdecido los laureles, ya que no los versos, declarándolo uno de los prototipos a que se conformaba tu alma exquisita.

Mas me alienta la esperanza de que habrás cambiado de ánimo, al cambiar de morada. Te supongo de humor más acomodaticio, trocada esta tierra donde tan satisfecho estabas de la armonía de las cosas

y tan poco del desconcierto de los hombres, por las afortunadas islas empíreas, donde de seguro habitas. No debe rezar, con los que hacen el viaje irreversible, la sentencia del poeta latino.

Desde esas alturas, leerás fácilmente en mi espíritu, y verás que no abrigo la extraña y risible intención de turbar tu ecuanimidad celestial. Ni siquiera se me ocurre que pueda sorprenderte en uno de esos momentos en que tu temple, según tu propia confesión, tenía más de la corrosiva acritud de Swift, que de la moderada suavidad de Marmontel.

Trato, por el contrario, de que veas que no te faltaba razón para pensar como pensabas, acerca de la beatífica imbecilidad de muchos que sacan diploma de doctos, con licencia en forma, para enseñar su estulticia. Al mismo tiempo, tu espíritu, tan radical y profundamente religioso, encontrará en lo que voy a referirte nueva ocasión de aquilatar la vanidad más que etérea de toda gloria humana, y lo hueco de todo renombre, aunque sean gloria tan resplandeciente y renombre tan dilatado como los tuyos.

De las numerosas obras que escribiste, para provecho y deleite de los hombres, a quienes has enseñado el arte nuevo, y sin embargo no recóndito, de embellecer la vida más humilde, quizás era tu preferida aquella profunda disertación en que nos desentrañas los tesoros que ofrece y regala, con munificencia regia, la buena lectura. *Of Kings' treasuries*, la llamaste.

Después de habernos enseñado a mirar en torno

nuestro, para que supiéramos apropiarnos todas y cada una de las bellezas que siembra con prodigalidad infatigable la natura, lo mismo en el escondido islote formado por los brazos de un humilde riachuelo, que en las gigantescas moles nevadas, que se alzan como atalayas de la tierra; después de habernos amaestrado en la interpretación del alma de las viejas edades, tal como la ha retenido la piedra que labró el arquitecto o la tela que coloreó el pintor, quisiste enseñarnos a leer en el espíritu y el corazón de los grandes pensadores.

Pudiste creer entonces, sin vana inmodestia, que habías asegurado larga sucesión de lectores inteligentes a tus libros, ni menos profundos ni menos bellos, del gran siglo en que viviste. A tu vista se reproducían las ediciones de tus obras, a uno y otro lado del Atlántico; y los extranjeros escribían libros acerca de tus doctrinas, que presentaban como el evangelio artístico de tu patria.

Pues oye lo que acaba de ocurrir en ella, no mucho tiempo después de perderte, y cuando todavía vibran las prensas perfeccionadas, arrojando al mundo páginas de ésas en que le legaste lo mejor de tus nobles pensamientos.

En la ultrainglesa ciudad de Liverpool, un periódico, dedicado especialmente a la enseñanza, promovió no ha mucho un certamen literario, cuyo tema debió excitar suavemente tu contento, si por entonces tuviste vuelta la vista hacia la isla nativa, pedestal de tu fama. Pedía que se disertara, como tan-

tas veces lo hiciste tú, con maestría insuperable, sobre «Las montañas y su belleza».

Como ves, el asunto era genuinamente ruskiniano. Tan ruskiniano, que un lector y amante tuyo hubo de convencerse de que era inútil empeñarse en decir mediocremente lo que ya habías dicho tú de un modo casi divino, cual en ti se hubiesen fundido los ojos de un alpinista y el poder plástico del gran escultor del mundo. Con este convencimiento, tu admirador se limitó a copiarte, y envió tranquilo su copia, tan seguro del premio, como de que siendo ya tus obras patrimonio de la humanidad, no habías de tenerle a mal, que él explotase un pequeño filón de la abundante mina.

Pero el desenlace no ha sido ruskiniano, sino rabelesiano. Tu copropietario no contaba con el sutil husmeo e infalible criterio de los pedantes. El jurado, ¡oh Ruskin!, te concedió cuarenta y un puntos, de cien que era el máximum. Cuarenta y un puntos a John Ruskin y noventa y uno a Mr. X. X., vencedor del pindárico concurso. Las trompetas de la fama se han encargado de anunciar al mundo tu derrota y el cretinismo soberano de tus jueces.

Porque ese jurado de magníficos idiotas razonó su dictamen. Tu tesis, maestro inmortal de toda una generación de artistas, está escrita en estilo duro y sin flexibilidad; tus descripciones carecen de vida y tienen demasiado sabor periodístico! Por poco te arrojan de una vez al anónimo montón reporteril.

La lección, si lección hay, es sólo para los críticos

y jueces literarios. En tu serenidad olímpica, poco ha de punzarte el chasco de tu gratuíto alter ego. Pero no dejará de bosquejarse una plácida sonrisa en tu boca melancólica y bondadosa, al volver a percibir desde allá arriba la sombra que proyecta sobre el mundo de la inteligencia la montaña colosal de la pedantería humana.

Octubre, 1902.

A Baba Bharati, varón santo

En New York

Todopoderoso es Krishna, y Krishna es el amor. Se muestra, y el corazón más empedernido florece. Inspira, y la lengua más torpe se desata en raudal de palabras suaves, que ablandan las almas.

Bien venido seas a estas tierras de Occidente, hombre de mucha fe, que haces prodigios. Vienes de donde el sol se levanta, y nos traes el oro de tus doctrinas, el incienso de tus oraciones, la mirra de tus virtudes.

Tú has hecho penitencia entre los santos de Radbakund, en la floresta de Brindaban, cuyo solemne murmullo adormece y pacifica el alma. Tú te has bañado en las aguas maravillosas del Lago de Rhada, que da a los corazones el temple divino del amor puro. Tú has desarmado con tu resignación y la fortaleza de tu confianza en el Señor a los tigres que yerran, buscando su presa, en las vastas sole-

dades de los Himalayas. Tú has visto cara a cara a Krishna, tres veces santo, y has contemplado la reverberación de su amor sobre el mundo; y has amado en el mundo el amor de Krishna.

Fuiste ermitaño entre los eremitas y asceta en medio de los ascetas. Pero te recluiste, para conocer mejor la grey de los hombres olvidados de la santidad; y mortificaste tu cuerpo, para que las callenas del apetito no lograsen nunca aprisionar tu espíritu.

Vuelves ahora al mundo; como el nauta, que estuvo algunos años cobrando fuerzas, al abrigo de bien defendido puerto, se lanza de nuevo al mar, donde rugen y azotan las hirvientes tempestades. Te arrojas a las playas desconocidas de este hemisferio, donde viene a declinar el sol; porque a tu celo evangélico resulta ya estrecho el mundo de los fieles de Krishna.

Admiro tu alto espíritu, apóstol del amor; y en mi ceguedad de incrédulo tiemblo, al pensar en las espantables luchas que te aguardan.

Otro vidente, de tiempos más viejos, fué arrojado a una caverna, donde hambreaban leones furiosos. Tú te lanzas a un anfiteatro, donde a primera vista no encontrarás gladiadores, ni fieras. Pero, a poco que prestes el oído, oirás como sube y crece y se dilata rumor profundo de ayes y maldiciones, de amenazas y blasfemias, revelador de pugna más horrenda, porque es invisible.

¿Oyes ese tribuno que arenga una turbamulta elec-

trizada por sus ademanes y sus palabras? ¡Cómo te regocijan sus primeras frases, todas de miel!—«Hermanos», llama a sus oyentes, «compañeros del alma, que compartís conmigo el pan del infortunio, esas manos que tendéis hacia mí, unidlas, unidlas estrechamente, para que os sostengáis fraternalmente unos a otros por la áspera cuesta de nuestro Calvario».

Escucha algo más. Esas manos, que ahora une el arrebatado tribuno, va a separarlas dentro de poco, para que blandan el hierro o la tea, para que arrojen la máquina infernal, para que descarguen la piqueta demoledora. Su confraternidad está encerrada en fronteras más elevadas, que las cimas de tus montañas; porque están levantadas bloque a bloque sobre el espíritu mezquino de clase, sobre la ignorancia de las leyes sociales, sobre la concupiscencia y el vicio, que no son menos fieros, porque no sean imputables a sus víctimas.

Mira acá ese hombre de afables maneras, que se insinúa entre los grupos, para calmarlos, para quitarles suavemente las armas homicidas. Ya se te ensancha el pecho, porque encuentras un justo, según tu corazón y tu espíritu. Espera un poco. Ese justo los desarma ahora, porque quiere hacer de su mansedumbre escabel para sus plantas. Si mañana entiende que los necesita armados y airados, ya lo verás abatir ante ellos la barrera de las leyes, abrir a su ímpetu ciego todas las compuertas, y mirar sin espanto la inundación que avanza, como espere que su barca flote sobre las olas embravecidas.

Tu evangelio es de amor. ¿Esperas sembrar tu simiente en estas sociedades, minadas por el odio torvo o la ambición hipócrita? Tu palabra es luz. ¿Crees que no tratarán de apagarla, cuantos fundan su medro en la obscuridad, que envuelve las conciencias de aquellos a quienes han convertido en instrumento de su fortuna?

Aquellos tigres que amagaban saltar sobre ti son menos feroces que estos corderos, que vuelven tranquilos a la querencia pasando sobre charcos de sangre. Aquellos rugían y confiaban su terrible amenaza a todos los ecos del bosque. Estos balan; pero no te fíes de sus pérfidos balidos, aunque parezca que resuenan en ellos las dulces voces de patria y humanidad.

Vienes a predicar la paz a los que viven por la guerra. Pides que abran sus corazones a quienes no se atreven a mirar en los abismos de su alma. Ensalzas el amor ante hombres que sólo respiran odio.

Vuelve a tu floresta encantada, yogui. Tus visiones, tus éxtasis no son la preparación requerida para lanzarte a este torbellino desencadenado de pasiones antihumanas. El arco colosal de Rama sería impotente ante el brazo que lanza la dinamita.

Mas perdona, santo anacoreta. Había olvidado que antes de ser apóstol habías sido periodista.

Noviembre, 1902.

Enero

En las blandas alas de la ilusión se deja conducir el hombre a través de la línea indefinida, interminable del tiempo. Nuestra pequeña cárcel, la tierra, gira en estrecha órbita; y en su avance y regreso sucesivos va pasando alternativamente de las nieves de Enero a las flores de Mayo; de las flores de Mayo a las nieves de Enero.

Y el hombre cree cándidamente que también para él vuelven a florecer las rosas y a cantar los ruiseñores; espera que en sus lagares correrá el zumo nuevo de las nuevas vides; aguarda los villancicos que saludarán la futura renovación de su vida.

Como no ve envejecer la tierra, nada quiere saber del diente invisible que va desmigajando su alma, a medida que él se desliza por la recta infinita del tiempo. Y sin embargo las nieves de antaño no vuel-

ven para él; ni son tan frescas las flores de la próxima primavera, como lo fueron las de la pasada.

«Tu torni ben, tu torni,
Ma teco altro non torna.»

No renueva sus moldes la vieja artista naturaleza. Ya sus obras más exquisitas nos parecen amaneradas. Siempre las mismas rosas, siempre los mismos pámpanos, y siempre al cabo el mismo blanco sudario sobre la tierra aletargada.

Para ayudar a nuestro propio engaño, hemos encasillado el tiempo, y a cada pequeña porción damos un nombre, que repetimos de trecho en trecho, para alentarnos con la ilusión de que hemos vuelto atrás y empezamos de nuevo la ruta. Ahora es Enero. Mas ¿quién nos dará los ojos de Adán para ver, juvenilmente, la juventud del año?

El viejo entre los viejos, Jano, anterior a los hombres y a los dioses, nos aguarda, en ésta que queremos llamar entrada, con su rostro de efebo dirigido hacia atrás y su rostro de anciano vuelto hacia adelante. La cara fresca de ojos sin nubes es la que necesitaríamos nosotros para mirar el camino que ante nuestras plantas se prolonga; y encontrarlo llano, alfombrado de fresca grama, sombreado de laureles perennemente verdes.

Ver quisiéramos a pocos pasos el regocijado coro de las horas, asidas de las manos para la danza ligera, buscándose unas a otras con la mirada jubi-

losa, exuberantes de lozanía y plenitud de vida; como quienes siguen las huellas de la luminosa aurora, que desata las ligaduras del sueño a las plantas, a las bestias y a los hombres.

Mas ¡ay! la ronda que acertamos a ver no es la de esas ninfas de alas invisibles, de gayadas vestiduras, que antes nos arrebataban en sus rápidos giros. Las que evoca el dios ceñudo que preside al nuevo Enero, van torvas y enlutadas, escondiendo en los pliegues del manto instrumentos de tortura. Sus labios parecen pronunciar la ineludible sentencia del reloj agorero de Urrugne: *vulnerant omnes; ultima necat.*

Sí, cada una hace al pasar su herida: quien en el pecho, como estocada, quien en la espalda, como latigazo, quien en la frente, como estigma. El alma cuenta las cicatrices, y mira con sonrisa irónica la puerta falsa que entorna Enero sobre la inmensidad del tiempo. Por allí pasarán de frente nuestras miserias y de soslayo nuestras ilusiones.

Más allá del umbral tropezaremos de nuevo con la multitud afanosa que dejamos a la espalda. Ellos también han pasado por el postiguillo, en busca del mismo año nuevo, que ha de resultar tan viejo, de la misma vida nueva que ha de ser al fin aquella deshilachada y rota por el uso.

Por allí van los buenos amigos que esconden la mano, si ven que damos un traspiés. Los lisonjeros

ingenuos, que llevan cosida a la ropa la tarifa. Los celosos del bien público, que vilipendian a su hermano, si no piensa su hermano como ellos. Los fanáticos de conveniencia, que incendian una ciudad, para verse grandes siquiera en su sombra, proyectada por las llamas. Los que enmudecen cuando zumba la calumnia en torno de su valedor; porque no quieren pasar los rendidos a la gratitud. Los que aplauden cuando crucifican a un justo, porque hay que ahogar el orgullo antes de que asome. Por allí van los charlatanes de la ciencia, los monederos falsos de la virtud, los barateros del patriotismo. No, el año nuevo no nos librará de esa incontable caterva. Quedarían demasiados huecos en el mundo.

Pues la tierra envejece o envejecen los ojos con que la miramos, que todo al cabo es lo mismo; y pues el hombre no deja la vieja piel en el antro del viejo año, resignémonos a seguir tegiendo y destegiendo la tela de nuestra vida, así en el presente Enero como en los que le sucedan. De cuantos horóscopos podamos brujulear en estos días proféticos, el más cierto es que poco importa la cifra con que designemos el año; cada uno de ellos trae su semana de pasión; sólo que para unos hombres comienza antes que para otros, y hay quienes no la interrumpen de Enero a Enero. Los esbirros y verdugos son las pasiones humanas, y éstas sí disfrutan de juventud eterna.

Puede que algún lector, al llegar aquí, piense que, para repetir verdades tan manoseadas y tan tristes,

no vale la pena de escribir una página de almanaque. Es muy probable que tenga razón. Pero piense también que cada cual da lo que tiene; y que son muchos los que, al detenerse a ver cómo voltean por el aire tenue las hojas de vario matiz que el tiempo arranca de su libro exfoliador, repiten con el ciego inmortal:

«Thus with the year
Seasons return, but not to me returns
The day.»

Enero, 1903.

El idilio de un vampiro

¿Qué es la revolución? se preguntaba Carlyle, después de haber evocado, como en siniestra pesadilla, las convulsiones de la sociedad francesa desquiciada por los terroristas. Y se contestaba: Es la locura que habita en los corazones de los hombres. *It is the Madness that dwells in the hearts of men.*

Sí, era la locura, pero no de un hombre, sino de millares, de millones, de todo un pueblo. La locura convertida en tempestad deshecha, que arrastraba en torbellino de sangre las vidas de los mortales míseros, como débiles hojas secas de una floresta en otoño. La locura, que ponía un velo carmesí sobre los ojos y conducía a los hombres, sonámbulos del fanatismo, sin el menor alto, sin la menor vacila-

ción, a perpetrar los crímenes más horribles, con los nombres de amor y fraternidad en los labios. La tremenda locura del doctrinario, que santifica sus pasiones criminales, porque las envuelve en el resplandor intenso de una idea que toma la fuerza formidable de la obsesión. Entonces se siente el odio como una religión, y el crimen monstruoso llama a sí con la atracción del deber. Entonces es preferible vivir entre lobos hambrientos y sierpes venenosas a vivir entre los hombres. En todo el vasto mundo no hay alimaña feroz comparable al fanático.

Sin embargo, durante esos períodos de general demencia, si no hay hombres más crueles e indiferentes al dolor que los fanáticos, lo hay más viles, más fríamente dañinos y ponzoñosos; los que trafican con el fanatismo de los otros. Los que a sangre fría avientan sus pasiones; los que siembran en sus espíritus perturbados la simiente maldita de la calumnia en que no creen, para convertirlos en instrumento de logro; los envenenadores de la conciencia pública, que mienten a sabiendas, para hacer de su mentira la muleta que enfurece a la fiera, y de esa furia y de los destrozos que ocasiona la fuente impura de su fortuna.

Entre esos logreros, que chapoteaban en la sangre humana, y pregonaban su mercancía de difamación obscena, subidos sobre montones de cadáveres, ninguno, durante el crepúsculo y en pleno día del Terror, se empinó más alto, ni aulló con voz más estentórea sus juramentos canallescos, para se-

ñalar víctimas a la multitud delirante, que el libelista Jacques René Hébert, *le Père Duchesne*. Hébert, *le sac à ordures* del periodismo, como lo llama Taine, más brutal, chavacano y perverso que Marat, no era un fanático, sino un mero explotador de las pasiones furiosas del pueblo.

Aquel hombre, burgués de nacimiento, de manos tan cuidadas como su traje, que había hecho desfilar en la carreta infamante de su hoja, que olía a carnero y muladar, al conde de Artois, al príncipe de Condé, al arzobispo de París, al rey y la reina, a los miembros de la Asamblea legislativa, a los de la fracción de Brissot, a los generales de la República, a la comisión de los Doce, a Chabot, a Bazire, a Mme. Roland, a Fabre d'Eglantine, a Danton, a Robespierre, se limitaba a ejercer a conciencia un oficio lucrativo.

Las pacientes investigaciones de los historiadores de la nueva escuela francesa, han rastreado los pormenores íntimos de la vida de más de un terrorista; los cuales han servido para poner más al descubierto la estupenda complejidad de esta máquina tan sutil que llamamos el alma humana. Fouquier Tinville, el fiscal sanguinario que debíamos suponer perseguido por más espectros lívidos que *King Richard* en su tienda, era un excelente padre de familia, preocupado siempre de su bienestar, y que sólo éste desvelaba.

El desaforado *Père Duchesne* no salía de una cloaca para lanzar a diestro y siniestro sus inmundas

patochadas, sino de un saloncito limpio y apacible, donde acababa de mecer en sus rodillas el primer fruto de una unión idílica. Mme. Hébert, *la Mère Duchesne*, era una mujer sensible, nada varonil, que adoraba a su marido, y había formado para él un hogar envidiable. En carta a una de sus cuñadas, decía: «Si M. Hébert es bastante bueno para colocar su felicidad en mi posesión, soy yo, señorita, la que, sin ningún mérito, puedo certificar que soy perfectamente feliz con él, que no cesa de darme diariamente nuevas pruebas de su ternura. De ella llevo en mi seno una preciosa prenda, hace tres meses. El quiere que se me parezca, y yo lo quiero *semejante a su padre.*»

Esto se estampaba pocos días antes de las matanzas de Septiembre; ese padre, modelo del hijo por nacer, era el jefe de los *rabiosos*, de los hebertistas, el que había de recibir una corona cívica, por su constante excitación al pillaje, al asesinato, con formas judiciales o sin ellas; el mismo que había de ser a su vez lanzado al cadalso por la voz sarcástica de Saint Just, que lo llamaba malvado traficante de su pluma y su conciencia y reptil que se arrastra al sol; y que fué realmente a la guillotina, chorreando aún con la sangre de sus víctimas, como un verdadero reptil, trémulo, que se enrosca para tratar de huir el golpe que lo aplasta.

Y ese monstruo era realmente bueno con su mujer y con su hija pequeñita, a las que hacía dulce la vida, mientras removía con la pluma un pantano

infecto, de donde subían, cada vez más espesos, vapores de sangre caliente.

Tiene razón Carlyle: *We live in a fertile world.*

Marzo, 1903.

Un poeta del Ghetto

Largo rato estuve detenido, cierta tarde, hace ya buen número de años, frente a un viejo lienzo de pared, que sostenía malamente los restos herrumbrosos de una reja, en uno de los rincones más apartados de la capital de España. Aquellas pocas piedras y aquel poco de hierro era cuanto quedaba entonces de la judería de Madrid.

Mi pensamiento me llevaba muy atrás en el tiempo; y al recordar la mísera condición de los habitantes de aquel lugar maldito, secuestrados más que por sus altos muros por la aversión fiera de sus convecinos, que en vano habían nacido sobre la misma tierra y bajo el mismo sol, me sentía interiormente halagado, en mi incontestable superioridad de hombre moderno, por la idea de que ya no era posible que turbase mi mente la visión de las es-

cenas de matanza y pillaje que flotaban, como fantasmas de siniestros aquelarres, sobre los barrios de judíos de Toledo, de Burgos, de Valencia o de Córdoba. Al conjuro mágico de la declaración de los derechos del hombre, el espíritu humano se había limpiado de su costra secular de odio e iniquidad; y en las manos del hombre no había de coagularse más la sangre de Abel.

No habían transcurrido muchos años después de la tarde de esas consoladoras reflexiones, cuando empezó en Europa la agitación antisemítica, fomentada por hombres perfectamente barnizados de cultura, periodistas, oradores, poetas y hasta teólogos. El judío era de nuevo la víctima emisaria, cargada con los pecados de nuestra civilización. Vestido estaba del vellocino de oro, y debía ser trasquilado antes de ser inmolado. De la predicación se pasó a las persecuciones, al despojo, al destierro; y ya se ha llegado otra vez al degüello y al saqueo. El siglo veinte ha dado la mano al siglo catorce; y a los clamores de espanto de las aljamas de Toledo responden, en coro infernal, los lamentos de las aljamas de Kischineff. Mefistófeles, con la máscara de Robespierre, lleva por todo lo alto la batuta.

¿Cómo no? ¿Acaso la predicación de un día y otro día gotea en vano sobre el alma del pueblo, amasada de miseria, de codicia y concupiscencia? ¿No es el judío la sanguijuela hidrópica de oro? ¿No es el aliado natural del enemigo de más allá de la frontera? ¿No corrompe a la virgen cristiana? ¿No cru-

cifica al niño bautizado? Toda la perversa retórica de los demagogos antisemitas se ha empleado en glosar los versos del canciller de Castilla:

«Allí vienen judíos, que están aparejados
para beber la sangre de los pueblos cuitados.»

Y los pueblos cuitados están siempre dispuestos a creer con mayor fe lo más abominable, lo que ennegrezca más la naturaleza humana, y endurezca más unos contra otros los corazones de los hombres, y los lance unos contra otros o unos sobre otros, para responder al canibalismo ideado con el canibalismo efectivo. Después se canta un tedéum, y se pide, con lágrimas de enternecimiento, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Un nuevo y doloroso éxodo ha comenzado para los descendientes de Israel, que desde las playas inhospitables de Europa se desbordan, como río de revueltas aguas, sobre las costas de Norte América. Por decenas de millares se cuentan los judíos que han huído de Austria Hungría, de Alemania y de Rusia, y se encuentran hacinados en las húmedas y sombrías casas de vecindad del Ghetto de Nueva York.

Una visita a esas zahurdas miserables deja frío en el alma por mucho tiempo y el eco en los oídos de la más extraña jerga, en que puedan expresarse el dolor y la desesperación humanos. Los judíos recién llegados a la ciudad imperial hablan una es-

pecie de germanía, en que se mezclan y amalgaman vocablos alemanes y hebreos o rusos y hebreos, según los casos, y a que se da el nombre de *yiddish*. Esta jerga, importada de sus tierras nativas, predomina en el Ghetto, y se mantiene por lo menos en la segunda generación de inmigrantes.

Nada parece a primera vista menos literario que esa bárbara jerigonza; pero tal es la fuerza de expresión del dolor verdadero, de tal modo necesita el alma doliente exhalarse en quejas rítmicas, para mover, siquiera por la simpatía del movimiento musical, las otras almas, que del seno de esos condenados en vida, de esa *perduta gente*, se han elevado suspiros armoniosos, voces de poetas, que han repercutido en el corazón de sus endurecidos compatriotas de más allá de los mares.

Entre los escritores en dialecto yiddish del sólo Ghetto neoyorkino hay varios que han alcanzado notoriedad, como Bloomgarden o Zunser; pero recientemente ha sobresalido entre ellos uno, que parece destinado a la celebridad. Se llama Morris Rosenfeld, y su acento, aun a través de las traducciones, es tan hondamente patético, que hace recordar al punto los trenos de los grandes poetas de la miseria, como Thomas Hood o Elizabeth Browning. El *canto de la máquina de coser* no llega a la excelencia artística del *canto de la camisa;* pero, en su airada sequedad, punza las fibras de la conmiseración, como si las inflexibles agujas se hubiesen tornado dedos de hierro en la mano del poeta.

Las poesías del cantor del Ghetto acaban de ser traducidas al alemán por E. M. Lilien, y publicadas en Berlin con ilustraciones que suplen el texto con su terrible simbolismo. Al mismo tiempo se anuncia una versión francesa, a la par de otra rusa, que se deberá a la pluma de cincelador de Máximo Gorki.

La ferocidad humana no envejece. Quede al menos a sus víctimas el consuelo de convertir sus lamentos en imprecaciones tales que hagan de cuando en cuando estremecerse a los verdugos. La miseria y el dolor siguen pululando a la vista de los indiferentes y empedernidos. Que alguna vez al menos una voz de poeta les haga subir al rostro palidez fugaz, al oir, como un eco de moribundo que se extingue, la queja de los descoloridos labios de la costurera:

Oh god! that bread should be so dear,
and flesh and blood so cheap! (*)

Julio, 1903.

(*) ¡Dios de bondad!, ¡que el pan cueste tan caro,
y la carne y la sangre tan baratas!

A miss Virginia Pope

1,934 Broadway, New York

Señorita:

Una inoportuna misiva más, no ha de aumentar mucho el número de las que recibirá usted cada día. Esto de las cartas de gente desconocida es una de las forzosas molestias adscritas a la notoriedad en nuestros tiempos. Téngamelo usted en cuenta; y sea benévola con un bípedo implume, aunque impertinente, ya que lo es usted tanto con los bípedos plumados.

Soy, señorita, un admirador distante y discreto de su ingeniosa sensibilidad. La llamo así, porque me parece lo característico de su persona, nada vulgar, la amalgama feliz de la agudeza de espíritu y la propensión a padecer con los males ajenos, por extraños que nos sean. Usted se siente unida, por

el vínculo sutil del dolor, a todo lo que vive; y no pudiendo poner remedio a cuanto padece y agoniza entre las rudas manos de la naturaleza insensible y del hombre indiferente, se ha dedicado a aliviar los males de esos pequeños seres inofensivos, a quienes privamos de libertad por el delito de ser bellos y trinar melodiosamente. *¡Wee, helpless thing!*

Es usted enfermera y curandera de aves cautivas.

Curandera digo, sin ninguna intención de rebajar su mérito, ni sus buenas obras. Curandera, puesto que usted ejerce el noble oficio de curar, y lo realza ejerciéndolo en pro de criaturitas sin defensa, contaminadas y lisiadas por el contacto con el hombre.

No va usted a buscarlas al bosque o la pradera. No pone usted anuncios en las peñas; ni se ha graduado de doctora en Nefelococcygia. Viendo la dureza de corazón del gorila repulido que domina y tiraniza el mundo, y se solaza sin piedad a costa de los demás seres sensibles, sintió usted ablandarse el suyo, y nacer su bella vocación de hermana de la caridad de los pájaros.

Uno de sus biógrafos nos ha contado cómo empezó usted a interesarse por esos diminutos cautivos, viéndoles hacinados en las grandes pajarerías de Boston, ciento y más en una sola jaula, sucios, abandonados, mustios, aleteando sin vigor, piando sin alegría. Esos hijos del aire puro, emponzoñándose con las miasmas de estas mazmorras en que se confina el hombre, debieron parecer a usted una odiosa demostración del abuso de la fuerza.

No podía usted devolverles la libertad; pero quiso usted consagrarse a devolver la salud a cuantos atrajese a sus manos tiernas y delicadas. De aquí surgió la idea original de ese sanatorio de aves, en que ha asumido usted el papel de providencia para el mundo alado; al mismo tiempo que emprendió usted su cruzada para obligar a los importadores de pájaros a humanizar e higienizar el tratamiento que daban a su delicada mercancía. El resultado de sus esfuerzos ha sido altamente satisfactorio. La administración se cuida ya de que los canarios esclavos, expedidos de Alemania por centenares de millares para los puertos de la gran República, lleguen saludables. Es un primer paso en el camino de su emancipación.

No se sonreirá usted de esto que digo, como algún lector accidental de mi carta; usted que sabe cuánto ha tenido y tiene que sufrir el ave bajo el poder del hombre, usurpador de la monarquía universal. La ignorancia, la voracidad y la crueldad humanas han corrido sin freno, haciendo víctimas en ese reino ligero y bullicioso.

Ya hoy vamos sabiendo que hay una solidaridad natural infinitamente más ámplia que la humana, y que los pájaros sueltos y libres por el vasto espacio nos pueden ser y nos son en alto grado útiles; y nuestro egoísmo nos ha llevado a dictar leyes, para ponerlos a cubierto de la bestial enemiga del rapaz o la estólida ojeriza del patán.

Pero usted, señorita, va más lejos. Usted demues-

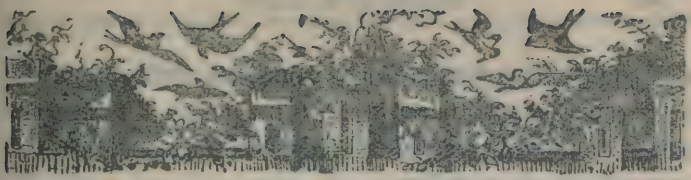
tra que hay un deber de humanidad hacia esas lindas alimañas, que aprisionamos para deleite de nuestros ojos y recreo de nuestros oídos. Al hacerlas parásitos nuestros, a ellas, con alas como las de la alondra y ojos como los del neblí, les hemos multiplicado las causas de lesión, enfermedad y prematura muerte; y lo menos que podemos hacer en compensación, es poner a su servicio nuestra experiencia y nuestra ciencia, aunque deficientes y contrahechas, para restaurar algo de lo mucho que por nuestro capricho pierden.

Usted sabe que no faltará quien tilde desdeñosamente de sensiblería ociosa lo que he llamado sensibilidad avisada. Pero usted no sólo va más lejos, sino que ve más lejos. Usted sabe que no pierde de vista al hombre, al interesarse y afanarse por algunas de sus víctimas. Usted sabe que hay que tomar todas las avenidas, para llegar a poner cerco al corazón empedernido de este orgulloso antropoide reformado, que aprendió a reirse, para disimular mejor su ferocidad nativa.

Necesario es amansar al hombre, adiestrándolo a tener lástima del asno que le lleva la carga, del buey que le abre el surco y del pájaro que le regala el oído, para que acabe de aprender a tener compasión de su semejante, que lo ayuda a soportar la miseria de la vida.

Soy, señorita, su más respetuoso servidor.

Agosto, 1903.



A Vercingetórix

EN LA GLORIA

En la sublime región donde moras, heroico mancebo, supongo tu nombre resonante bien conocido; y me parece señalar más por menudo tus títulos y dirección. Dada la afluencia de recién llegados en estos últimos tiempos, los carteros deben tener más que trillado el camino del barrio de los héroes.

Tu altiva sombra ha debido vagar en estos días por lugares más accesibles para nosotros los simples mortales, atraída por la natural curiosidad de ver tu marmórea efigie y de oir el erudito discurso, con que la ha saludado M. des Essarts, y la bélica oración, en que el general André ha tomado tu nombre para santo y seña de encarnizadas, aun-

que incruentas batallas. Pero no he creído discreto ir, en esa singular ocasión, a turbar tu ánimo suspenso, después de tantos siglos de reposo, entre el regocijo y el asombro.

He preferido que estuvieses de regreso en tus departamentos del Walhalla; pues no creo que los héroes galos hayan de estar menos bien hospedados que sus parientes los germanos. He querido darte tiempo para meditar en las vicisitudes de la fortuna infralunar, y para que saboreases el inopinado desquite que ha venido a ofrecerte, después de muerto, la que tan esquiva se te mostró en vida.

Sí, ilustre vencido, hoy triunfas. En vez de seguir, con afectada impavidez, el carro de Julio César, como el trofeo más preciado de su victoria, te elevas erguido sobre tu corcel de batalla, blandiendo la espada y, para colmo de dicha, hollando con los cascos de tu bridón el cuerpo exánime de un romano. La posteridad te desagravia.

Nuestro sentimiento exquisito de la equidad protesta así, al cabo de dos mil años, contra el ciego rigor de los hados. Roma te venció, es cierto; pero tú merecías haber vencido a Roma. Y lo que no pudo lograr tu esfuerzo, lo realiza hoy el genio de un gran artista. Quizás hubiera sido más picante dar al cadáver que atropellas las facciones del acicalado César. Así nuestra restauración de la historia hubiera sido más completa; y se habría demostrado más claramente que lo ideal acaba siempre por domeñar lo real.

Después de tus efímeros triunfos, presenciados por los mismos sitios donde hoy se eleva tu estatua soberbia, vinieron las noches tristes del asedio sufrido en Alesia; los combates desesperados e infructuosos; la decepción tremenda del socorro ya a la vista, de la Galia entera desplomándose en vano contra la táctica y la ciencia militar de los invasores; la asamblea de los tétricos sitiados en que te ofreciste como víctima expiatoria; la capitulación al frente de ochenta mil hombres, Sedán anticipado en las lejanías del tiempo; la humillación ante César impasible, que no dedica en su diario de campaña más de dos palabras a su tremenda caída: *Vercingetorix deditur!*

¿Qué importa? Una obrera infatigable ha estado trabajando siglo tras siglo, para prepararte tu póstumo despique. La imaginación se ha apoderado de las páginas secas y frías de tu desdeñoso vencedor, de las breves menciones de los historiógrafos, aduladores de Roma, y ha tegido en torno de tu imagen una inmortal guirnalda de hazañas, ha sorprendido en las profundidades sombrías de lo pasado el secreto de tus altos designios, ha leído en tu alma a través de la tumba, y te ha ungido precursor, profeta y mártir del patriotismo francés.

Ya lo está viendo. Era Francia, que nació de las ruinas que fuiste escalonando a tu paso, de entre las cenizas que acumulaste para privar de recursos al invasor, que los llevaba consigo; esta Francia que surgió en virtud del nuevo espíritu sembrado allí por tus enemigos, la misma que recibió su san-

gre, sus costumbres, sus leyes, sus instituciones, hoy te encomia y glorifica, en una lengua formada con los detritus del idioma de tus vencedores. ¿Qué más puede apetecer tu sombra impalpable, si en el mundo cimerio conserva todavía interés por los movedizos afectos del hombre?

Mas me figuro que, a este extraño vocablo de Francia, tu corazón de galo se sobresalta, como si temiese que la ruidosa apoteosis de Clermont hubiera sido un sueño, ya a punto de desvanecerse. Tranquilízate. Clermont es la misma Gergovia, de donde fuíste expulsado por tus deudos, y de donde saliste para decretar la leva en masa contra el invasor, como lo hizo muchos siglos después un latino hebreo forrado en galo; a donde volviste para repeler y derrotar las cohortes romanas; y de donde partiste de nuevo para correr la misma suerte de otro *dux* o *imperator* de los pueblos de la que fué Galia y ahora es Francia.

No puedes quejarte. Tus admiradores han olvidado tu Sedán y sólo recuerdan tu Tours. Han olvidado su sangre, sus tradiciones, y sólo sienten bullir en sus pechos tu espíritu indomable. Del galo vencido han hecho un francés triunfante. Milagro, nada sorprendente, realizado por esa gran fuerza que anima a los hombres y a los pueblos, la imaginación simbólica, que nos permite desdeñar los hechos, reirnos de la historia, y construir con retazos de ilusión una realidad más inconmovible que la base granítica de la tierra. No es la verdad lo que haya

podido suceder, sino lo que nos empeñamos en creer que ha sucedido.

No frunzas el ceño, Vercingetórix; mira a tus pies, vencedor del romano.

Noviembre, 1903.

El arte de la vida

Después de tan largas horas opacas, húmedas, animadas apenas por las ráfagas de viento que lanzaban de través la lluvia, saben bien estas ráfagas de sol, que a ratos ponen grandes manchas de luz en el piso y los muebles. No es todavía la bonanza; pero ya va disipándose el ceño del tiempo; y poco a poco parece que se desarropa y desentume el ánimo. También corren fugaces las nubes que envolvían mis pensamientos, y se van haciendo claros cada vez mayores en la obscuridad soñolienta en que flotaba mi espíritu.

En esta correspondencia siempre efectiva, aunque no percibida siempre, entre la naturaleza cambiante y la mente movediza está el secreto de un arte exquisito de que todos pudieran gozar, aunque sean tan pocos los que disfruten de él a conciencia, si nos cuidáramos más de cultivarlo. El arte de sentir

e interpretar las emociones que brinda la vida, al que sabe verla por sus mil diversas facetas.

Lo que más ennegrece la existencia de la generalidad de las personas, o la reviste de exasperante monotonía, es el estrecho horizonte en que la mantienen encerrada, por falta de cultivo de su capacidad de simpatizar. No todos simpatizamos con todo. Pero si se registra bien el fondo de nuestra sensibilidad, será muy difícil que no encontremos algún filón que explotar, para interesarnos por algún aspecto del vasto y movible escenario en que somos a la vez actores y espectadores. Hay quien restringe su simpatía al hombre y a lo que de él depende; hay quien se estremece de placer o pena donde quiera que descubre alguna palpitación de vida; hay quien experimenta como una difusión de su espíritu a través de todo lo que existe, animado o inerte, y se siente florecer en el capullo que desencoge sus sedosos pétalos, y rodar suavemente con la pulida guija que el riachuelo arrastra al mar insondable.

Wordsworth ha expresado así, maravillosamente, sus sensaciones juveniles ante los grandes espectáculos naturales:

> «For nature then
> to me was all in all. I cannot paint
> what then I was. The sounding cataract
> haunted me like a passion: the tall rock,
> the mountain, an the deep and gloomy wood,
> their colours and their forms, were then to me
> an appetite, a feeling and a love.»

La naturaleza, dice el poeta, me penetraba y poseía; era mi todo. No sabría pintar lo que era yo entonces. El rumor de la sonante catarata llenaba mis oídos como apasionada obsesión; la erguida roca, la montaña, el bosque profundo y sombrío, sus colores, sus formas, eran entonces para mí apetito, sentimiento y amor.

Mas no es necesario ser un gran poeta, ni encontrarse ante la plena majestad de las bellezas del paisaje, para hallar en nuestro mundo exterior mil pequeñas fuentes de emoción poética, que pueden convertirse al cabo en un raudal copioso y profundo, que fertilice la vida. Del corazón más árido puede brotar esa agua cristalina, si se le toca desde temprano y en cada momento oportuno.

Una distinguida escritora norteamericana, Miss Agnes Repplier, maestra cumplida en esa interesante disciplina, ha dicho con tino y precisión singulares, que la facultad de disfrutar de lo bueno y lo bello en torno nuestro debe cultivarse como una de las bellas artes. Y su doctrina se enlaza, no sé si a sabiendas o sin saberlo, con la de otra escritora de su mismo origen, famosa en el mundo artístico con el nombre de Vernon Lee, para quien el gusto por las bellas formas y la expresión patética no es posterior, sino anterior a las obras del artista. Esto es decir de otro modo que el arte está en la vida y en la naturaleza, antes de tomar forma, más o menos simbólica, en la estatua, el cuadro o el poema.

Suena esta opinión, en el primer momento, como

una verdad trivial, de sentido común; pero si vamos al fondo, y miramos después en derredor, advertiremos que la tendencia general es a convertir el arte en una región superior, en una especie de cima casi inaccesible, a donde sólo pueden elevarse algunos escogidos. No sé hasta qué punto debemos considerar como responsables a los mismos artistas de este error, que redunda al fin en perjuicio suyo.

Mientras más se abra a la generalidad la fuente de las emociones estéticas, mayor será cada día el número de los que sepan apreciar y gustar la obra de arte. Pero lo importante es recordar que esa fuente no mana de los museos, de las colecciones, de las bibliotecas, que son, por el contrario, los grandes depósitos artificiales a donde van a confluir sus aguas. El manantial está en cada alma humana. Puede fluir y fluye al contacto con el mundo y la vida; si sabemos revestirlos de interés; si no nos endurecemos o dejamos que nos endurezcan el corazón, fomentando las pasiones mezquinas; si evitamos la constante subordinación de nuestras sensaciones, que son los hilos que nos unen al gran todo, al provecho actual de la persona. Hay que aprender a salir de sí, para que se enriquezca de veras nuestro espíritu.

Sobre cuántas vidas brumosas, monótonas, estériles, luciría un sol claro y fecundante, si no se las hubiera dejado consumirse y ahilarse, como planta escuálida de palmera, en la indiferencia y la inacción!

22 de Noviembre, 1903 (después del temporal).

Heredia

«Y la estrella de Cuba eclipsada
para un siglo de horror queda ya».

Ochenta años han transcurrido, desde que la voz profética del poeta excelso gemía así sobre los males presentes y venideros de su patria sin ventura. Y ahora, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, ahora que ha comenzado su ascensión por nuestro cielo el astro de la libertad a que consagró Heredia culto perenne, cumple volver la vista atrás, y reconocer cómo su acendrado amor a Cuba iluminó su mirada, y cómo se cumplió, por nuestro mal, el pavoroso augurio.

Casi un siglo de horror ha causado a Cuba la prolongación del estado político, que encendió en el pecho del generoso adolescente una llama de indignación que sólo había de extinguirse en la tumba.

La sangre, que él vió arrancar con el látigo sajante a la espalda desnuda del africano, corrió después a raudales de las venas de los señores de la tierra. El cadalso y la proscripción proyectaron su sombra horrenda sobre todos los hogares cubanos. La explo-

tación despiadada de la riqueza del país por un fisco insaciable cegó las fuentes del bienestar al mayor número. Un régimen económico, inicuo y torpe, fomentó la corrupción de las costumbres, haciendo aceptos el contrabando, el soborno, el fraude, el cohecho; haciendo sospechosa la justicia, contaminada en el santuario mismo de la propia conciencia. Guerras sangrientas acabaron la obra infanda de disolución moral, agostando la flor de nuestra juventud, dispersando y destruyendo casi por completo la clase que era el nervio de la población cubana. Y la tiranía, para despedirse dignamente del país que había sido su presa, llamó en auxilio de sus soldados al hambre, la desnudez y la peste, para dejarle, como legado de raza, la miseria fisiológica y el cretinismo mental.

Este es el terrible balance de una centuria de nuestra dolorosa historia. Cuando ha llegado para nosotros el día de la emancipación que, desde sus albores, perseguía el poeta en sus sueños de dignidad y gloria, en sus frustrados esfuerzos de conspirador y guerrero, sólo hemos podido contemplar en torno nuestro campos eriales, cadáveres y escombros, y en nuestro ánimo enervado la desconfianza de nuestras fuerzas y el temor paralizante de lo porvenir.

Mayor debe ser, por lo mismo, nuestro filial empeño de reanimar y levantar la patria que hemos recibido casi exangüe en los brazos. El recuerdo amoroso y agradecido de nuestros egregios precur-

sores en la magna empresa de salvar a Cuba, debe ser uno de los más activos estímulos de nuestra voluntad; y entre ellos se eleva, ceñida con el doble nimbo del genio y del infortunio, la sombra melancólica del gran Heredia.

Del estudio asíduo y atento de su producción literaria se desprende que el poeta concebía la libertad de Cuba, como ha debido siempre concebirse, como obra, ante todo, de saneamiento moral. Todo régimen político puede justificarse y defenderse, según las circunstancias de lugar y tiempo, excepto aquellos que empequeñecen y degradan al individuo e inficionan y corrompen el cuerpo social. Se puede y a las veces se debe acatar la ley severa, la ley estricta, que limita actividades que pueden tornarse perniciosas por el desenfreno; no se debe admitir la tolerancia para el vicio, para la relajación de las costumbres, para el despotismo doméstico, para la corrupción profesional, en cambio del yugo férreo puesto a las nobles aspiraciones, de la mordaza para el pensamiento, de la mutilación del espíritu, del emparedamiento de la actividad anhelosa de ejercitarse en el mejoramiento social. Se puede vivir en un campo fortificado; no se debe vivir en una sentina.

Desde la niñez, tuvo Heredia reiteradas ocasiones de conocer la laceria moral del país, tan bello como infortunado, donde le tocó nacer. Su experiencia

de la vida se maduró presto, y su excelso espíritu y noble corazón se encendieron en anhelo inextinguible de sacudir de un letargo que podía ser letal a sus compatriotas, y de aguijarlos, con el ejemplo de los pueblos que en torno suyo luchaban por la independiencia, a derrocar un régimen de gobierno asfixiante para todo intento de regeneración y progreso.

Cantó en lenguaje no oído hasta entonces en Cuba cuanto hay de tierno y bello en los sentimientos humanos, cuanto hay de grandioso en la naturaleza, cuanto hay de sublime en las obras y el espíritu del hombre. Y sus versos armoniosos volaron por todo el país, como enjambre de ideas fulgurantes, que iban a punzar las almas dormidas y a llenar con imperecedero susurro las conciencias.

Mil ecos resonantes despertaron a su mágica evocación; mas entre el concierto de voces cadenciosas que le han hecho coro, todavía se eleva la suya, pura y potente, dominando el rumor tempestuoso de un siglo de combate y martirio, para recordarnos, con acento divino, que el primero de los deberes del cubano, en los días de esclavitud, como en los de libertad, es pugnar y esforzarse sin descanso porque no coexistan en su patria, redimida por el sacrificio,

> las bellezas del físico mundo,
> los horrores del mundo moral.

Diciembre, 1903.

El hombre del perro

En los casos de parasitismo resulta que el que parece inferior en realidad es el superior. El parásito, hombre, animal o planta, vive a expensas de lo que otro elabora. Toma para sí, a su sabor, una parte del producto del trabajo ajeno. Gasta la savia o la fuerza muscular de otro sér. El es el señor; el otro el esclavo.

En los casos de domesticidad parecen trocados los papeles. La hormiga es el amo; el pulgón, el siervo. El hombre hace trabajar para sí al buey, al asno, al caballo; sobre todo al hombre. Pero se dan casos en que el doméstico somete, sin aparentarlo, al domesticador, lo guía y lo esclaviza. Toma el desquite, en representación de la clase.

Estas profundas reflexiones y otras más ocupaban mi mente el otro día, mientras contemplaba de soslayo un hermoso terranova, que llevaba tras sí a un hombre todo jadeante. ¡Soberbio animal, en verdad! Ostentaba su sedoso manto de lustrosas guedejas negras, con la misma majestad con que una dama elegante deja caer de los torneados hombros su salida de teatro, que la cubre toda como túnica talar. Agitaba la cabeza con desembarazo y satisfacción; y sus menores movimientos revelaban su pujanza. Iba de prisa, sin dignarse volver los ojos al pobre hombre, a quien apenas bastaban las dos manos para asirse a la cuerda con que lo arrastraba su imperioso dueño.

Cuando éste se detenía para reirse sardónicamente de algún gosquecillo que pasaba con el rabo entre las piernas, el buen hombre hacía alto, se atrevía a desembarazar una de las manos, y se esponjaba la sudorosa frente. Cuando el perro sentía ganas de desperezarse, y daba algunos saltos de felino, el cirineo se agarrada desesperadamente a la cuerda, y danzaba a compás. Cuando el noble paseante se recostaba familiarmente contra un árbol, o lo trataba más familiarmente aún, restregándose contra él, su sumiso compañero le hacía guardia con respeto. Nunca lacayo presenció con más tiesa compostura los pasatiempos de su señor.

Confieso que por mirar el despreocupado can y admirar su vigorosa prestancia, apenas me había fijado en su hombre. Aprovechando un momento

de solaz que se permitía el perro entre las hierbas, puse de pasada la vista en su seguidor. Iba bien puesto; tenía la traza de persona correcta y decente; y si hubieran cortado en aquel momento la cuerda que lo ataba al hermoso animal, hubiera recuperado su verdadera calidad, y hubiera sido uno de tantos caballeros como tomaban el fresco matinal en aquel paseo.

Lo mejor de aquella escena tan entretenida era que el hombre no parecía disgustado en lo más mínimo por su ruda faena. Creía exhibir su perro, sin darse cuenta de que su perro era el que lo exhibía a él. Creía recrearse, sin advertir que el recreo era para el can, y para él la fatiga.

Después de todo, y bien mirado el caso, de esta hechura son casi todos los regocijos humanos; y la satisfacción de este sudoroso servidor de su perro tenía tantos quilates y era de tan buena ley como cualquier otra. Lo importante y lo substancial y substancioso es sentirse uno satisfecho. El hombre del perro se sentía feliz; sin dársele un ardite de lo que pudiera pensar el primer presumido de observador que se topase al paso.

Si hubiera leído en mi pensamiento, habría muy bien podido decirme: «Bueno, señor mío, usted parece que encuentra un si es no es ridículo que un mozo de mi porte y puños ande afanado al cabo de esta cuerda, conducido a donde le venga en ganas a un perro; corriendo si él corre, saltando si él salta, y hecho un poste si él determina estarse quedo. Pero

¿qué se le alcanza a usted del gusto que me da ver mi perro tan rollizo, lustroso y contento? ¿qué entiende usted del cosquilleo que me corre nuca abajo, cuando oigo exclamar a un transeunte: ¡famosa bestia! Yo llevo un perro, como otros llevan un crisantemo en el ojal o un penacho en el sombrero.»

»Supongamos, señor censor de gustos ajenos, supongamos que mi compañero fuera un hombre, un amigo. Porque no viera usted la cuerda ¿creería usted que andaba yo más libre? Cuando dos van juntos, uno arrastra al otro. Uno guía y otro es guiado. Uno manda y otro obedece. Sí, yo voy tras mi perro y donde quiera mi perro; pero al menos tengo la convicción de que éste no me está escudriñando con la vista, para ver si el cuello de mi americana se ha deslustrado; no lleva la cuenta de mis palabras, para anotar si cometo un solecismo; ni pasa por el crisol mis pensamientos, a ver si los encuentra en falta y tiene luego ocasión de ponerme en ridículo o de hacerme desmerecer en el concepto público. Y, sobre todo, estoy seguro de que si me caigo al agua, se lanza sin titubear detrás de mí para salvarme.»

Confieso que la idea de que el hombre del perro pudiera hablarme en esos o parecidos términos, me desconcertó por breve rato; le hizo que apretase el paso para perderlo de vista. Pero a poco se fueron haciendo borrosas esas ideas, y sólo quedó ante mí la imagen cómica del hermoso bruto y su apéndice humano.

No formé ningún silogismo; sin embargo, concluí de un modo categórico, que es natural ser el perro de un hombre, mas no así ser el hombre de un perro. Y con eso volvió al fiel mi espíritu.

Enero, 1904.

A Artemis Agrotera

C/o Mr. Augustus Saint Gaudens
Torre de Madison Square Garden.—New York

Diosa:

Desde tu inaccesible altura, condesciende, por una vez siquiera, a prestar oído a las palabras importunas de un mortal.

Mis plegarias silenciosas se han elevado muchas veces hacia ti, deidad serena y resplandeciente, cuando, en los tediosos años del destierro, mis ojos suplicantes te saludaban, cual símbolo de inmortal belleza y de suprema esperanza.

Cuántas veces, cuando la nieve cubría las calles con su manto de blanca felpa y colgaba su vellón de los árboles ateridos, y el bullicio de la metrópoli inmensa parecía ensordecerse en la atmósfera helada, te he visto radiosa, en tu virginal desnudez,

prosiguiendo tu carrera inmóvil, por la región tranquila, a donde no llegaban ni los silbidos del bóreas tempestuoso, ni el sordo tumulto de las pasiones de los hombres.

Y cuántas, al sacudirse la tierra del sopor invernal, al escarcharse de hojillas apenas verdes las ramas, al aletear de los pájaros piadores, y al precipitarse con nuevos bríos por parques y avenidas el río humano, crecido con la savia de la nueva primavera, te he contemplado, cerniéndote en reposado vuelo sobre la ciudad atronadora, persiguiendo con invisible jauría tu invisible caza.

¡Oh Artemis Agrotera!, eterna cazadora, cuán remontada te me aparecías, sobre aquel torbellino de movimiento y vida afanosa, señalando, en el éter excelso, con la aguda punta de tu flecha perennemente extendida, el misterioso blanco del ideal.

En los días en que la ciudad imperial era una inmensa agora, y los ciudadanos corrían frenéticos a la caza del voto, que los empuja al palacio consistorial o al capitolio de Albany, me preguntaba yo, diosa justiciera, cómo habías podido dejar las ondulosas colinas délficas por los enormes bloques rectangulares de la isla de Manhattan, y trocar las riberas floridas de juncos del Meleto por las escarpadas márgenes del Hudson.

Recordaba las palabras del aeda, que te llama amiga del arco, de la caza, de los coros, de las florestas y de «las ciudades habitadas por hombres justos». Y me decía que el ruido estridente y discor-

dante de las bocinas que anunciaban el triunfo de la demagogia beoda e insolente, no debía ser el tañido y la algarada que tanto te regocijaban por los boscajes del Taygeto.

Pero recordaba luego, diosa infatigable, que también dice el poeta que tus flechas persiguen las alimañas feroces, y purga de ellas la fecunda tierra. Y me parecía que tu arco fulgurante, desde la cima alterosa que apenas tocas con ligero pie, disparaba lluvia de saetas contra el tigre de Tammany, más fiero y dañino que el jabalí de Erymanto.

Entonces te transfigurabas a mis ojos; y veía en ti la Artemis Soteira, que cierra su carcaj, porque ya no infestan el mundo monstruosos vestiglos, y en él viven los hombres, aleccionados por el dolor, en paz y concordia.

Años han pasado ya, deidad de mi destierro, desde que no te admiran mis ojos, embebecidos en tu belleza remota; pero con la vista interna, bendición de la soledad, según dice un poeta, cuya lengua debes haber aprendido, con la vista interna te contemplo a mis solas y cada vez más te reverencio.

Te reverencio y te llamo, cazadora incansable; porque en torno mío hierven las mismas pasiones, que me hacían temblar por la libertad y la dignidad humanas en aquella tierra de mi refugio. Oigo las mismas voces de apetito insaciable; y veo pasar al demagogo cínico, arrastrado por el mismo vendabal de palabras mentirosas.

Mas no, no quiero que vengas con tus arreos de

cazadora; todavía tienen allí larga tarea tus dardos. Ven, hermana y compañera de Apolo Musageta; ven tal como te he visto en los ex-votos délficos, con sendas antorchas en las manos, esparciendo rayos de luz, para expulsar los endriagos de las mentes tenebrosas. Ven, no a castigar, sino a alumbrar, Artemis Selasforos.

Este mío es un pueblo sencillo, a quien embaucan logreros que se dicen sus amigos. Tráenos luz, diosa que portas antorchas; infúndenos el amor al trabajo perseverante, diosa del huso de oro; enséñanos que la libertad es un medio útil, necesario, indispensable, pero sólo un medio para que reine y a todos proteja la ley equitativa, diosa que te complaces en morar en las ciudades habitadas por hombres justos.

Febrero, 1904.

El caso Nietzsche

«He aquí la nueva ley, ¡oh hermanos míos!, que yo promulgo para vosotros: *Haceos duros.*» Así hablaba Zaratrustra; y el doctor Michaut no ha dejado que se lo repita dos veces. Recordó la antigua amenaza, «con la vara que mides serás medido»; y ya que no pudo vapulear en vida al Zaratrustra de ultra Rhin, no le ha dejado hueso sin moler después de muerto.

El doctor Michaut es médico, como el doctor Max Nordau, y alienista, como el doctor Max Nordau; y si no su discípulo, es su émulo decidido. El alienista alemán, según se recordará, metió en su clínica a casi todos los poetas franceses coetáneos, y escribió un libro que produce visiones de aquelarre. El alienista francés no ha querido quedarse atrás; y, para empezar ha tendido sobre la mesa anatómica

el cuerpo del gran poeta alemán Nietzsche; y ha demostrado con la punta del escalpelo, no sólo que murió loco, pues eso ya lo sabíamos, sino que todas sus obras son lucubraciones de un cerebro, cuyas neuronas estaban bailando la perpetua zarabanda de una noche de Walpurgis.

Los admiradores de Nietzsche, cada día más numerosos, deben estar indignados y, lo que es peor, asustados. Su estupendo filósofo, su poeta sublime, desde que empezó a escribir, estaba ya acometido de la implacable neurosis que anegó por fin su inteligencia en la sombra completa de la parálisis general progresiva. Hay más, su mismo prurito de escribir, *scribendi cacoethes*, es un síntoma delator de los estragos ya manifiestos de la insidiosa dolencia. A cualquier asilo de enajenados podrían ir sus amigos y sectarios, a escuchar los agudos pensamientos, las fulgurantes paradojas, las osadas imágenes, las atrevidas teorías, que les parecían producto del genio.

No hay por donde pasar. Cuando Nietzsche escribió, con el título de *Aurora*, sus reflexiones sobre los prejuicios morales, ya había comenzado a sentir los zarpazos del terrible mal. Tranquilícense los moralistas titulares. La famosa transmutación de todos los valores no significa sino que ya su autor tenía trocadas todas las conexiones entre cilindros, ejes y prolongaciones protoplásmicas, y en consecuencia todo lo veía cabeza abajo.

Conste que para hacer esta afirmación categórica

descanso en el diagnóstico retrospectivo del doctor Michaut. No pongo nada de más, sino lo pintoresco y exacto del lenguaje. Ahora bien, como el poeta filósofo dictó esa ruidosa obra en la primavera de 1880, y el ataque de apoplegía, con que comenzó su enfermedad para los profanos, ocurrió en Diciembre de 1888, resulta que el período de su mayor actividad literaria cae de lleno en el de los progresos de su demencia; y el estudio de sus producciones más considerables debe pasar desde ahora, de las páginas de la historia de la civilización en el siglo XIX, a los documentos que acompañen los casos clínicos notables en los tratados de neuropatía.

Las pruebas que nos da el doctor Michaut están vaciadas en el molde de las de su ilustre predecesor Max Nordau, y son por igual decisivas y convincentes. Nietzsche padecía de jaqueca; y en vano apelaba para calmarla a la antipirina, fenacetina, neuralgina y demás inas con que la química alemana ha enriquecido la farmacopea. Casi la cuarta parte del año se pasaba Zaratrustra con espantosos dolores lancinantes en uno de los ojos. Naturalmente, durante las otras tres cuartas partes, el recuerdo y el temor de ese tormento habían de perturbarle el trabajo cerebral.

Otro síntoma aun más grave, y de orden más subjetivo: desde que compuso el libro mencionado, Nietzsche cesa de citar a otros autores. Confieso que el síntoma me parece espeluznante. ¿Cómo no ver allí manifiesto el primer indicio del delirio de

grandeza, que había de culminar luego en Zaratrustra? El escritor debe ser modesto, respetuoso con sus ilustres predecesores, sumiso a sus doctrinas, admirador de sus luces sobrenaturales. No debe poner la pluma en el papel sino para emplear estas fórmulas consagradas: «Según dice el eximio X.»; «en opinión del eminente J.»; «a juicio del insuperable Z.»; «como nos enseña el indiscutible &.» Un escritor que presume tener ideas propias, o que lo da a entender, es un orate. Esto es el abecé de la patología mental.

Además, Nietzsche abandona el estilo periódico, y se ciñe a expresarse por sentencias cortas, prodiga los aforismos. Veo bien clara la interpretación histopsicológica de ese terrible fenómeno, y me atrevo a someterla al doctor Michaut. El eretismo de las expansiones terminales de las neuronas del paciente no era normal; a lo mejor se quedaban contraídas; no podía verificarse la asociación de las ideas, se rompía la ilación del discurso. Por eso Nietzsche no era capaz de pensar sino a borbotones. Aprendamos a desconfiar de los hombres sentenciosos; pongamos en cuarentena a todo autor de aforismos. Si pudiéramos examinar al microscopio las arborizaciones de sus cilindros ejes, las veríamos encogidas y casi paralizadas. Esos infelices están en camino del manicomio.

Para colmo de males y de pruebas, el doctor Michaut hace notar que Nietzsche usa y abusa de los neologismos. Temblemos. No es la casa del vecino

la que arde, sino la propia. Cada vez que se nos resbale la lengua, y empleemos un vocablo de menos de cien años, llamemos por teléfono al doctor, aunque no sea el doctor Michaut. Es un caso de amnesia. Los neologismos de Nietzsche demuestran el trabajo de desorganización a que estaba sometida su tercera circunvolución frontal izquierda.

No prosigo, por temor de llevar la intranquilidad al ánimo del lector. Conocer los síntomas de las enfermedades constituye más bien un peligro que un aviso. Además, con lo dicho basta para comprender la razón con que el alienista francés ha podido resumir su luminoso estudio sobre la locura del poeta alemán, afirmando que en vez de la cansada fórmula: *Así hablaba Zaratrustra*, leamos: *Así hablaba un paralítico general*. La ciencia es algo ruda; no conoce las atenuaciones.

Marzo, 1904.

Los ciegos gobernadores

No es este el título de un apólogo esópico, ni menos leyenda de alguna caricatura de actualidad. Los gobernadores del día, por regla general, se gastan rayos X, en vez de rayos visuales.

Sobre todo en día de elecciones.

Los ciegos gobernadores o los gobernadores ciegos constituyen un rasgo muy curioso de la curiosa historia del Japón. Cuentan las crónicas del Reino Florido que, a fines del siglo décimo, las costumbres del pueblo se habían dulcificado mucho, gracias sin duda a la difusión del budismo, y que se apoderó de los corazones gran lástima hacia los maltratados por la naturaleza, especialmente los ciegos.

Fueron éstos recogidos por todas las islas, y conducidos a un monasterio, desde donde se descubría un paisaje maravilloso. El lago Biwa bañaba la co-

lina en que el edificio tenía asiento, y enviaba las ondas de suave luz reflejada en su bruñida superficie hacia todas aquellas retinas insensibles. Allí fueron doctrinados los ciegos; y después se los nombró gobernadores de diversas provincias.

Esto pasaba en la misteriosa Cipango, mucho antes de Marco Polo. Lástima que los anales japoneses no nos digan al pormenor las grandes cosas que debieron verse en aquellas comarcas, cuyos jefes no veían.

Desde luego debieron ser eminentes justicieros. Hasta los niños saben que la justicia ha de ser ciega. Parece que éste es el único medio de que pueda mantenerse en el fiel la balanza. Esos jueces, que no podían quitarse la venda, escapaban así a muchas tentaciones. Las Frinés japonesas, las pequeñas *gueishas*, vestidas de púrpura, ensayarían en vano los sortilegios de sus menudos gestos y la sonrisa de sus labios iluminados al carmín, ante aquellos ojos inmóviles, insensibles a la belleza de las formas y los colores. Las dádivas de los cohechadores de oficio perdían, para ellos, un grande atractivo, el reflejo fascinador del metal brillante.

Libres estaban de contemplar la gesticulación teatral del abogado, pagado para defender, como pudiera haberlo sido para acusar. De todos los medios de seducción del hombre, la voz, cuando no se alía al ademán estudiado, a la actitud afectada, a la palidez fingida, a las lágrimas traicioneras, es el menos hipócrita. Casi todo el arte mentiroso de las

piezas de convicción adulteradas perdía su eficacia con aquellos oidores, que no podían ser veedores. Como tenían menos asideros, menos fácilmente habrían de caer en las redes de los cazadores titulares de jueces incautos o mansos.

Reducidos a la contemplación de su mundo interno, su concepto general del hombre había de ser menos mezquino que el de aquellos a quienes no pueden ocultarse todas las deformidades humanas. Rodeados de la pompa del poder, estaban exentos de fijarse en su pueril aparato. Eran actores, que no tenían que ver por detrás las bambalinas. Escapaban al espectáculo triste o miserable de las genuflexiones a su paso; surían el ósculo en la mano, mas no podían descubrir la mirada envidiosa que se filtraba a través de los párpados entornados; y si sorprendían algún cuchicheo de mofa o menosprecio, no sabían que los zumbones estaban prosternados en actitud de adoración en torno suyo.

No podían substraerse al olor de la sangre, que los compasivos japoneses derramaban tan copiosamente como los refinados helenos o los duros germanos; pero al menos no miraban las cabezas cortadas, que las damiselas, sus compatriotas, conservaban como valiosas preseas. Así, de la ferocidad del *homo rex* no tenían noticias sino por un sentido, y éste bien poco intelectual.

Cuando les vestían la armadura de bronce y laca y colocaban sobre su máscara natural la careta horripilante, al salir, rodeados de samurais curtidos

por las hazañas de la guerra civil inacabable, para poner en paz a los daimiós demasiado levantiscos, si detrás de sus pasos dejaban marcada su presencia escombros humeantes y cadáveres mutilados, nada habían visto los gobernadores mutilados, nada habían visto los gobernadores ciegos. Y podían muy bien comparar su acción destructora a la de los elementos naturales, que purifican la atmósfera, descuajando bosques, fulminando peñones y arrastrando en la hinchada corriente hombres y alimañas. No tenían, como otros, necesidad de cerrar los ojos, para no medir el costo de sus sangrientos beneficios.

Sí, es lástima que no hayan quedado memorias exactas de la administración y gobierno de esos altos funcionarios sin vista. Así podríamos compararlos con los actos de los gobernadores que ven por sus ojos, o que, al menos, así lo creen. Porque, después de todo, no es seguro que vean cuantos llevan ojos en la cara, y hay muchos lazarillos que van tan a obscuras como los ciegos a que pretenden servir de guías.

Existe no sé si un cuadro o un grabado, pues sólo he visto la reproducción, del gran artista japonés Hokusai, que representa once ciegos, vadeando un río. Adelantan con precaución, en fila india, asidos unos a otros, torciendo el cuerpo, tanteando con el palo, sumergiendo apenas el pie; pero adelantan sin caerse, y el que va delante parece ya tocar la tierra enjuta de la orilla. Se me ocurre que así irían gobernados y gobernantes, cuando éstos eran cie-

gos; puesto que así van todavía, en el Japón y más allá del Japón, pasando el vado de la vida, los que gobiernan, figurándose que ven, y los gobernados perpetuamente en tinieblas.

Marzo, 1904.

Rusos y japoneses

El ruido que hacían esos diablillos era como el de cuatro escuadrones de caballería a escape por un camino pedregoso. ¡Qué galopes, qué escarceos, qué vociferaciones y aullos, y, sobre todo, qué confundir de garrotes y qué granizada de peladillas!

Pues no sumaban más de seis por cada banda; pero suplían el número exíguo con el coraje, pintado en los rostros puerilmente feroces, y con la grita, que atronaba la calle. Los garrotes, vistos de cerca, no eran sino palos de escoba; pero los esgrimían con tanta furia aquellos astrosos soldadillos, que sonaban como estacas en manos de jayanes. Los guijarros sí eran tales, hechos y derechos, y amagaban descalabraduras a diestro y siniestro.

Cuando desemboqué en la calle, ocupada toda por

los encarnizados contendientes, di de manos a boca con un policía recostado en el guardacantón de la esquina, el cual miraba con cara de risa y ojos chispeantes la divertida y tumultuosa escena.—¿Qué pasa?, le pregunté, entre sorprendido y alarmado.—Nada, me contestó, con cierto dejo de desdén; unos muchachos que juegan a rusos y japoneses.

Como en esto rebotó una piedra bastante cerca de nosotros, el policía se incorporó, dió media vuelta, y se alejó contoneándose y haciendo oscilar su maciza porra, no sin echarme, por despedida, una mirada de reojo, que, traducida a lenguaje fonético, decía sin ambajes: «¡Vaya un mentecato!»

Pudo en mí más la curiosidad que el susto, y me adelanté algunos pasos, para ver mejor a los arriscados guerreros. Acerté a estar del lado de los rusos, a quienes mandaba un rapaz mestizo, muy atezado, que voceaba por seis, e imprecaba en términos estrictamente soldadescos, lo mismo a enemigos que a amigos. El jefe de los japoneses era un chiquillo blanco y pelirrojo, hecho una pólvora, y tan roto como arrogante y deslenguado. A empellones dirigía éste el combate, pues los suyos parecían a punto de cejar.

Fuése por decidir más pronto la contienda o porque escaseaba ya el parque, en ese momento arremetieron ambos generales uno contra otro, a puño limpio; y esto fué señal para que, estrechadas y confundidas las filas, se enredaran rusos y japoneses, a pescozones, patadas y mordiscos. Buscaba yo con

los ojos quien me auxiliase en la difícil empresa de separar a los frenéticos contendientes, cuando acertaron a presentarse calle arriba dos coches de alquiler, que venían regateando, y a redoblados golpes de timbre pedían que se les despejara la pista. Casi tenían encima las dos catapultas, cuando los muchachos se dieron cuenta del peligro, y se dispersaron como bandada de gorriones al paso de un tren.

Acertó a pasar junto a mí uno de los pocos fugitivos que no corrían, limpiándose la cara polvorienta con la mano algo más sucia, y renqueando un poco de la pierna derecha. Volvía con frecuencia la cabeza atrás, y todavía de los ojillos le saltaban chispas.—Ya no te quedarán más ganas de pelear, le dije en tono chancero. Frunció el ceño al oirme, y con vocecita destemplada, me contestó:—Al primero que me encuentre, lo reviento...—¡Pero, ¿qué te han hecho, hombre?—Son rusos, me contestó, dándome un quiebro de hombro, como para poner fin al impertinente coloquio.

Son rusos, claro. No saben más los japoneses auténticos, ni necesitan saber más. Son rusos, es decir, están en frente, en vez de estar al lado; y damos sobre ellos, como ellos sobre nosotros, porque los rifles se disparan hacia adelante, y no hacia atrás.

Son rusos, claro. El blanco de mis piedras, el saco de arena para mis puños; la cara que estropear, el cuerpo que moler; uno que me estorba, porque

está allí; que me provoca, porque se me pone delante; uno a quien odio sin conocerlo, porque anda con otros y no conmigo; y a quien derrengaré, si me deja, antes que me derriengue.

Todo esto y algo más me decía el enfurruñado pilluelo, con su lacónica respuesta. Y, pensándolo bien, ¿no es ello natural? Esos son los entendimientos que se siembran y cultivan; y la herencia ayuda aquí a la selección. Los pequeños combatientes de hoy serán los electores de mañana. No se llamarán entonces rusos o japoneses, sino liberales o conservadores, azules o rojos, lopistas o martinistas. Pero se combatirán con igual saña sin conocerse, a puñadas o puñaladas, a tiros, a calumnias, como haya lugar, como se haga más daño; en el cuerpo, bueno; en la honra, mejor; en la honra y el cuerpo, mucho mejor. No piensas como yo, no me ayudas, eres ruso; y, si me dejan, te extermino.

Y ya lo creo que lo dejan. No hacemos otra cosa que dejarlo. La prensa lo aplaude, el orador lo exalta, el jefe de partido lo premia. Y la gente experta, los listos, los que tienen mundo, dicen al que se lastima, desde lo alto de su incontestable superioridad:—Pero, bendito sea Dios, ¿de qué se sorprende usted? Si eso es la política; si la política no tiene entrañas; al que no se quiere quitar del puesto por las buenas hay que echarlo a rodar por las malas. Esa es la política, hombre. ¡Ni que cayera usted de la luna!

Bueno; pues esa es la política: rusos y japoneses.

Hacen bien en practicarlo desde temprano nuestros futuros electores. Así no los cogerá desprevenidos la pedrea.

Abril, 1904.

A Plutarco

Fabricante de Grandes Hombres

Clarísimo varón:

Aunque tu fama anda ya por el mundo algo desmedrada y paliducha, se debe más a la malicia y descreimiento de los hombres actuales, que a su buen juicio. Por mi parte, sigo pensando que los productos de tu antigua fábrica son excelentes; y los prefiero con mucho a los de los innumerables émulos tuyos, que, en mis días, tienen taller abierto, para proveer el mercado de hombres ilustres por medida.

Por pensarlo así, me he decidido a escribirte, a ver si me socorres, y conmigo a mis conciudadanos, en la apretada necesidad en que nos encontramos. No te impacientes, figurándote que se trata de que nos remitas algunas parejas de hombres egregios. No, no necesitamos que sacudas el polvo de tus anaqueles. Por el contrario, aquí los tenemos a po-

rrillo, hasta por exportar; y si te hicieren falta algunas docenas, podemos cedértelos, con descuento sobre el precio de catálogo.

Te diré en puridad, para tu gobierno, que este artículo se ha desacreditado un poco, por el exceso de producción, que tiene abarrotadas las plazas y trinando a los fabricantes. Con los procedimientos modernos, no cuesta más inflar un personaje, que una pompa de jabón. Todo lo que se necesita son unas cuartillas de papel, un vocabulario abundante de epítetos empenachados, dos docenas de papanatas y un empresario hábil, a quien tenga cuenta la operación.

Precisamente lo difícil hoy es dar un paso, sin tropezar con un grande hombre. Nosotros, míseros consumidores, estamos reventando de empacho de ellos. Y aquí tienes que se me ha venido a la mano el objeto principal de mi epístola.

Vivo, insigne beocio, yo que me permito importunarte, vivo en una isla de que no tuviste noticia, mucho más acá de la última Thule. Esta isla tiene fama de fértil; y aunque no muy poblada, compensan sus habitantes la falta de cantidad con la sobra de calidad. Somos pocos, pero todos ilustres. Nuestra historia no es historia, sino epopeya. Nuestros hechos no son hechos, sino hazañas. Excepto la talla, todo en nosotros es grande, todo admirable, todo mayor de la ordinaria marca.

A tu perspicacia y experiencia no puede ocultarse que del exceso de tanto bien nace nuestro mal.

Tantos superhombres juntos se sienten estrechos, se estorban unos a otros, y en cierto modo se anulan unos a otros. Tantas cimas iguales hacen el efecto de una línea continua. Nuestra común grandeza resulta monótona. Si, de algún modo, no se introduce entre nosotros algo que forme contraste, vamos a morir de hipertrofia de todas las células que componen nuestro tejido social.

Como eres tan perito en hombres, que los sabías bertillonear muchos siglos antes de Bertillon, se me ha ocurrido acudir a tu ciencia; a ver si nos mandas unas cuantas remesas de individuos perfectamente mediocres. Por lo mismo que tu especialidad son los grandes hombres, has de saber distinguir a maravilla la gente común, la de poco más o menos, que es la que nos hace falta.

Queremos, buen Plutarco, hombres laboriosos, que no pregonen a todos los vientos su laboriosidad como virtud excelsa; gente que labre su huerta, y no crea que se le deben recompensas públicas por labrarla; que ame su patria, y no entienda que un sentimiento tan natural merece estátuas; que la defienda llegado el caso, y no espere que se le consagre héroe por haber cumplido un deber rudimentario; que sirva con celo a la república, y se vea recompensado por la prosperidad general de que forma parte la suya, sin esperar que le paguen en privilegios lo que es deuda de todo ciudadano. No

más que eso queremos; pero lo queremos con gran apremio, porque la carencia es mucha.

Si nos puedes servir, siquiera con algunas muestras, nos dejarás eternamente obligados.

Te deseo grata compañía, buena conversación y sutiles disquisiciones.

Habana, 19 de Junio, 1904.

Posdata. Si te decides a complacerme, mira si encuentras por ahí de repuesto un Filopœmen de marca menor. Dices del tuyo, en alguna parte, que sabía no sólo mandar según las leyes, sino a las mismas leyes, cuando la necesidad pública lo requería. No pretendo que el nuestro sepa tanto; sino que acierte a servirse de las leyes, para evitar que otros se crean superiores a ellas, y por tanto exentos del deber de cumplirlas.

Después de todo, dicen por ahí, y ya se decía en tu tiempo, que la ley sólo se ha hecho para los pequeños. Razón de más, para procurar nosotros que venga esa remesa de hombres no grandes, no ilustres, no excelsos; sino modestos, pobres de espíritu, súbditos de la ley. Porque éstos, y sólo éstos, son los que hacen innecesarios a los Filopœmen completos o recortados.

No te importuno más, no sea que algún malicioso pretenda sacar a mi posdata más jugo que a mi carta.

Jaire.

Una transfiguración de Rosina y Querubín

Obra maestra de penetración psicológica, en el teatro, es el estado de alma en que coloca Beaumarchais a Rosine, entre el desvío negligente de su marido, vividor «blasé», y la tenue, indefinida seducción de Chérubin, boquirrubio enamorado de la vida.

Rosine ama al Conde; sus calaveradas la mortifican en su corazón y en su legítima presunción femenil. Su languidez y su principio de despego a la monotonía de su existencia regalada y cada vez más solitaria nacen sobre todo de la conducta de su marido; después quizás, y sólo quizás, de la edad peligrosa a que se aproxima. Si alguien fuera a decirle que la adoración muda del efebo, sólo con ella tímido, añade algunos granos a su melancolía, mezcla un matiz vago de «saudade», de «so-

ledad», a su tristeza de esposa desatendida, su sorpresa sería tan grande como su inquietud y su disgusto.

El alma de Rosine es compleja, como todas las almas; pero nada sabe ella de esa complejidad. Quien lo sabe es Beaumarchais, que toca diestramente todos sus registros, y nos hace asistir fugaz de un alma de gran señora del siglo dieciocho, que repite tantas otras, fugaces o duraderas, de almas de mujeres de todos los tiempos.

Chérubin, adolescente arrebatado por el anhelo y el vértigo del sentir, en quien bulle la savia fresca de la primera mocedad, es el principal resorte de esa crisis; y como Rosine pertenece a todas las épocas. Chérubin fué Hipólito cuando Rosine era Fedra. Chérubin se ha transfigurado en el poeta y esteta Eugene Marchbanks, ahora que Rosine se encarna en Cándida, esposa del grande orador socialista, Reverendo James Mayor Morell.

Esto es, al menos, lo que he descubierto en una pieza muy reciente del celebrado autor dramático irlandés Bernard Shaw; y confieso que mi descubrimiento me ha encantado. Es un regalo mental poder cotejar así unos mismos personajes de la comedia humana en las diversas encarnaciones que recorren.

Ante todo debo declarar que los críticos han visto otra cosa y aun otras cosas en la comedia de Shaw; y que no pretendo achacar al escritor coetáneo ningún propósito expreso, y menos exclusivo, de re-

surrección de los deliciosos tipos de Beaumarchais. Hay algo que me dice que han actuado en el doble fondo de su espíritu, donde ejerce su actividad la rememoración inconsciente. El aire de familia de ciertas situaciones y aun de ciertas expresiones resulta para mí visible. Pero eso es consecuencia del dato fundamental idéntico, no obra de meditación deliberada.

Cuando Chérubin, disfrazado de muchacha campesina, recibe en la frente un beso de la Condesa, que no lo ha reconocido, tiene ocasión poco después de exclamar: «M'ennuyer! j'emporte à mon front du bonheur pour plus de cent années de prison» (1). Marchbanks, reclinado en el regazo de Cándida, que lo trata maternalmente, cuando ella, al ver su expresión de beatitud, le pregunta si desea algo más, le responde: «No: I have come into heaven, where want is unknown» (2). Chérubin, como temeroso de que se borre la impresión divina del ósculo fortuito, «met son chapeau et s'enfuit» (3). Marchbanks, también con su beso en la frente, «flies out into the night (4).

En realidad en la obra de Beaumarchais y en la de Shaw hay tres personajes colocados en situa-

---

(1) ¡Aburridme! Llevo en la frente ventura para más de cien años de prisión.

(2) No: he penetrado en el cielo, donde no se conoce el deseo.

(3) Se cala el sombrero y escapa huyendo.

(4) Huye, precipitándose en las tinieblas.

ción semejante, y hay un estudio de psicología femenina que descansa en esa situación; pero lo uno y lo otro sirven a fines dramáticos distintos. La Rosine del siglo xx ha nacido en la clase media, más cerca del pueblo que de la aristocracia, y no se hastía por falta de ocupación útil en las largas horas inactivas que proporciona el lujo de una servidumbre numerosa. La sorda sensación de vacío que a veces la sofoca levemente proviene de su edad, treinta y tres años, y del egoísmo inconsciente, tan tranquilo, como dominante, del Reverendo Morell. Este ama a su esposa, que sabe entretener en torno suyo la atmósfera que conviene a su espíritu poseído de su superioridad; y, si la desatiende un tanto en la vida real y un mucho en la vida mental, es arrastrado por su incesante actividad de propagandista aplaudido y solicitado. Chérubin es ahora un poeta de las nuevas escuelas, postrado a veces por la neurastenia, elevado a ratos por las alas nacientes de su genio; y que con tanta facilidad cree su amor correspondido como desconocido.

El drama moral, mejor dicho, el principio de drama moral que tiene por escenario el espíritu de Rosine y de Cándida, sí es el mismo en la comedia francesa y en la inglesa; aunque una y otra venzan en el conflicto pasional por medios muy distintos. Rosine, porque el arrepentimiento del Conde, aunque transitorio, basta para sujetarla en las redes de sus hábitos de vida; Cándida por la conciencia de su fuerza serena, de su papel de providencia do-

méstica del hombre que se juzga tan fuerte y ella ve tan débil.

Mr. Bernard Shaw ha sido clasificado entre los discípulos de Ibsen; y hay, sin embargo, quienes han visto en esta obra suya el propósito de contrariar las tendencias del maestro, poniendo en contraste a Cándida y Nora. Entiéndase desde luego la Nora de la redacción primitiva del drama ibseniano, la Nora que se va, no la que se queda. Este es otro aspecto de la comedia de Shaw, que ahora no me interesa.

Mi objeto ha sido indicar que, sin designio deliberado de imitación, el «canevas» pasional sobre que está bordada «Cándida», pues así se llama también la pieza, viene a ser en el fondo el mismo que sirvió a Beaumarchais para una de sus famosas gemelas: «Le mariage de Figaro».

Septiembre, 1904.

Nueva York

Observaciones de dos viajeros

Por circunstancias que no son del caso referir, llegaron a mis manos, en un hotel de Nueva York, las notas en que habían registrado sus impresiones de la gran cosmópolis dos viajeros, al parecer observadores.

Me entretuve en leerlas y cotejarlas; y se me ocurrió escoger aquellas en que habían discurrido sobre los mismos temas, y ponerlas unas al lado de otras, para esparcimiento y provecho del lector aficionado a ver por ojos ajenos.

Téngase presente que ni comento, ni moralizo. Confronto y copio. Para distinguir a nuestros viajeros, llamaré al uno A y al otro B.

A

Estoy en pleno reinado de Churriguera. Por huir de la antigua uniformidad de sus edificios, los neoyorkinos, o sus arquitectos, se han dedicado a copiar todos los estilos, a mezclarlos, a sobreponerlos; y una casa que empieza en el arte helénico, pasa por el egipcio y acaba en el piel roja. Esta es la negación del arte.

B

Esta ciudad realiza el sueño del sincretismo artístico. ¡Qué unidad y qué variedad! El tipo utilitario antiguo se ha ido modificando, y se ha llegado a las ideas más atrevidas con una seguridad de concepto y de ejecución que pasman. Las pirámides son juegos de niños, al lado de estos edificios colosales, cuyas proporciones permiten la más rica variedad de estilo, sin confusión ni disparidad. Estoy de lleno en el arte moderno, en el arte nuevo.

A

¿Osa esta gente flemática, sin sangre en las venas, preconizar la excelencia de su clima? *The*

glorious clime of New York. ¡Qué sarcasmo! Todavía no reza el calendario la llegada del otoño, y está la ciudad envuelta en una niebla pegajosa, que da escalofríos aun vista detrás de cristales. Este hacinamiento confuso de bloques macizos parece todavía más apretado, más caótico, envuelto en esa humosa funda, en que se pierden todos los contornos. Ayer hizo calor sofocante; hoy, frío húmedo. Comprendo que aquí vivieran rollizos y contentos búfalos y mastodontes, no seres humanos.

B

Ayer bajaba yo por la Quinta Avenida, a la altura del Parque Central. Una ligera neblina flotaba sobre los árboles y los edificios, ciñéndolos de una gasa gris perla, y haciendo más aéreas y delicadas sus líneas. El panorama era un encanto para la vista y más para la imaginación. Nada preciso, nada chocante. La perspectiva se dilataba de un modo casi fantástico, convirtiendo la atronadora metrópoli en una ciudad de ensueño. De pronto cayó la niebla, como un telón de teatro; el sol inundó en cascada de luz la avenida; y la ciudad inmensa se elevó ante mi vista, como

en la gloria de una resurrección. ¡Espectáculo maravilloso!

A

Esta mezcla de bazar y falansterio, que llaman aquí hoteles, aunque me deja todavía lugar para irritarme, me entontece, y me llevará a la imbecilidad. Es la reducción de la vida a un simple mecanismo. Es la anulación de la personalidad. Yo no soy yo, sino un número, el 708. El número, que soy yo, habla por una bocina a un oído invisible, y oye una voz aflautada que sale de labios impalpables. Un mozo, que es otro número, y a quien probablemente no veré más, entra sin saludar ni pronunciar palabra, y me trae lo que pedí en el vacío. Todo esto tiene el sello característico de las comedias de magia, todo parece ficticio. Entro, salgo, como, duermo; nadie se fija en mí, nadie me conoce, ni tengo tiempo de conocer a nadie. Voy a acabar por creer que soy esa abstracción, esa cifra con que me designan en la oficina del hotel; y que el mundo es un problema de matemáticas. ¿Cómo no ha de hacer estragos la neurastenia? Así se para en la plena demencia.

B

Mal año para Aladino y su lámpara. La invención de las invenciones es el hotel americano. Concluyeron los enojos, las molestias y desazones de la vida doméstica. No más batallas con el criado perezoso, embustero, mirón y parlanchín. No más pequeños cuidados que malgastan la vida. Todo en orden, todo a tiempo, todo al salto. No más tiranía del cuerpo, contrariado a cada paso en sus hábitos. El tiempo pleno para la vida del espíritu, para la vida íntegra. Sólo aquí se realiza la verdadera independencia personal. Entro cuando quiero o lo necesito, salgo lo mismo. Nadie me atisba, nadie se preocupa. Sé que otros existen, porque tienen cuidado de mi cuarto, de mi ropa, de mis comidas, de mis boletas para el teatro o el ferrocarril. ¡Qué completo y qué libre me siento! La vida me parece más agradable, y mis ideas son cada vez más lúcidas.

A

Singular libertad la de este país. Un polizonte rechoncho, un Falstaff sin espada, ni espuelas, un Falstaff sin penacho, levanta la mano

carnosa, y millares de ovejas con americana y sombrero de empleita se detienen con los ojos sumisos, o siguen en procesión, sin saber ni tratar de saber por qué o para qué, muñecos de cuerda que obedecen a la presión de un resorte. Esto es más que la obediencia pasiva, es la obediencia automática. Su blasón nacional debía ser una porra de plata en campo de gules.

B

La disciplina de este pueblo, dueño de sí mismo, revela el secreto de su constante progreso. Por encima de cada individuo autónomo, independiente, se siente la presión igual de la ley, de la regla abstracta. El funcionario alto o bajo, que la representa, está investido de toda su fuerza, por una especie de pacto tácito y colectivo, y nadie la pone en tela de juicio. Así van en multitudes, por calles y plazas, los habitantes de este país, sin estorbarse nunca; y realizan las mayores empresas, sin que el apetito o los intereses particulares sirvan de obstáculo a la acción general. Me parece ver delante de todos y cada uno, no una columna de fuego, que los ofusque, sino unas tablas de la ley, que los alumbre y guíe.

A

No he visto gente más atareada. Se afanan de la mañana a la tarde y de la tarde a la mañana. ¿Qué tiempo les queda para disfrutar de la vida?

B

Esto se llama sacar partido de nuestra breve existencia. La vida aquí se centuplica por la diversidad y complejidad de sensaciones que sabe recibir el hombre en un solo día. Se alarga el vivir, por corto que sea, viviendo tan intensamente.

A

Soy un hombre exento de prejuicios; pero en esta tierra todo parece hecho aposta para chocar a la gente sensata.

B

Estoy curado hace tiempo de todo snobismo. Sé mirar y admirar. Mas se necesitaría ser ciego, para no ver que aquí todo es pasmoso.

Quizás continuará.

Octubre, 1904.

Los igorrotes

Uno de los grandes atractivos de la feria *mundial* de St. Louis es la exhibición de las Filipinas

¡Cómo se divierte el pueblo con los igorrotes! Por centenares se agrupan mujeres y hombres, niños y ancianos, para ver, durante horas enteras, media docena de hombrecitos, color de adobe sucio, puestos en cuclillas, formando semicírculo, y mirando en torno con ojos abotagados y expresión de beatífica estupidez.

Los dos espectáculos son bien interesantes y un tanto melancólicos.

La turba de los espectadores, tan diferentes en tipos, en trajes y maneras, se presenta del todo

unificada, amasada, por decirlo así, por el mismo sentimiento dominante, absorbente, de infantil curiosidad, de deseo truhanesco de divertirse con aquellos animalejos que parecen hombres, algo más que los simios del jardín zoológico.

El buen labrador del remoto oeste, anguloso, recio, con su mirada de halcón, rodeado de toda la familia, desde la suegra apergaminada hasta el rapaz mofletudo y coloradote, se codea con el dandy del este lejano, que ase familiarmente del brazo a una blonda señorita, vestida de blanco inmaculado, la cual deja filtrar su mirada atisbadora por entre los párpados que el *cant* manda entornar, mientras la sonrisa indiscreta se burla de sus órdenes. La plebeya fornida, con su gran papalina de percal azul listado, se abre hueco por entre un reverendo con alzacuello y un mocetón de casaca encarnada y galoneada, caporal lo menos de la banda inglesa. Detrás de un grupo de hombres rubicundos en mangas de camisa, que exhiben tirantes multicolores, se alza la silueta de un piel roja macilento, envuelto en una manta pringosa y desgarrada. Pero todos, en ese abigarrado montón de gente jubilosa, con el mismo aire de plebe en circo.

Ninguno separa la vista del redondel formado por los igorrotes; y por poco que alguno de éstos cambie de postura, y, al desperezarse, muestre más al descubierto algo de su desnudez, las risotadas parten como voladores, para formar un trueno formidable que sacude todo el concurso. Las palmadas y los

hurras lo refuerzan; mientras los hombrecillos color de adobe se miran entre sí y sonríen como alelados.

¡Qué bien se divierte el hombre con la ridiculez y la infelicidad humanas! Porque, a la verdad, esos pobres diablos son perfectamente ridículos y perfectamente infelices, unos apenas ceñidos los lomos con un colgajo de tela basta; otros en piernas, descalzos, sin camisa y con chaquet; otros con los pies entumidos dentro de unos borceguíes, que no suplen la falta de calcetines y pantalones; todos tiritando bajo los latigazos de un vientecillo frío y húmedo, que viene de la próxima laguna.

Al menos los macacos y titíes de la casa de fieras se divierten a la diabla con los curiosos que los hurgan; chillan como urracas, les enseñan los dientes y, como pueden, les disparan su manotazo o su mordisco. Pero estos bípedos no saben sino estarse quedos, hacerse guiños y reirse cual si les diesen cuerda. Cuando el pueblo, deseoso de mayor y más entretenida diversión, los excita lanzándoles puñados de centavos; se incorporan, y empiezan a zarandearse perezosa y desmañadamente, levantando apenas los pies del suelo, acompañando una lenta canturia monótona y lastimera con la percusión de una suerte de panderos, que suenan a metal rajado. Entonces sus movimientos sin gracia, sus rostros sin expresión ofrecen un espectáculo todavía más doloroso; y entonces es cuando el pueblo aplaude más cordialmente, y su risa inextinguible celebra con

estrépito la pintoresca bufonada con que se exalta y regodea.

Cierto, el pueblo es un rey bonachón, a quien place infinitamente jugar con títeres humanos. No pone en ello malicia; y, con tal de divertirse, tanto le da que un viejo ande ante él de cabeza, o que un chico haga piruetas en lo alto de una pértiga en equilibrio sobre la nariz de su padre. Mientras más y más estúpidamente se zarandean los igorrotes, más les retoza a los espectadores el alma en el cuerpo y la risa en la boca.

Cuando visité la exposición de Filipinas, por exceso tal vez de humor atrabiliario, mirando alternativamente al respetable público y a sus juglares improvisados bien poco respetables, se me antojaba tener delante un concurso de gatos, que hubiesen logrado aprisionar una lechigada de ratoncillos, y los hubieran encerrado en círculo, para entretenerse inocentemente con su atortolamiento, sus pequeños saltos y sus inútiles escapadas. Y pensaba yo:

¡Cómo se divertirían los gatos con los ratoncillos!

Noviembre, 1904.

Fin de otoño

Et nous écouterons, frôlant les feuilles rousses,
Le pas pressé
De l'année emportant nos heures les plus douces
Vers le Passé.

En este día brumoso, en que el sol lanza a intervalos rayos mortecinos, y el nordeste friolero nos envía ráfagas intermitentes, siento el espíritu perezoso y encogido, como si lo congelara este soplo pasajero de invierno.

Melancólico fin de otoño, que anuncia el próximo fin del año! Su vaga tristeza me envuelve, y tiñe de gris mis pensamientos. Me parecen más resonantes las sordas pisadas del tiempo; y su ruido fatídico me hace perceptible, en alucinación dolorida, el continuo desmoronamiento de las cosas.

De lo profundo de los tiempos pasados llega a nosotros la voz desengañada del filósofo, que dejó

rezumarse toda la amargura de la experiencia humana en estas dos palabras, más siniestras que las del festín babilónico: *panta rei*. Sí, todo fluye, todo declina y cae, todo se desgasta y pasa.

Lo humano obedece a la inflexible ley del cambio; y también lo extrahumano. Todo es transitorio. Cuanto el hombre apetece y deifica, cuanto admira en sí o en la naturaleza, todo es instable. La juventud se marchita, la belleza se deslustra y deforma. Nada persiste, ni aun la idea.

Bajo la misma etiqueta mentirosa, mis pensamientos son del todo diversos de los de los hombres de ayer. Lo que llamo yo justicia, lo que llamo derecho, lo que llamo libertad, sólo tienen de común el nombre, con lo que así denominaron nuestros antecesores. Ni aun por las pasiones son iguales los hombres de dos épocas distintas. No entiende un moderno por amor, lo que entendía un heleno contemporáneo de Sócrates y Platón.

Por suerte el insaciable apetito de ser y permanecer, que nos domina, distrae nuestra mente tornadiza de esa contemplación lastimosa. No siempre resbala entre nubes pardas un sol descolorido, ni silba el viento irónico, revolviendo el mar, que gime sordamente. Basta al hombre que el cielo sonría sobre su cabeza, o que el hervor juvenil caliente su corazón, para juzgar eterno el instante fugitivo, inmortal el fuego fatuo que lo alienta.

Si perdurasen estos momentos de clarividencia ¡qué horrible fuera en su totalidad la vida humana! Pero

la naturaleza agita ante nosotros su manto multicolor, y tras él nos vamos deslumbrados. Conscientes o inconscientes del engaño supremo, fijamos la vista en lo actual, punto luminoso que nos hipnotiza, y quedamos ciegos para la formidable agitación del torbellino que nos arrastra en sus espiras infinitas.

Por todos los medios a nuestro alcance, procuramos favorecer la obra de la ilusión, reina risueña y piadosa de nuestro espíritu. Cuando llega esta época del año, que, hasta en nuestros climas, favoritos del calor y la luz, cambia a ratos la faz del mundo, tendiendo un velo de muerte sobre todo lo que poco antes resplandecía con los colores de la vida, el hombre busca, en la región fantástica de las creencias, símbolos que le hablen de renovación y felicidad perdurable; y saluda con fiestas alegres la llegada amenazadora del invierno.

En estos días, gratos para los niños, los que hacen revivir para los pequeños las añejas leyendas, los mozos y los viejos que sonríen con bondad algo irónica, al verlos tender las manos inocentes hacia el invisible donador, que vendrá a colmar sus deseos, no piensan que ellos también, con ojos suplicantes y manos extendidas, solicitan del huésped incógnito, que avanza sin rumor, del porvenir encarnado en el nuevo año, los juguetes maravillosos, porque suspiran todos los mortales: la esperanza y el olvido. La esperanza, que nos hace sentir como tangibles sus promesas de salud, de prosperidad, de dicha, de larga vida, larga ya que no puede ser

perenne; el olvido, que nos oculta piadosamente la faz ceñuda de la experiencia, reveladora importuna de la fragilidad de esos irisados ensueños.

18 de Diciembre, 1904.

A M. Thalamas

Profesor de Historia.—Versailles

Muy señor mío y colega:

He seguido con mucho interés los curiosos incidentes a que ha dado lugar el acceso de franqueza de que se vió usted acometido, en su clase del liceo Condorcet. Víctima, por desgracia, de la misma diátesis, a que parece usted sometido, era natural que pusiese toda mi atención en el desarrollo de esa pequeña tempestad en una garrafa de agua.

Como no hay mejor nadador que el que está en la orilla, debo confesarle, que, a ratos, me ha parecido usted un tanto sencillote, *naïf*, como dicen ustedes. A estas alturas y en la patria de Renan, se necesita gran dosis de candor, para creer en la libertad de la ciencia y confiar en los derechos de la crítica. ¿Cómo olvida usted que hemos convenido

en que la ciencia ha hecho bancarrota? Pregúntelo usted, si lo duda, a M. Brunetière, su paisano. Y en cuanto a la crítica, es cosa averiguada que se juzga con el corazón o con la bolsa, no con la inteligencia.

Por lo que veo, usted parte todavía de la idea de que nada es más sano que la verdad, y de que los hombres se dejan arrastrar por cierta natural inclinación a perseguirla y poseerla. En un profesor de historia, resulta ésta una ilusión muy respetable, pero bastante extraña. Porque, si algo nos enseña lo pasado, es que la verdad contiene en sí una virtud ponzoñosa, y que los hombres corren tras ella, porque están seguros de no alcanzarla.

¿No ha leído usted un viejo cuento español, puesto en excelente francés por el amable Laboulaye, con el título de *La mensonge et la vérité?* Vale la pena. Pero aunque no lo haya leído, el libro que hojea usted constantemente viene a ser un comentario perpetuo del epitafio puesto, según reza el cuento, sobre la tumba de la malograda:

> Aquí yace la verdad,
> a quien el mundo cruel
> mató sin enfermedad, etc.»

Permítame decírselo. Ahora que estoy limpio de calentura, no vuelvo de mi asombro, al ver cómo usted la emprende quijotescamente con ciertos fantasmas, dueños de la imaginación popular. No conocía usted, sin duda, el temple de la coraza de un

trasgo. Se imaginaba usted que iba a atravesarlo de una estocada, descabezarlo de un tajo y hendirlo de un revés. Y ha estado usted haciendo molinetes contra el aire.

«For it is, as the air, invulnerable.»

Como se expresó cuerdamente Marcellus, en otro célebre caso de fantasmagoría.

Todo lo que usted dijo a sus indignados discípulos es de sentido común. Por lo mismo se necesita vivir en las nubes para creerse autorizado a decirlo. En efecto, a mí, que no soy francés, me puede usted persuadir, con la mayor facilidad, de que Juana de Arco no sabía táctica. Si no fuese por no parecer inmodesto, añadiría que me lo sospechaba desde antes. Pero un francés, un francés genuino, no inficionado por la falsa crítica de ultra Rin, ni manchado por el sambenito de judaismo, debe creer, y cree a pies juntillas, que la heroica doncella de Orleans sabía táctica y estrategia y el trivio y el cuadrivio.

No hay términos medios con el patriotismo. Todo héroe lo es de cuerpo entero. Quiero decir que su heroísmo lo penetra y empapa, como fluido sutilísimo, y no deja intersticio en su cuerpo que no ocupe; y por eso lo transforma, limpiándolo de todas las impurezas de la humanidad y dotándolo de todas las virtudes corpóreas e incorpóreas. Y lo más peregrino es que ni siquiera se necesita que el héroe haya existido. ¿Puede usted darme noticias de Guillermo Tell? Usted, historiador y todo, no podrá

dármelas fidedignas; mas no por eso Guillermo y su arco, su hijo y su manzana, y el sombrero de Gessler por añadidura, dejan de ser realidades más indestructibles que el Jungfrau.

Ha sido usted acusado de falta de tacto y, lo que es más serio, castigado por ello. Ya lo sabrá usted de hoy en adelante. Hay que ponerse guantes para manejar las leyendas. Mejor dicho, hay que andarse con mucho tiento en eso de sacudir las telarañas de la mente popular. Las telarañas se quedan intactas, y el crítico impertinente y su plumero están expuestos a saltar por la ventana.

El salto de usted no ha sido de mayores consecuencias. De un liceo a otro. Dése por bien servido, y tres puntos en la lengua.

Lo pongo aquí a mi carta, deseando a usted buen año, y a mí seguir tan cuerdo y avisado.

Su más s. s.

Enero, 3, 1905.

The milk of human kindness

Cierto; el hombre se humaniza. Sus manos aparecen cada vez más limpias de las viejas manchas de sangre. Lady Macbeth encontraría ya fácilmente perfumes mejores que los de Arabia para sahumar la suya, trémula por la obsesión del golpe mortal.

Conforta vivir en estos tiempos, en que la sensibilidad florece en nuestros corazones, como las gardenias y crisantemos en nuestros ojales. Antes un hombre bonachón, manso, incapaz de verter sangre y capaz de verter lágrimas era algo insólito, algo como un Juan Jacobo sentimental en un aduar de apaches. Hoy los sensibles se llaman legión; y hasta tenemos la amable secta de los *pacifistas* y sus primos los tolstoistas, que nos empujan suavemente hacia la futura edad de oro de la paz universal. Así sea.

La leche de la ternura humana de que habló el poeta, lubrifica nuestras relaciones con los mismos animales. Poco nos falta para llegar a donde llegó por anticipación *el poverino* de Asís, y sentirnos hermanos del ave en el aire, del pez en el agua y del lirio en el valle. Nuestro hermano el sol no alumbrará dentro de poco sino escenas idílicas. Por de contado idílicas no a lo Teócrito, sino a lo Meléndez: Paced, mansas ovejas...

Las señales están bien visibles. Ya no sacamos el patíbulo a la plaza, sino lo escondemos detrás de los muros de la prisión. Ya el verdugo no se monta a horcajadas sobre el reo, ni le golpea el pecho con los talones, para despedir simbólicamente a puntaplés el alma que salía dificultosamente por la boca contraída del ahorcado. Ahora un funcionario correctamente vestido toca un botón, y fulmina al criminal en la silla en que lo acomoda la sociedad severa, pero compasiva. Y entrevemos la época próxima, en que ese funcionario sea un experto cirujano, que se limite a propinar al sentenciado una decisiva inyección hipodérmica.

Todavía sacrificamos los animales, de que necesitamos para alimentarnos, como sacrificamos a los reos, que no necesitamos para nada. Pero lo hacemos con más secreto, con más limpieza, con más rapidez y ocultando mejor la sangre. Aquí está el toque. Los mataderos modernos, donde los hay, tienen el aspecto más inofensivo. Cuando las operaciones para privar de la vida al animal lleguen

a ser todas mecánicas, como ya lo son casi todas en algunos de los grandes degolladeros de cerdos de Chicago, el espectador no tendrá tiempo de darse cuenta de la carnicería que se verifica en torno suyo. No se suprime la efusión de sangre, pero se suprime la vista de la sangre. Después de este rasgo, ¿quién puede negar que cada día somos más sensibles?

Si alguien lo pretendiera, le recomiendo, para disipar sus dudas, la lectura de un libro muy interesante, muy instructivo y muy edificante que ha publicado M. Cunisset-Carnot, gran cazador delante del Eterno. Se llama el libro, calificado de *charmant* por otro Nemrod moderno, *Flâneries d'un chasseur;* y vale la pena de ser leído hasta por los más extraños al arte cinegético.

M. Cunisset-Carnot ha cazado mucho. La montería no tiene para él secretos, y la caza menor le es familiar en todos sus aspectos. Si no lo vemos tan ducho en volatería, es porque los rifles han hecho inútiles los neblíes. Pues he aquí que este veterano de los acechos y batidas nos confiesa que ha renunciado por completo a cazar con perros. M. Cunisset-Carnot es un hombre moderno. Las fatigas y penalidades de su ejercicio favorito le han endurecido el cuerpo, pero no el corazón. Las emociones palpitantes del atisbo, de la espera, de los planes, de las estratagemas, de la persecución, de la carrera y de la victoria no han logrado embotar su sensibilidad. M. Cunisset-Carnot ama los ciervos,

las liebres y los conejos. Los ama y los persigue. Los ama y los mata. Un filósofo sutil a la moderna nos diría quizás que los mata porque los ama.

Pero, si se resigna a la muerte final de la pieza, no le es indiferente la manera de llegar a ese resultado funesto, aunque inevitable. El corazón se le parte, al considerar los trances espantosos por donde pasa la infeliz bestia acosada por la jauría. Nadie los ha pintado con más vivos colores, con simpatía más profunda. Parece que su alma se substituye a la del pobre animal jadeante, que siente por momentos acortarse la distancia entre él y sus furiosos perseguidores, que oye los fatídicos ladridos cada vez más próximos, que tiene ya el corazón en las fauces, que tiembla con todo el cuerpo, que flaquea y cae, para no más levantarse, para ser acribillado, lacerado, desgarrado por los agudos dientes de aquellas fieras al servicio del hombre. M. Cunisset-Carnot, nos lo dice él mismo, no puede «representar un papel en ese suplicio, ni aun soportar su vista».

No; M. Cunisset-Carnot no caza ya con perros; sólo caza a tiro.

Octubre, 1905.

215

De sobremesa

ENTREMÉS HISTÓRICO (*)

Personajes

NERVA, emperador augusto.

JUNIO MÁURICO, patriota irreductible, *viro nihil firmius, nihil verius*, decía su amigo Plinio.

VEYENTO, sicario de Domiciano, *rallié* al nuevo régimen.

FLAVIO JOSEFO, judío romanizado.

EPAFRODITA, liberto.

(*) Autoridades: dos contemporáneos. Caius Plinius secundus: Epistolæ, L. IV, 22; Aurelius Victor: «Historiæ romanæ breviarium», XII.

En Roma, año 97 D.

El triclinio del Emperador. En torno de una gran mesa redonda de limonero, maravillosamente bruñida, un estibadio semicircular. En uno de sus extremos NERVA; algo más bajo VEYENTO, con la cabeza reclinada en el regazo del Emperador; en el otro extremo MÁURICO; en el centro JOSEFO y EPAFRODITA. Están en el primer servicio.

VEYENTO

Levanta una copa de vino mulso

A la salud del divino Nerva, por quien el imperio florece en paz y justicia.

Los comensales apuran sus copas.

JOSEFO

Quiebra delicadamente con su cuchara la punta de un huevo de pavo real

En verdad, César, que tu corazón debe estar henchido de gozo. Nunca ha disfrutado el mundo de un despertar más risueño, después de la noche caliginosa en que lo envolvió el último retoño degenerado del gran tronco de los Flavios.

EPAFRODITA

Después de sorberse una ostra, y teniendo otra a la altura de la boca, con el mayor, el índice y el pulgar en forma de trípode

¡La humanidad de Nerva ha realizado ese portento. Tú mismo, Josefo, eres testimonio vivo de su benevolencia y ecuanimidad; tú, favorito de la casa Flavia.

JOSEFO

En los tiempos de Vespasiano y Tito. Yo me aparté del monstruo con horror.

MÁURICO

Ligeramente irónico

¿Te apartaste, o te escondiste? Domiciano gustaba poco de los judíos, y veía con ceño a los hombres de letras. Y su ceño era como el de Júpiter; presagiaba el rayo.

VEYENTO

Por el favor de los dioses y la voluntad omnipotente del divino Nerva, todos aquí demostramos visiblemente que la discordia ha huído de Roma, gracias a la humana y sabia policía de quien no mira

a nuestras espaldas, sino las obras de nuestro corazón y nuestras manos.

MÁURICO

Con sequedad

Generalizas demasiado, Veyento. Hay muchos en Roma, que, sin tener dos caras como Jano, pueden mirar impertérritos su pasado y su porvenir.

JOSEFO

Nadie olvida, ilustre Máurico, que tú has arriesgado la vida por la libertad.

NERVA

Blandamente

La magnanimidad en acciones y palabras es alto don de los inmortales; pero aun los menos bien dotados pueden ser útiles en la república. Atendamos a las obras. Si la época de Domiciano fué tan horrible, se debió ante todo a la inquisición pertinaz de las opiniones e intenciones, que ofrecía cosecha abundante de beneficios a los envidiosos y delatores, y frutos de sangre a los perseguidos.

EPAFRODITA

Con una granada abierta en la mano

Bendigamos a la deidad propicia, que nos ha libertado del poder inícuo de los Messalinos.

VEYENTO

¿Lo recuerdas, Epafrodita? Catullo Messalino fué el mal genio de Domiciano.

MÁURICO

Si es que Domiciano no fué el mal genio de Messalino. A la sombra protectora del déspota nace, crece y prospera la delación. Cuando le falta, desaparece... o se transforma en la untuosa lisonja o la adulación desfachatada.

JOSEFO

Messalino elevó el arte del delator a la categoría de institución pública. Nada, ni nadie, escapaba a su proterva suspicacia. Ni la familia del César servía de muro contra sus insidias. No salvó a Flavio Sabino su mérito, ni a Flavio Clemente su insignificancia.

EPAFRODITA

Triturando un grano con los dientes

Con íntimo regocijo de su imperial primo, a quien no pesaba ciertamente encontrar pretextos para podar el árbol demasiado frondoso de la gente Flavia.

JOSEFO

El hálito de su boca era mortífero. Recoge las cuatro esquinas de su servilleta, las anuda, formando bolsa. Sus pérfidas insinuaciones perdieron al historiador Hermógenes Tarsense y al poeta Helvidio el joven. Introduce en la servilleta dos langostinos, de un rojo dorado. Persiguió de muerte a Cocceiano por piadoso, y a Pomposiano por supersticioso. Pone en la bolsa un puñado de aceitunas blancas y otro de aceitunas negras. Trocó en propósitos criminales los chistes de Elio Lamia; le hizo armas contra Salustio Lúcullo de sus ingeniosas invenciones. Echa en la servilleta una ciruela de Esmirna, por Lamia, y otra por Lúcullo.

VEYENTO

No olvidemos que la cólera de los dioses lo hirió en vida, privándolo de la vista.

MÁURICO

No por eso dejaría de ver la legión incontable de los espectros de sus víctimas.

EPAFRODITA

El cielo, al cabo, se le mostró piadoso, pues le permitió escapar, en el refugio de la tumba, del castigo a que lo destinaban sus crímenes abominables.

NERVA

Amigos, no dejaría de ser interesante saber qué pasaría a Messalino, si aún viviera.

MÁURICO

Fijando la vista en Veyento

¿Qué le pasaría? ¡Dioses inmortales! Comería con nosotros.

FINIS

Noviembre, 1905.

Simeta y Julia Torres

El famoso colaborador de Karl Marx, Fr. Engels, calificaba todas las religiones de absurdos prehistóricos; tal vez para significar que en ningún otro grupo de ideas sistemáticas, de los que ocupan la mente humana, se encuentra mayor número de supervivencias. Nuevas o viejas las manifestaciones religiosas contienen siempre, en efecto, considerable número de elementos que nos ponen en contacto con el pasado más remoto, con la medrosa infancia de la humanidad.

Aun en las más depuradas, en las más penetradas de racionalismo, si analizamos no pocas partes de su ritual, nos damos de improviso con fórmulas, gestos y ceremonias que corresponden a las creencias primitivas y al primitivo modo de interpretar las relaciones del hombre, amilanado por su incurable

ignorancia, con la naturaleza misteriosa y omnipotente que lo oprimía y aniquilaba.

Naturalmente, si buscamos el sentimiento religioso, no en la conciencia de las personas cultas, sino en la mente espantadiza del gran número de los que viven a su lado todavía en pleno fetichismo, todo lo que hallamos, y no sólo partes, corresponde a esa mentalidad absolutamente primitiva. Y así se da el curioso fenómeno de que, mientras los elementos superiores de la creencia religiosa se han transformado, y se puede seguir su evolución, esa base profunda, que corresponde al pleno salvajismo, permanece inalterable a través de las edades.

Hoy, como hace tres siglos, como hace diez, como hace treinta, los sortilegios, los encantos, los amuletos, las formas todas de la hechicería, representan la expresión íntima, espontánea y perfectamente arraigada de la conciencia religiosa del mayor número de los hombres, de un extremo a otro de la tierra, pasando por toda la escala de la civilización. Los teólogos, los moralistas y los sabios deben sentirse, para sus adentros, muy satisfechos del resultado de su magna labor.

En todo esto pensaba yo, al enterarme, días pasados, del descubrimiento de un laboratorio de bebedizos en la vecina villa de Guanabacoa. El caso no tiene nada de anómalo, ni de exclusivo. Entre nosotros abundan los hechiceros o brujos; pero hay países donde pululan más y los hay donde se encuentran menos; lo que no hay es donde falten por

completo. Sólo que esta vez el hallazgo produjo algún ruido. La fama es caprichosa; y ahora ha querido recompensar del susto a Julia Torres, nuestra Medea cazuelera, dándole algunos días de notoriedad.

Entre los útiles de esta profesional de sortilegios se descubrió una curiosísima pieza literaria, digna de un rato de atención. Se llama la «oración del ánima sola»; y su texto prueba su antigüedad venerable, por las ideas que contiene, por las mutilaciones que ha sufrido, y por las adaptaciones a nuestro medio social que patentiza. Puede que sea el resultado de la yuxtaposición de dos fórmulas distintas de encanto; pero resulta indudable que la parte principal, como si dijéramos el fragmento mejor conservado, es una vieja fórmula de sortilegio para precaverse de las veleidades de un amante olvidadizo y para castigarlo de consuno.

Nada más fácil que comprobarlo, a la luz de un texto famoso, no en la historia de la hechicería, sino en la historia de una de las literaturas más refinadas con que se deleita el hombre culto. Porque estos conceptos, que ahora inspiran burla y menosprecio, merecieron, hace más de veintidos siglos, ser recogidos de la boca de sus contemporáneos por un poeta exquisito, y fijados en versos que ha conservado religiosamente la posteridad. Julia Torres no puede aspirar a la gloria de su remota antepasada Simeta; sin embargo, salmodia todavía frases que parecen un eco de las que lanzaba a los vientos de la noche, entre los aullidos de los pe-

rros amedrentados por el espectro terrible de la sombría Hécate, la amante desdeñada del mindio Delfis. Sólo que los sortilegios de Simeta fueron traducidos en un lenguaje verdaderamente encantador por Teócrito, que seguramente creía en ellos; y hoy si es fácil dar con espíritus fuertes, no lo es dar con Teócritos. Julia Torres, desde luego, no tendrá esa suerte.

Pero no deja de ser una satisfacción, al menos desde el punto de vista literario, pensar que, cuando cualquiera de las fieles de Julia Torres barbotaba con fervor: «que no haya negra, ni china, ni mulata, ni blanca, ni hombre, ni mujer que lo detenga»; traducía al lenguaje y a las costumbres criollas un verso tan típico como aquel en que Simeta clamaba porque no hubiese mujer ni hombre que mantuviese lejos de ella a Delfis: *eite guina, eite kai aner.* Con estilo más clásico pedía Simeta que el ingrato volase transportado hacia ella, como los corceles de Arcadia, furiosos con el jugo del hippomanes; pero con no menos ahinco, aunque menos poéticamente, piden las neófitas de Julia: «que corra como perro rabioso; que venga donde yo estoy.»

Aunque pudieran parecerlo, éstas no son meras coincidencias. Revelan la transmisión profunda de un mismo estado de ánimo, a través del tiempo y del espacio. Nos hacer ver cuán tenue es todavía la capa de brillante laca que pone la civilización sobre la mentalidad humana, cuyo tegido interno está compuesto por las fibras resistentes de pre-

juicios y sentimientos ultra seculares. Supersticiones, dice con indiferencia desdeñosa el hombre culto. Pero es que la superstición forma, en el obscuro fondo de la generalidad de las conciencias, la armadura granítica, la roca viva, apenas cubierta por el poco de mantillo en que germinan las grandes ideas emancipadoras.

Marzo, 1906.

Ibsen

El historiador de las ideas de nuestra época tendrá por fuerza que abordar un problema que me parece muy interesante: la influencia ejercida por el pran poeta noruego Henrik Ibsen en la literatura occidental. En realidad es un caso poco frecuente. Ibsen ha escrito en una de las lenguas menos difundidas de Europa; tan poco difundida que no es siquiera la lengua popular de su país. El fondo de sus obras, sobre todo de las más personales, y lo que hay de más típico en sus piezas dramáticas es peculiarmente noruego, y está inspirado por la honda preocupación del autor de censurar y corregir a sus paisanos.

Sin embargo, a la par de la acción enérgica ejercitada sobre sus compatriotas de las ciudades, sólo igualada por la de Björnson, su huella en los espíritus de los dramáticos contemporáneos es tan

visible, que ha merecido designarse con el nombre peculiar de ibsenismo.

A mi juicio, prescindiendo de causas secundarias, la explicación debe buscarse en el temple moral en que se formó; temple que dió impulso y dirección a las grandiosas manifestaciones de su genio poético. En esos pequeños pueblos del norte de Europa, y muy especialmente en Noruega, la intensidad de la vida moral es tanta, que resulta casi ininteligible para nosotros, con nuestra concepción tan distinta de la existencia. La sombría religión luterana, aun reducida al mero mecanismo mental que tanto indignaba a Ibsen, ha impregnado el pensamiento de sus compatriotas, y ha convertido en objeto constante de sus preocupaciones los enigmas torturantes del destino del hombre y de su manera de afrontar la vida.

En Noruega se ve con frecuencia surgir del pueblo predicadores laicos, remedo de los antiguos profetas, que hacen fermentar las ideas y promueven una agitación reformadora más o menos permanente, en todo semejante a los *revivals* de los países de lengua inglesa. Su apostolado es, desde luego, puramente religioso. Ibsen, y lo mismo puede decirse de su gran émulo, ha sido uno de estos profetas, pero racionalista, y dotado de un instrumento de acción incomparable en sus facultades poéticas. A ellos, tanto como a la exégesis alemana, se debe el cambio completo de orientación de la conciencia religiosa de los noruegos de las ciudades.

Desde las poesías de su primera época, escritas en su país natal, ya se descubre en su obra el propósito de sacudir el alma de su pueblo, y de obligarlo a medirse con la esfinge, que sale al paso de todo hombre consciente. Allí están, como en escorzo, los temas que después han de desenvolverse ricamente en sus poemas, en sus dramas patrióticos, en sus dramas sociales. Allí está el terrible interrogador, que no se cree obligado a contestar lo que no debe contestar. Allí se presentan los dos símbolos, que parecen encerrar lo más patético de su filosofía de la existencia humana. El ceñudo minero, que se abre su vía dolorosa, a fuerza de brazos, entre las tinieblas resonantes. El buho espantado de la sombra, que sabe que ha de vivir en la noche; el pez a quien horroriza el agua, destinado a flotar sin término entre las ondas.

Cuando comenzó Ibsen su larga peregrinación fuera de su patria, ya su genio poético estaba maduro, y no hizo sino sazonar los gérmenes con que iba fecundado. En sus dos grandes poemas dramáticos, *Brand y Peer Gynt*, se descubre a las claras la razón del extraordinario efecto producido por su obra, no sólo entre los suyos, sino entre los extraños. Son por el asunto, por los personajes, por la inspiración y por la lección inmediata, genuinamente noruegos. Pero su alcance poético es esencialmente humano. El fanatismo que puede elevar al hombre

sobre su ingénita flaqueza, pero a costa de desecarle y petrificarle el corazón, no tiene por único marco las plomizas rocas que sombrean las dormidas aguas de los fiords de Noruega. En todas partes el mayor número vive esquivando la dura necesidad de escoger y de resolverse por sí mismo, en perpetua e ignorada abdicación de su personalidad.

En sus dramas sociales sólo el escenario y los personajes son noruegos. Ibsen agita una y otra vez el tremendo problema, el problema universal del individuo, bloque formado fatalmente por la herencia, desbrozado a golpes de mazo por la influencia incontrastable de su medio social, y que pugna sin embargo por afirmarse, por ser uno, por sentirse libre, por labrarse en estatua hija de su inspiración y de su esfuerzo. En Hamlet, que es cada hombre, ha encontrado un maravilloso intérprete de los vaivenes de su conciencia y de su destino en ese Hamlet poeta.

Pero no bastaría esta tendencia filosófica de su obra para explicar su extraordinaria resonancia. Es que la sinceridad con que se afirma la vigorosa personalidad mental de Ibsen es tanta, que ha logrado ejercer verdadera fascinación sobre cuantos se han puesto en contacto con ella. Ibsen ha sido llamado el poeta de la duda. Pero nadie ha dudado con más viril franqueza. El ha dicho que hay dudas cojas. La suya se tenía firme y erguida sobre sus piés, y miraba cara a cara el torbellino de esta edad, sin confianza en lo pasado, sin fe en lo porvenir,

donde «la nueva verdad no sigue siendo verdadera y la antigua belleza ha dejado de ser bella».

Porque fué poeta; porque la vasta visión dolorosa del mundo moderno, que contempló obstinadamente, supo encontrar expresión maravillosa en el mundo simbólico que creó; porque fué un espíritu de temple perfecto, y su don de poesía fué el arma mágica con que libró sus combates contra la rutina, contra la hipocresía, contra la mentira, contra la vergüenza de los compromisos mentales, de las abdicaciones del carácter; por eso Ibsen llegó a ser uno entre los pocos que han evangelizado en nuestros tiempos.

Mayo, 1906.

FIN

p 25

INDICE

	Págs.
Enrique José Varona	5
Una carta autobiográfica	11
Para disculparme	15
Semana de Pasión	19
«No smoking»	23
Otra, otra infortunada	27
Anacronismo pertinaz	33
Mi tarjeta	39
Dreyfus	43
El naufragio de «El Elba»	49
Poe y Baudelaire	53
El centenario del Tasso	59
Un desquite	65
Rarezas	71
Días después	77
Reflexiones de un elevado	81

Págs.

La estatua de Heine. 87
Lo que piensa el obelisco. 93
La bandera de la patria. 99
Una evocación 105
A barrer 111
El centenario de Balzac. 117
Educación popular 123
D'Annunzio y la crisis actual. 129
La segunda crucifixión 135
Diez de Octubre 141
Ironía de la suerte. 147
Humorismo y tolerancia 153
A una esfinge chipriota. 159
A la nueva estatua del Parque. 163
A Paul de Kock. 167
A Mr. Fletcher, psicólogo y quiromancista. 173
A un mi amigo, artista. 179
Una página que olvidó Voltaire. 185
Mi postal 191
A John Ruskin, inmortal. 197
A Baba Bharati, varón santo. 203
Enero 207
El idilio de un vampiro. 213
Un poeta del Ghetto. 219
A miss Virginia Pope. 225
A Vercingetórix 229
El arte de la vida. 235
Heredia 239
El hombre del perro. 243

Págs.

A Artemis Agrotera 249
El caso Nietzsche 253
Los ciegos gobernadores 259
Rusos y japoneses 265
A Plutarco 271
Una transfiguración de Rosina y Querubín. 275
Nueva York 281
Los igorrotes 289
Fin de otoño 293
A M. Thalamas 297
The milk of human kindness. 301
De sobremesa 305
Simeta y Julia Torres. 313
Ibsen 319

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED